

**FLACSO – SEDE ACADÉMICA ARGENTINA.
MAESTRÍA EN CIENCIA POLÍTICA Y SOCIOLOGÍA
TESIS DE MAESTRÍA**

SOCIOLOGÍA DEL VALOR:

VALORES INDIVIDUALES Y VALORES COLECTIVOS

ANÁLISIS SOCIOLÓGICO Y SÍNTESIS DE UN MODELO TEÓRICO

Maestrando: Olivier GARRIGUE

Director de Tesis: Dr. Alejandro BLANCO

Jurado de Tesis

Doctor Alejandro BLANCO

Doctor Arturo FERNANDEZ

Magister Miguel Angel FORTE

Buenos Aires, 2009.

Título	Sociología del valor: valores individuales y valores colectivos. Análisis sociológico y síntesis de un modelo teórico.
Autor	Olivier Garrigue
Tutor	Alejandro Blanco
Institución	FLACSO Sede Académica Argentina
Grado académico	Tesis de Maestría. Maestría en Ciencia Política y Sociología.
Lugar y fecha	Buenos Aires, 2009.

RESUMEN

El valor se ha convertido en un concepto problemático para las ciencias sociales. ¿Corresponde a una verdadera realidad o es un concepto irremediamente confuso que unas ciencias sociales que pretendan ser rigurosas deberían dejar de lado?

En el presente trabajo se analiza el concepto de valor, y las realidades a las que alude, desde una perspectiva sociológica. Después de delimitar claramente el objeto de estudio (Parte Preliminar) recurriendo al discurso cotidiano y al discurso filosófico, se procede a un análisis crítico de las principales teorías sociológicas sobre el valor (Primera Parte).

Este estudio muestra que las principales posiciones teóricas sociológicas sobre el valor (Tarde, Durkheim, Weber, Cooley, Parsons, Bouglé y Piaget) lejos de ser incompatibles entre sí, son por el contrario piezas complementarias de un rompecabeza que permiten generar una visión sintética de los fenómenos valorativos, en su doble aspecto de “valores individuales” y de “valores colectivos”.

Finalmente se procede a realizar una síntesis teórica (Segunda Parte) que en dos esquemas simples, que hemos denominado “Esquema O-M” (Esquema Organismo-Medio) y “Esquema I-S” (Esquema Individuo-Sociedad), permite acumular todas las posiciones anteriores examinadas sobre los valores individuales y los valores colectivos. Se observa entonces que los fenómenos valorativos corresponden a realidades muy concretas de gran importancia para la sociología, que permitirían modelizar en forma humanamente manejable sistemas sociales de alta complejidad no repetibles en el tiempo.

INDICE

PARTE PRELIMINAR

EL PROBLEMA DEL VALOR

<u>Capítulo 1:</u> Introducción	1
<u>Capítulo 2:</u> El valor en el discurso cotidiano	5
<u>Capítulo 3:</u> El valor en el discurso filosófico	11
<u>Capítulo 4:</u> ¿Es posible un estudio “científico” sobre el valor?	20

PRIMERA PARTE

ANÁLISIS DE LAS PRINCIPALES TEORÍAS SOCIOLÓGICAS SOBRE EL VALOR

<u>Capítulo 1:</u> Valores individuales y valores colectivos en Tarde	27
<u>Capítulo 2:</u> Ideales y sistemas de valores colectivos en Durkheim	35
<u>Capítulo 3:</u> Tomas de posición valorativas y estructuras de valores en Weber	42
<u>Capítulo 4:</u> El valor en la sociología norteamericana: Cooley y Parsons	50
<u>Capítulo 5:</u> Análisis diacrónico y genético de los valores: Bouglé y Piaget	56

SEGUNDA PARTE

SÍNTESIS TEÓRICA: CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO CONCEPTUAL SOBRE EL VALOR

<u>Capítulo 1:</u> Construcción del modelo conceptual (1ra parte): “Esquema O-M” (Organismo –Medio) y valores individuales	75
<u>Capítulo 2:</u> Construcción del modelo conceptual (2da parte): “Esquema I-S” (Individuo-Sociedad) y valores sociales	92
<u>Capítulo 3:</u> Conclusión	110
<u>Tabla de contenidos</u>	115
<u>Bibliografía</u>	117
<u>Notas</u>	119

PARTE PRELIMINAR

EL PROBLEMA DEL VALOR

I

Introducción

El valor se ha convertido en nuestra época en un concepto problemático. La idea de Bien, Belleza, Verdad, sólo para citar algunos ejemplos, genera incomodidad. No sabemos qué hacer con estos conceptos. ¿Se refieren a realidades precisas o son simplemente el producto de nuestra imaginación? ¿Son un elemento esencial de nuestras vidas, tanto a nivel individual como colectivo, o son simplemente ilusiones destinadas a desaparecer con un mayor desarrollo intelectual?

En el campo particular de las ciencias sociales, el valor como concepto teórico no goza actualmente de prestigio. No parece ofrecer las garantías suficientes para ser un concepto riguroso que pueda ser utilizado con provecho en el diseño de teorías y de modelos que involucren el comportamiento de seres humanos viviendo en sociedad.

Sin embargo es un concepto absolutamente vigente en las prácticas cotidianas de los hombres en su vida social. Veamos algunos ejemplos en algunos sectores particulares de nuestro mundo social (teoría y práctica).

1) En el campo de la Economía, el valor que era un concepto clave para la estructuración de teorías en el siglo diecinueve (valor trabajo de Ricardo y Marx, valor como utilidad marginal en la revolución marginalista de fin de ese siglo) se ha vuelto a principios del siglo veinte un concepto sospechoso a desterrar de la teoría y práctica económica. Pareto criticará la carga metafísica del concepto y preferirá inventar un nombre sin ninguna conexión con las centenarias discusiones sobre el valor (ofemalidad). Siguiendo esta tendencia la economía neoclásica del siglo veinte volverá a replantear la teoría económica utilizando únicamente el concepto de precios relativos y no el de valor.

Se ha desterrado el concepto de valor de la teoría económica, reemplazándolo con precios relativos y curvas de indiferencias. El valor será reemplazado por el concepto de preferencia entre dos objetos A y B por parte de una persona P.

Sin embargo en la práctica económica cotidiana el concepto de valor sigue tan vigente como antes. Los agentes económicos siguen pensando en términos de valores de los bienes y estructuran su comportamiento económico en base a esas consideraciones. La contabilidad, por ejemplo, no es más que una forma de manejar conceptualmente los valores económicos de una empresa a fin de poder dirigirla. Esta técnica sigue siendo la única existente para el manejo de empresas en el sistema económico contemporáneo a pesar de que su forma de pensar se base en un concepto que se ha vuelto sospechoso: el “valor económico”.

2) En el campo de la Política el tema de los valores genera también incomodidad para nuestra sensibilidad contemporánea. Los valores individuales parecen ser un asunto de conciencia individual, y por lo tanto estar fuera del ámbito de un examen científico, como lo son actualmente las creencias religiosas. Los valores colectivos generan todavía más incomodidad ya que parecen aludir a entidades metafísicas o a reificaciones de conceptos. De la misma forma que ocurrió en economía, existe el deseo de construir una ciencia política que no utilice estos conceptos que parecen poco rigurosos, demasiado personales o lindantes con lo metafísico.

Sin embargo la política como actividad práctica debe tomar decisiones sobre cuestiones que involucran valores. Por ejemplo, definir el “bien público” que perseguirán las autoridades que tienen la responsabilidad del manejo del gobierno de la comunidad. Los ciudadanos, por su parte, apelan constantemente a cuestiones de valores en sus críticas o respaldo a la actividad de los dirigentes políticos.

3) En el campo de la teoría de las organizaciones, para mencionar un último ejemplo, se refleja también esta tendencia contemporánea a la expulsión del concepto de valor de la “ciudad científica”. Herbert Simon en su libro clásico, *El comportamiento administrativo* (1946), utiliza el concepto de valor para estructurar su teoría. Por ejemplo, el título de uno de los capítulos del libro es “Hechos y valores en la toma de decisiones”. Sin embargo quince años más tarde ya no aparecerá la palabra

“valor” ni en el índice de otro libro clásico de este campo de la sociología administrativa que escribirá ese mismo autor con James March, *Teoría de la organización* (1961). Tampoco aparecerá el concepto de valor quince años más tarde en otro nuevo clásico de la sociología de las organizaciones, *El actor y el sistema*, de Michel Crozier y Erhard Friedberg (1977).

Sin embargo, en el mundo de las empresas la apelación al término de valores es frecuente. Se habla de los valores de una organización, que se supone que los miembros de la misma deben compartir, a punto tal que muchas empresas creen sentir la necesidad de escribir la carta de estos valores comunes. Parecen considerarse un elemento importante para asegurar la cohesión de una organización.

Si se lee el libro del economista Benjamin Anderson, *Social Values: A Study in Economic Theory, Critical and Constructive* (1911), así como sus libros de teoría y historia económica nos sorprenden dos cosas. La primera es que la teoría económica se puede expresar en forma más simple utilizando el concepto de valor económico que sin recurrir al mismo. La segunda, que las discusiones tan criticadas por Pareto y otros economistas sobre el valor económico pueden desaparecer y aclararse si se examina el valor desde una perspectiva más amplia que la puramente económica. Esta impresión de mayor poder explicativo de una teoría económica que no tiene miedo de usar el concepto de valor se confirma al leer libros de economía más modernos como el de Jacques Rueff, *El Orden social* (1945).

Si esta impresión sobre la utilidad del concepto de valor para la construcción de modelos teóricos en economía fuera válida, podemos preguntarnos si no es un error expulsar un concepto de una teoría por parecer metafísico, cuando quizá simplemente le falte ser trabajado desde una perspectiva más amplia para que desaparezcan las dificultades que una reflexión puramente económica no ha podido resolver. Por lo pronto no se ha explorado suficientemente la posibilidad de hacer descansar el concepto de “valor económico” sobre un concepto sociológico de valor.

También podemos preguntarnos si las demás ciencias sociales aplicadas a terrenos concretos de nuestra vida social como la Política y la Teoría de las Organizaciones no están incurriendo en un error similar al seguir el movimiento iniciado por la teoría económica. Quizás el concepto de “valor” pueda seguir teniendo utilidad para poder modelizar en forma eficaz el comportamiento de los hombres viviendo en sociedad en cada uno de estos campos de estudio particulares.

Con lo que pensamos de que es necesario someter el concepto de valor a un análisis crítico y esto desde una perspectiva sociológica. Pensamos que es necesario volver a dar derecho de ciudad a este concepto, pero evidentemente limándolo de toda reminiscencia metafísica que pueda tener.

Para ello realizaremos en la primera parte de este trabajo un análisis crítico la bibliografía sociológica esencial sobre el tema del valor. En la segunda parte examinaremos si es posible construir, a partir de los elementos que surjan del estudio anterior, un modelo teórico sobre los fenómenos valorativos que pueda cubrir la mayor parte de los aspectos destacados por la bibliografía sociológica. Nuestro objetivo será examinar si se puede construir un modelo sintético del valor, desde una perspectiva sociológica, que pueda integrar en la mayor medida posible los aportes de la reflexión sociológica sobre el tema.

De ser así se podría disponer de un modelo teórico simple sobre el valor que estaría liberado de toda sospecha metafísica. Podría entonces examinarse en estudios ulteriores si el uso de este tipo de modelo teórico sobre el valor, u otros similares que puedan construirse, puede ser un elemento de utilidad para su utilización en el campo de las ciencias sociales. Por ejemplo, en los campos de la Economía, la Política y las Organizaciones. De serlo el concepto de valor volvería a tener derecho de ciudadanía en nuestra ciudad científica.

Pero para poder realizar este estudio sociológico del valor necesitamos aclarar previamente a qué tipo de realidad se refiere esta palabra. Éste será el objeto de los dos próximos capítulos. Queremos construir una “pre-noción” del valor que nos permita identificar este tipo de realidad con seguridad, condición indispensable para poder proceder luego a su estudio desde una perspectiva sociológica. Examinaremos en el Capítulo 2 qué es lo que se entiende por “valor” en el lenguaje cotidiano, y en el Capítulo 3, los conocimientos que nos puede aportar la reflexión filosófica sobre este tipo de realidad. Terminaremos esta Parte Preliminar con el Capítulo 4 dónde mostraremos que nada se opone a un estudio del valor desde las ciencias sociales en general y desde la sociología en particular. Indicaremos finalmente ahí nuestro plan de trabajo y marco teórico para el estudio sociológico de los valores que realizaremos en las partes centrales de este trabajo, la Primera Parte dónde se examinarán las diversas teorías sociológicas sobre el valor, y la Segunda Parte dónde intentaremos elaborar un modelo teórico sintético sobre el valor.

II

El valor en el discurso cotidiano

Definiciones del valor

¿A qué tipo de realidad se refiere la palabra “valor”?

El “valor”, nos dice el *Diccionario de Uso del Español* de María Moliner (1987), es “una cualidad de las cosas que valen, o sea que tienen cierto mérito, utilidad o precio”.

El diccionario nos invita entonces a representarnos estas tres situaciones: cosas que tienen “mérito”, “utilidad” o “precio”. Los objetos, se nos dice, tienen en estos casos una cualidad bien diferente a otras, como por ejemplo su color y tamaño, cualidad que se denomina “valor”. Pero, ¿a qué tipo de cualidad se refiere?

Sabemos distinguir cuando una cualidad de un objeto pertenece, por ejemplo, a la clase de colores, sabores y altura. Se nos han mostrado esas realidades durante nuestra educación y hemos aprendido a reconocerlas con seguridad y a sentir lo que cada clase de cualidad tiene de común (los colores entre sí, los sabores entre ellos, etc.). Pareciera que no ha ocurrido lo mismo con los valores. Podemos enumerar ciertos valores, o por lo menos cualidades que nos parecen ser valores. Pero no tenemos una visión abarcativa de los valores como la que tenemos de los colores o de los sabores. No parece entonces haber un conocimiento genérico de la clase, sino conocimientos parciales, meros ejemplos concretos de valores. Veamos si la definición del diccionario nos pueda brindar además de ejemplos de esas cualidades particulares que son llamadas valores, una idea de qué es lo que tienen de común, que permita justificar el hecho de agruparlas en una misma clase.

El diccionario nos muestra tres casos dónde, nos dice, aparecen cualidades que son valores. Empecemos por el tercer ejemplo del María Moliner que tiene la ventaja de poder ser identificado con facilidad, el de las cosas que tienen precio. Tenemos entonces frente a nosotros un objeto por el cual se paga un precio. Entre todas las cualidades que tiene ¿cómo identificar aquellas que corresponden a “valores”? No lo son ni su color, ni su altura, ni alguna otra de sus características físicas (peso, volumen, resistencia eléctrica, etc.). ¿El precio, que es un atributo de ese objeto, es la “cualidad-valor” a

la que se refiere el María Moliner? No queda claro ya que puede referirse también a otra cualidad que aparezca conjuntamente con el precio.

En el caso de las cosas que tienen utilidad nos topamos con el mismo problema. Esta situación descripta es muy fácil de identificar, pero no así lo que en la misma corresponde a esa cualidad de tipo especial, esa cualidad valiosa que denominamos con la etiqueta “valor”. Tenemos frente a nosotros un objeto que puede ser usado, es decir que puede tener utilidad (del latín *utilisis*, de *uti* que quiere decir usar). La situación es clara. Ahora bien ¿cuál es la cualidad especial que tendría este objeto? ¿Esa cualidad especial es simplemente su “posibilidad de ser usado”? ¿O se refiere a otra cosa?

Veamos finalmente el primer caso de figura que expone. Hay cosas que tienen “mérito”. Pero aquí a diferencia de los dos casos anteriores, no podemos identificar claramente este tipo de situación ¹. De todas maneras, aún identificado el tipo de situación al que corresponde el término, tendríamos el mismo problema que antes. No sabríamos si la cualidad buscada coincide con el “mérito”, “utilidad” o “precio”, o si es una cualidad diferente a esos atributos.

Sin embargo tenemos un dato adicional. En los tres casos existe un mismo tipo de cualidad. Ese tipo de cualidad común a estas tres situaciones sería una cualidad llamada “valor”. ¿Qué tipo de cualidad, diferente de cualidades físicas, es común a los objetos que tienen mérito, utilidad y precio?

El hecho de decir que esas cualidades tienen la propiedad de “valer” no nos es de gran ayuda. Tomada estrictamente parece ser una tautología. Pero la intención del diccionario es de generar conexiones en la mente del lector, asociaciones con otras situaciones. Al decir “las cosas valen” (por el valor que tienen), el verbo aplicado a la cualidad da una idea de actividad que emana del objeto. No se dice de un objeto con color o altura algo con un verbo: “las cosas colorean” (por el color que tienen) o “las cosas miden” (por la altura que tienen). Pareciera que el valor tiene como un “principio activo” asociado al mismo, un cierto “dinamismo”. Al decir “las cosas valen”, podemos imaginar que hay como una irradiación a partir de las mismas. Por decirlo de alguna manera, el valor no sería una “cualidad estática” del objeto como el color o la altura, sino una “cualidad dinámica” del objeto. Pero estas reflexiones, que son meras asociaciones libres a partir de una definición con apariencia tautológica, necesitan ser controladas. Por ahora hay que considerarlas como meras aproximaciones, totalmente insatisfactorias, al intento de caracterizar con precisión aquellas realidades que se denominan con el término de “valores”.

Consultemos el diccionario de lengua francesa *Petit Robert*². Nos permitirá controlar las definiciones anteriores y quizás aclararlas con detalles adicionales. Su definición coincide con la del María Moliner en delimitar tres grandes clases de valores. Los valores aparecen en situaciones dónde hay “mérito” de una persona (el *Petit Robert* hablará de “estima” de una persona por las demás), dónde hay cosas útiles (valor de uso) y dónde aparecen objetos con un precio (valor de cambio).

“El valor, nos dice el *Petit Robert*, es: a) “aquello que en una persona es digno de estima con respecto a las cualidades que se desea para la persona en el dominio moral, intelectual y profesional”; b) “la cualidad de una cosa fundada sobre su utilidad objetiva o subjetiva” también llamado “valor de uso”; c) “el carácter medible [de un objeto] en cuanto es susceptible de ser intercambiado, de ser deseado”.

Esta definición nos permite identificar con mayor precisión las realidades a las que se refiere el término “valor” en el primer tipo de situación. Nos dice que es aquello que es digno de estima en una persona es una “cualidad-valor”. La inteligencia, la belleza, el coraje por ejemplo, serían cualidades de este tipo. No así la estupidez, la fealdad o la cobardía. Estamos frente a cualidades que generan o deberían generar una reacción de estima en las demás. Es decir una reacción emocional de naturaleza positiva, de aceptación y no de rechazo.

En cuanto al caso de los objetos que tienen utilidad no se aclara a qué correspondería la cualidad-valor que tendrían. Pareciera que la “utilidad” de un objeto, es decir su posibilidad de uso, es la que permite la existencia de un valor en el objeto. ¿Pero entonces a qué refiere el término “valor” en este caso si no se identifica con la característica de poder ser útil? Lamentablemente el diccionario no nos da ninguna precisión adicional.

Finalmente en el tercer caso planteado, la de objetos que se intercambian, se nos da una información adicional. Estos objetos que tienen precio son deseados. Pero el término “valor” en ese caso no se refiere al deseo del objeto por parte de personas, sino a un número concreto que surge de observar las relaciones de intercambio entre este objeto y otros. Lo que era pura cualidad en los dos casos anteriores se ha transformado en una cantidad medible.

El *Petit Robert* agrega algunas precisiones adicionales que amplían nuestro campo de visión. Se refiere a la reacción de una persona frente a un objeto valioso, es decir frente a un objeto que tiene aquel tipo especial de cualidad que estamos investigando. Reacción que puede ser de naturaleza

emotiva (percepción del valor) o de naturaleza intelectual (discurso verbal sobre el valor percibido o “juicio de valor”).

El valor, nos comenta, puede ser “el objeto de un juicio que se realiza sobre las cosas”. Agrega que mediante estos juicios de valor “se afirma que un objeto es digno de estima”. Esta última afirmación es interesante. El valor de un objeto parece asociarse a dos tipos de reacciones en una persona: una valoración o estimación que parece de orden emocional (estima del objeto) y un juicio de valor que parece de orden más intelectual (afirmar si la estima sentida por un objeto es adecuada). Parece sugerir una interrelación entre ambos aspectos. Por ejemplo, que no corresponde sentir una estima (aspecto emocional de la valoración) por un objeto cuando el juicio verbal de valor (aspecto intelectual en el que se analiza el objeto y se emite un juicio de valor) dice que tal objeto no es valioso. Con lo que sugeriría que la estimación de un objeto puede ser modificada al realizar la persona un juicio de valor, y que el sentimiento sería el que debería ajustarse a lo que dicta la reflexión intelectual.

Por último este diccionario da algunos ejemplo de “cualidades valiosas”: verdad, belleza y bien. No aclara qué tipo de objetos pueden tener estas cualidades, pero no hace falta ya que el uso de estas palabras es muy claro. La belleza es una cualidad que tienen personas y cosas, o también una situación (por ejemplo un cierto paisaje). El bien se refiere a acciones de una persona. Se califica su tipo de comportamiento. La verdad es la cualidad de un objeto de tipo especial, no mencionado hasta ahora, un enunciado de tipo verbal (aunque podría tomarse como un producto del comportamiento de una persona). Con lo que estos tres ejemplos muestran que la “cualidad-valor” se refiere a clases muy diferentes de objetos. Estos objetos (cosas, personas, comportamientos y situaciones complejas) pueden tener un atributo, algo que se les adjudica. En ciertos casos estos atributos son de un tipo especial y llevan el nombre de “cualidades valiosas” o “valores”³.

¿Cuando los atributos de esos objetos deben llamarse “valores” y cuándo son simplemente cualidades comunes? No lo sabemos todavía. Pero por nuestra educación se nos enseña desde niños a reconocer la verdad, la belleza, la justicia como valores y no así la altura, el peso o el color de un objeto. No todos los atributos son valores. ¿Pero entonces cuál es el criterio que permite determinar cuándo hay que considerar un atributo como un “valor” y cuándo no? ¿Y qué tendrían en común los atributos que son considerados “valores”? Por ejemplo, ¿qué tienen de común la verdad de una teoría, la belleza de un objeto y la justicia de una situación?

Estado de situación

Llegamos entonces a la conclusión de que hemos aprendido, con nuestra educación y adquisición de la lengua desde niño, a conocer los elementos $\{v1, v2, v3, v4, \dots\}$ de una cierta clase de atributos que se llaman valores (justicia, bondad, belleza, verdad, etc.), de la misma forma que hemos aprendido a reconocer árboles $\{a1, a2, a3, a4, \dots\}$.

Pero sentimos una diferencia: podemos ampliar con bastante seguridad este segundo listado, la lista por extensión de los árboles que vamos encontrando en nuestra vida, modificando si hiciera falta nuestra definición de árbol que se tenía hasta el momento (por ejemplo al toparnos con un bonzai). No parece ocurrir lo mismo con el primer listado, el de los atributos que tienen la particularidad de ser “valores”.

Nos vemos en primer lugar desconcertados si tratamos de encontrar una definición, aunque sea provisoria, que trate de englobar los elementos $\{v1, v2, v3, v4, \dots\}$ conocidos hasta el momento. ¿Qué definición común podemos dar de esta colección de atributos {belleza, verdad, utilidad, justicia, bondad, precio} que los diferencie de los demás?

El único criterio general que hemos encontrado, el de que las cosas que tienen valores “valen” (definición del María Moliner) es tan poco preciso que solo lo podemos tomar, en el mejor de los casos, como la indicación de una característica dinámica que tendrían posiblemente los valores. En el peor de los casos, si el verbo “valer” no indica un comportamiento activo, sería una mera tautología que nada agregaría. Aunque no nos parece probable este último caso, ya que otras derivaciones del término valor tienen también asociadas una idea de actividad, de no-pasividad, cómo cuando se dice de una cosa que es “valiosa”, claramente “el valer”, sin mayores precisiones, no nos puede servir como criterio general para reconocer los valores entre sí y distinguirlos de las demás cualidades que puede tener un objeto.

Con lo que no hemos encontrado hasta ahora un criterio claro, aunque provisorio y sujeto a revisión ulterior, que nos pueda decir frente a un atributo cualquiera si pertenece a la clase de los “valores” o no. Simplemente nos manejamos con lo que los usos y costumbres han decidido incorporar a una lista que convencionalmente hemos llamado “valores”, sin saber lo que tendrían de común las cualidades agrupadas en esa colección. Valor sería entonces todo lo que los usos y costumbres han decidido incorporar en esta lista hasta esa fecha. Probablemente haya razones para esa agrupación, pero si las hay, no parecen conocerlas aquellos que nos enseñan a clasificar y a “etiquetar” los objetos de esa

manera. Nos transmiten un conocimiento y una técnica de clasificación, que les viene de otros, sin preocuparse por la justificación de esta operatoria. Son usos sociales que incorporamos, en un principio sin crítica y que luego pueden eventualmente ser puestos en juicio, a medida que se desarrolla nuestro proceso educativo.

Nos parecemos entonces en nuestro trato con los valores, a un niño que solamente llamaría árbol a ciertos árboles indicados por sus mayores y que frente a otros que pudieran aparecer no sabría qué hacer al respecto, si incluirlos o no en su lista. Nos falta un principio generador que permita entender cuál es la relación existente entre estos elementos que nos hemos acostumbrado a llamar “valores”. Nos referimos a algo que permita generar la lista de valores que se nos ha dado. ¿Qué tienen en común estos atributo: belleza, bondad, verdad, utilidad, precio? Dicho de otra manera, ¿es posible encontrar un criterio que permita, al aplicárselo a estos atributos, hacer que queden juntos en una misma clase?

A modo de ejemplo, se puede pensar en los aparatos técnicos denominados “pasa-no pasa” que permiten clasificar objetos. El “pasa-no pasa” solo deja pasar los objetos que tienen una misma característica. Necesitamos un instrumento intelectual del tipo “pasa-no pasa”, que aplicado a los atributos de un objeto, deje pasar únicamente los elementos $\{v1, v2, v3, v4, v5\}$ que hemos identificado hasta ahora como “valores”, excluyendo a los demás que consideramos que no son valores. Si lo encontramos, tendremos el “principio generador” buscado. Será un “pasa-no pasa” que, al aplicarlo a otros nuevos atributos que vayamos encontrando, nos permitirá ver si estos últimos son o no valores (de acuerdo al criterio operativo provisional que establece el pasa-no pasa). Nos permitirá responder con precisión a la pregunta: ¿Es la cualidad X un valor? Por otra parte nos dará el principio de generación de la lista, es decir algo que será común a todos sus elementos.

La lista de valores crecerá entonces con el tiempo. Puede ocurrir, entonces, que al examinarla aparezca la conveniencia de modificar el criterio “pasa-no pasa” inicial para hacerlo más preciso y no dejar pasar ciertos elementos que por alguna razón no se quieran considerar como “valores”. Pero más allá de sus posibles modificaciones, el “pasa-no pasa” es un instrumento operacional que nos permite generar la clase de los elementos conocidos hasta el momento como “valores”, presumiendo que los demás elementos que cumplan con esas mismos criterios también deberán llamarse “valores”, por lo menos hasta que una razón poderosa indique lo contrario ⁴.

En el capítulo siguiente examinaremos si la reflexión filosófica puede darnos los criterios que nos permitan distinguir a los valores de los restantes atributos de un objeto. Queremos delimitar con suficiente claridad el tipo de realidad a la que se refiere la palabra “valor”, primer paso necesario para poder encarar su estudio sociológico. Recurriremos entonces al discurso filosófico, un discurso con un mayor nivel de regulación consciente que el de la vida cotidiana.

En la vida cotidiana nos entendemos suficientemente con el entrenamiento que hemos recibido para etiquetar con la palabra “valor” a ciertas realidades. En general nos damos cuenta que las definiciones dadas son circulares y se apoyan en realidad en el entrenamiento que hemos recibido desde niño para calificar, por ejemplo, a situaciones, personas y cosas como justas, buenas o bellas. Entrenamiento que se va refinando a medida que progresa nuestra educación y socialización. La filosofía es el intento de poner orden intelectual en ese discurso verbal coordinado por la vida espontánea. Es el intento de tener un discurso con una regulación consciente hacia una mayor coherencia intelectual y adecuación con la realidad que el que suele tener el discurso espontáneo de la vida cotidiana. Es por lo tanto importante que veamos qué es lo que nos puede enseñar la filosofía sobre estas realidades que llamamos “valores” y si nos puede ayudar a encontrar el “principio generador”, no hallado aún, de la lista de cualidades que se consideran valores según nuestros usos y costumbres.

III

El valor en el discurso filosófico

El término “valor”, nos dice Ferrater Mora en su Diccionario de Filosofía⁵, se ha usado y se usa en un sentido fundamentalmente económico: “Se ha hablado y se habla de lo que una mercancía o producto valen, es decir del valor que tienen”. Pero, agrega, existe un segundo sentido no primariamente económico como “cuando se dice que una obra de arte tiene un gran valor o es valiosa, o que ciertas acciones tienen valor o son valiosas, o que una persona tiene gran valía”.

La filosofía ha tratado del tema de los valores desde sus inicios en la Grecia antigua. Sin embargo ha sido una reflexión orientada al estudio de ciertos valores particulares (el bien, la belleza, la

verdad) más que al tratamiento de los valores en general. Se han constituido así doctrinas filosóficas sobre el bien (éticas), sobre la belleza (estéticas) o sobre la verdad (metodologías y epistemologías).

Sin embargo habrá que esperar hasta fines del siglo diecinueve para que aparezca una reflexión filosófica sobre el valor en general. El bien, la belleza, la verdad serán considerados como casos particulares de un concepto más amplio y general, el “valor”. La filosofía iniciará entonces el estudio de este concepto general, bajo el título de “teoría de los valores”, “axiología” o “estimativa”.

¿Qué nos dice la “teoría del valor” sobre las realidades a las que se refiere la palabra “valor”? En primer lugar hay que resaltar que no hay una sola teoría filosófica del valor, sino múltiples teorías sobre las que no hay acuerdo.

Se han adoptado, nos comenta Ferrater Mora, numerosos puntos de vista. Por ejemplo que:

“a) los valores son cualidades especiales, irreducibles a otras formas de realidad [estudiadas anteriormente por la filosofía] ; b) son productos de valoraciones humanas y por lo tanto relativos; c) subsisten de algún modo independientemente de las valoraciones y hacen a éstas posibles; d) son o están relacionados con normas o con imperativos; e) son independientes de normas o de imperativos; f) forman una jerarquía; no forman una jerarquía; g) etc.”

Algunas de estas visiones parecen incompatibles entre sí, otras probablemente muestren aspectos diferentes de esa realidad que se pretende estudiar. Necesitamos poner un poco de orden intelectual ante tantas visiones diferentes de un mismo problema. Para ello expondremos las características que, según la reflexión filosófica, tendrían estas realidades que se han etiquetado como “valores”. Veremos luego si es posible encontrar a partir de las mismas una definición operacional, aunque sea provisional, que nos permita identificar con mayor precisión estas realidades.

Características de los valores según la axiología

¿Cuales son entonces las características esenciales de los valores según la reflexión filosófica? Ferrater Mora nos comenta que “una respuesta que ha circulado mucho” y que por lo tanto parece haber gozado de más consenso que otras, es la que exponemos en los seis puntos indicados a continuación. El valor tendría las siguientes características:

1. *El valer*. Los filósofos han querido determinar a qué tipo de realidad pertenecen las “cualidades-valor”. Al ser cualidades, no son “objetos de existencia física” (llamados *objetos reales* en

el lenguaje filosófico). Parecen también distinguirse de objetos abstractos que se dan en el mundo de las ideas (objetos de existencia ideal denominados *objetos ideales*). ¿Serán entonces objetos ligados a los afectos y vivencias emocionales? Muchos filósofos sostienen que no, que son entidades que tendrían un tipo diferente de existencia, el “valer”.

“La bondad, la belleza, la santidad, no son cosas reales, pero tampoco entidades ideales. Los objetos reales vienen determinados según sus clases por las notas de espacialidad, temporalidad, causalidad, etc. Los objetos ideales son intemporales. Los valores son también intemporales y por eso han sido confundido a veces con las idealidades, pero su forma de realidad no es el ser ideal, ni el ser real, sino el ser valioso. La realidad del valor es, pues el valer”.⁶

Esta posición no nos es de utilidad. En primer lugar el recorte de la realidad en objetos reales e ideales, y luego en otros tipos de realidades diferentes que van apareciendo, si bien válido del punto de vista fenomenológico, sigue siendo muy superficial. Tiende a establecer reinos independientes para cada tipo de realidad, cuando los estudios actuales muestran una visión menos tajante. La epistemología genética de Piaget, por ejemplo, nos muestra otras formas de considerar los llamados objetos ideales (triángulos, números, conceptos por ejemplo) que están muy conectadas con realidades psico-sociológicas de las personas. Con lo que a esta altura de los conocimientos que brinda esta disciplina, parece temerario no ligar estos “objetos ideales” con realidades concretas afectivas y sociales que afectan al individuo, en particular al desarrollo de su capacidad cognitiva y afectiva en un marco socializado.

En segundo lugar, no nos brinda elementos para ponernos frente a esta propiedad de “valer” que tendrían los objetos con “cualidades valiosas”. Al no hacerlo, la proposición: “los objetos con cualidades valiosas tienen la propiedad de ser valiosos, es decir de valer” queda para nosotros, por ahora, como una proposición tautológica.

2. *Objetividad.* ¿Los valores son realidades objetivas o subjetivas? Ésta ha sido la gran controversia que ha dividido la reflexión filosófica y que no ha sido superada aún. Esta discusión es evidentemente un eco de la gran disputa de los universales de la Edad Media, la controversia del realismo y del nominalismo, aunque aplicado a los valores en vez de serlo a las ideas. Pareciera que hoy en día la disputa sobre realismo y nominalismo de las ideas ha podido superarse, por ejemplo con los

trabajos de epistemología genética de Piaget, en los que muestra una situación real más compleja que las dos alternativas tradicionales⁷. ¿Podrá lograrse algo similar con los valores?

Ferrater Mora nos muestra que la cuestión está lejos de ser resuelta. Tenemos los dos polos extremos del “realismo” (objetividad) y “relativismo” (subjetividad) de los valores. Entre los mismos se distribuyen las teorías, pudiendo ocupar posiciones que se van acercando a la línea media. Una postura que parece haber perdido vigencia en la reflexión intelectual contemporánea es la que sostiene un realismo extremo de los valores, que los ve como entidades platónicas existentes en una esfera metafísica de la realidad. En cambio la postura objetivista más sosegada mantiene sus argumentos vigentes. El valor, sostiene, es algo más que una reacción puramente subjetiva. La reacción valorativa de un sujeto responde a algo que es externo a él y que existe independientemente de su persona. Estas reacciones muestran propiedades del objeto y no son puras reacciones subjetivas arbitrarias.

Para el otro polo de la reflexión filosófica, el del relativismo de los valores, el valor es un fenómeno que depende de la subjetividad de la persona. Esta subjetividad o factor personal se manifiesta en reacciones positivas o negativas frente al objeto: agrado o desagrado, deseo o rechazo, atracción o repulsión. La teoría relativista de los valores “sostiene que los actos de agrado y de desagrado son el fundamento de los valores”. El valor que se percibe en los objetos sería entonces la consecuencia de esta percepción afectiva⁸.

Tenemos pues totalmente abierto el problema de sobre la objetividad o subjetividad de los valores⁹. Problema que sumamos al más importante aún, y tampoco resuelto, de encontrar un criterio que nos permita identificar los valores y separarlos de las otras cualidades comunes que puede tener un objeto. Quizá lo encontremos al examinar las restantes características de los valores expuestas por Ferrater Mora.

3. *No independencia* (valor como cualidad o atributo de un objeto). Esta característica del valor es interesante. Corresponde a la ya indicada en los diccionarios de lengua y es el único elemento concreto que tenemos hasta ahora para identificarlos. El valor es una cualidad de un objeto, un adjetivo o atributo del mismo. ¿Pero qué tipo de cualidad o atributo? No lo sabemos. Sin embargo Ferrater ya dará algunas pistas adicionales con las características siguientes.

4. *Polaridad*. Los valores, nos dice Ferrater Mora, se presentan siempre polarmente. Hay un desdoblamiento de cada cosa valente en un aspecto positivo (valor positivo) y un aspecto negativo

(valor negativo o disvalor): “Al valor de la belleza se contraponen siempre el de la fealdad; al de la bondad, el de la maldad; al de lo santo, lo profano”¹⁰.

Se nos dice algo muy interesante y que parece acotar el campo de las meras cualidades. El valor es una cualidad que tiene la característica de presentarse en forma polar, es decir en forma positiva y en forma negativa. A todo valor positivo le correspondería un valor negativo o disvalor.

Está claro que a la cualidad de belleza se opone la fealdad, así como a las de verdad, justicia y bondad se contraponen las de la falsedad, injusticia y maldad. Pero pareciera que no existe tal polaridad con el valor “precio”, aunque dejamos la cuestión abierta para más adelante. En todo caso podemos observar que la característica de polaridad se encuentra en todos los casos concretos de valor que conocemos, con la excepción del “precio”, es decir en lo que podemos llamar “valores no económicos”.

El criterio de polaridad sería diferenciante si no aplicara a atributos que no sean valores. Para ver si es así, ampliemos nuestra lista de cualidades que no son valores. Hasta hora sólo hemos mencionado el color, el gusto y la altura. Frondizi nos dice que hay cualidades llamadas por la filosofía “cualidades primarias” y “cualidades secundarias” que no son valores ¹¹. Las “cualidades primarias” son aquellas que son esenciales para la existencia de un objeto, sin las cuáles éste no podría existir: extensión, impenetrabilidad y peso por ejemplo. Junto a ellas están las “cualidades secundarias”, también necesarias para la existencia del objeto, pero que tienen una mayor subjetividad, como el color, sabor y el olor. En definitiva estas cualidades se refieren a las características físicas de un objeto de existencia concreta, características que pueden ser objetivas como el peso y la altura, o de orden más subjetivo como el color y el sabor. Ninguno de estos atributos es considerado por los usos y costumbres como un “valor”.

Estas cualidades físicas son en general no polares. No encontramos alturas, pesos, colores y sabores negativos. El criterio de polaridad no aplica a estas cualidades físicas y parece ser entonces suficiente para discriminar los valores no económicos de otros atributos. Sin embargo existen cualidades físicas se presentan en forma polar aunque no sean percibidos así por nuestra sensibilidad (carga eléctrica positiva y negativa, materia y antimateria).

Gracias a nuestra educación podemos oponer a la cualidad de belleza, la cualidad de fealdad, la verdad a la falsedad, la bondad a la maldad, etc. Hemos aprendido a detectar cualidades polares. Estas cualidades polares, salvo excepciones (características físicas no percibidas por nuestra sensibilidad)

serían entonces valores. Todos los valores, salvo excepciones (valor económico “precio”) serían cualidades polares. Existe por lo tanto una fuerte correlación entre valores y cualidades polares.

5. *Cualidad pura*. Ferrater afirma que los valores son totalmente independientes de la cantidad y que no pueden establecerse relaciones cuantitativas entre las cosas valiosas.¹²

Cuando examinemos las teorías sociológicas del valor, veremos que Tarde niega en forma terminante esta posición. Justamente para este sociólogo la característica clave de los valores es que pueden ser comparados entre sí tanto en escalas cualitativas como cuantitativas, siendo el motor de la comparación la afectividad de la persona que percibe la cualidad. Los valores sí podrían entonces ser comparados entre sí y ordenados en una cierta escala. Hay un más y un menos de un valor para cada tipo de valor. Hay objetos más bellos que otros, teorías más verdaderas que otras, situaciones más justas que otras, personas más bondadosas que otras. Para cada valor elegido, se puede comparar el más o menos de valor que tendrían diferentes objetos.

Este criterio de mayor o menor valor que puede tener un objeto, asociado a la afectividad de una persona como instrumento de comparación, nos permite, a partir de un valor dado, construir toda una gama de valores de un mismo tipo. Por ejemplo se nos enseña qué es la belleza. Se nos dice qué tipo de reacciones debemos sentir frente a la misma: por ejemplo reacciones desencadenadas por las formas y colores de un cuadro. Estas reacciones internas pueden variar en intensidad y se asociarán a la mayor o menor belleza del cuadro.

Esta característica parece poder ser suficiente para generar el fenómeno de la polaridad. Si ordenamos objetos según la intensidad de una cierta cualidad que tiene, el moverse en el sentido de la cualidad creciente será percibido como un movimiento hacia mayores valores positivos. En cambio el moverse hacia objetos con menores valores será percibido como un movimiento hacia objetos que tienen cada vez menos de ese valor. Por ejemplo nos moveríamos de una situación dada, percibida como relativamente justa, a situaciones que serán percibidas como cada vez menos justas. Nos desplazaríamos en ese caso en el sentido del disvalor. Puede ocurrir que se llegue a una situación neutra, por ejemplo una situación vista como ni justa ni injusta, y que luego prosigamos con situaciones percibidas como cada vez más injustas. Habremos generado así los dos polos del valor positivo y del valor negativo para el valor en cuestión. La polaridad, cuando existe, parece entonces generarse a partir de la característica que tienen los valores una misma clase de poder ordenarse en un eje lineal¹³.

6. *Jerarquía*. Vimos que los valores pueden ser comparados en intensidad dentro de una misma clase (belleza, verdad, bondad por ejemplo). Se nos dice que también pueden ser comparados entre sí: la “belleza” con la “verdad”, y ubicarlos en una escala de acuerdo al mayor o menor “valor” que tendrían cada uno de esos valores. Se dice que existe una “jerarquía de valores” o “escala de valores”.

Los partidarios de la postura objetivista de los valores han querido establecer escalas inmutables de valores que todos deberían reconocer. Los que adhieren a la postura subjetivista ven estas escalas como una característica puramente personal de cada individuo y que tendrían en principio un alto grado de variabilidad.

De todas maneras ambas posturas parecen coincidir en el hecho de que valores diferentes como la belleza, verdad, bondad, justicia, etc. pueden también ser comparados entre sí, además de serlo dentro de su clase. En qué medida esto puede ser razonable o no es una cuestión que dejamos abierta.

Una definición operacional provisoria: los valores como “cualidades con intensidades variables”.

Las características anteriores nos dan el material necesario para construir el “pasa-no pasa” que estábamos buscando, es decir un instrumento intelectual que nos permita distinguir cuando nos encontramos frente a una realidad que debe llamarse “valor” y cuando no. Este “pasa-no pasa” deberá evidentemente permitirnos reencontrar la lista de valores por extensión que cada uno de nosotros fue armando durante su vida. También debe permitirnos rechazar las llamadas cualidades primarias y secundarias, o características físicas de un objeto concreto. Si pasa esa doble prueba, lo podremos tomar como una herramienta provisoria de clasificación. Esta herramienta evidentemente deberá ser reexaminada en el futuro si vemos que permite incluir en la lista de “valores” algo que los usos y costumbre no llaman así, o si, al revés, no deja incluir una realidad que los usos consideran como un valor. Construyamos entonces este “pasa-no pasa” provisoria o “definición operacional” de valor.

En primer lugar, y esta será la primera característica fundamental del valor, el primer criterio que permite filtrarlo de otras realidades, el valor es un atributo de un objeto, una cualidad en sentido amplio (característica C1). Existe una enorme variedad de objetos que tienen atributos: cosas, seres vivos, personas, actos, emociones, ideas, situaciones, por ejemplo. Cualquier atributo de cualquier tipo de objeto puede ser entonces un valor.

Necesitamos entonces afinar el proceso de filtrado o “cribado” de los atributos, con otras características o criterios (C2, C3, etc.) para que deje pasar únicamente a las realidades que consideramos valores. No lo filtraremos por tipo de objeto. El valor, en los ejemplos concretos que vimos (belleza, bondad, verdad, justicia) se aplica a todo tipo de objeto, concretos (cosas, personas y demás seres vivos) y no concretos (actos, sentimientos, ideas) e incluso a objetos que son meras situaciones (por ejemplo la justicia o injusticia de una determinada configuración social). Debemos entonces considerar que el valor es un atributo de cualquier tipo de objeto, sin restricciones en cuanto al mismo. Las restricciones deben ser sobre el tipo de atributo. ¿Qué limitaciones adicionales podemos considerar que permitan dejar pasar únicamente los atributos que no sean valores?

Tomaremos como segundo criterio, en este proceso de clasificación, al criterio de intensidad (C2). Los valores no son cualquier tipo de atributo o cualidad, sino atributos o cualidades que pueden variar en intensidad. Esto supone una persona que puede sentir el más y el menos de una cualidad del objeto, una persona que pueda ordenar en una sucesión los atributos de una cierta clase, por ejemplo de menor a mayor intensidad. Este criterio deja pasar cualidades que no son reconocidas como valores: los atributos físicos como el peso, la altura, el sabor y el color pueden ordenarse. Habrá objetos con más y menos altura, con mayor o menor sabor, con un color determinado de mayor o menor intensidad. También deja pasar a todos los valores que conocemos: hay situaciones en las que hay más o menos justicia, personas con mayor o menor bondad, teorías más o menos verdaderas que otras, objetos con mayor o menor belleza que otros, cosas con mayor o menor precio. Todos los valores que conocemos, por ejemplo los de la lista que hemos considerado hasta ahora, son cualidades o atributos que tienen una intensidad que puede variar. Son cualidades con “intensidades variables”. Hay un más y un menos de cada uno de esos valores.

¿Qué cualidades o atributos permite rechazar este criterio? Cuesta encontrar un ejemplo de una cualidad que no pueda tener diferentes niveles de intensidad (el más o el menos de esa cualidad en diferentes objetos), a punto tal que pareciera que todas las cualidades y atributos cumplen ese criterio. Sin embargo pudiera ocurrir perfectamente que un atributo sea tan específico de un objeto o situación, que no pueda repetirse en otro objeto y situación, con lo que su comparación no tendría sentido. En este caso este atributo único no tendría intensidad variable. El punto es que en este caso el atributo o

cualidad no tendría etiqueta denominativa y quedaría ignorado por nuestro idioma (no hay nombres propios de atributos).

Por más que este criterio C2 parece ser cumplido por todas las realidades que pasan el criterio C1, lo mantendremos porque nos parece mostrar algo esencial de los atributos o cualidades en general que también será esencial para los valores. El hecho de que se presentan con intensidades variables. Sintetizaremos los criterios C1 y C2 hablando de “cualidades con intensidades variables”.

El problema surge ahora: las cualidades físicas (cualidades primarias y secundarias) también pasan el doble criterio de filtrado C1 y C2. Deberíamos encontrar ahora una nueva característica que nos permita eliminarlas, dejando pasar únicamente a los valores.

Si tomamos la característica de polaridad, vemos que no nos sirve como criterio exacto. Hay cualidades físicas que son polares y que por lo tanto pasarían este criterio. También hay un tipo de valor especial, el “precio”, que no pasaría este criterio. Hemos visto que este criterio solo nos puede servir en forma aproximada: los atributos con características polares tienen una gran probabilidad de ser valores en el ámbito de nuestra vida cotidiana. Por otra parte la polaridad parece poder considerarse como una derivación de la característica de intensidad variable que tienen las cualidades. Con lo que no parece ser un criterio independiente del criterio C2.

Las siguientes características del valor, “valer” y “objetividad”, no nos sirven para armar nuestro “pasa-no pasa”. No sabemos cómo distinguir todavía ese “valer”, esa propiedad activa que tendrían los atributos que son valores. Quizá corresponda a la característica C2 de “intensidad variable”, en cuyo caso no sería tampoco un criterio independiente. Por otra parte la objetividad o subjetividad de los valores no nos brinda un criterio seguro de selección. Son propiedades que tendrían los valores, sobre las cuales no hay acuerdo, y que además no son exclusivas de los mismos. Las cualidades primarias y secundarias también pueden ser consideradas bajo el aspecto de su objetividad y subjetividad (tamaño, colores y sabores).

Finalmente la posibilidad de comparar los valores entre sí, la característica de “jerarquía”, es una propiedad interesante, pero que necesita ser aclarada para poder ser utilizada. Quizá pueda verse más adelante como una propiedad similar a la característica C2 (comparación de atributos dentro de su clase), pero extendida a atributos de diferentes tipos, que solo puede ser cumplida con los valores y no con los demás atributos. No podemos comparar el peso con la altura, pero sí la justicia con la bondad en

dos situaciones. Pero no queremos basar nuestro criterio de selección en algo tan poco seguro, que evidentemente debe ser trabajado antes de poder ser utilizado. Recordemos que solo queremos armar una definición operativa provisional del valor.

Con lo que finalmente tomaremos como criterio C3 un criterio que excluya a los atributos que sabemos que no son valores: las “cualidades primarias” y las “cualidades secundarias” de objetos concretos. Este criterio no nos satisface y solo se establece a título provisional. No se ve bien porqué se elimina este tipo de atributos de las restante cualidades con intensidades variables. No se entiende la razón o principio de esa exclusión.

Llamaremos entonces “valor” a toda realidad que pasa los siguientes criterios o características:

C1: es un atributo o cualidad de un objeto

C2: tiene una intensidad variable (puede ser comparada dentro de su clase)

C3: no es una cualidad primaria o secundaria (cualidad física de objetos materiales)

En forma sintética llamaremos valores a las “cualidades de intensidad variable” entendiendo que excluimos de esas cualidades las cualidades físicas de objetos concretos (peso, altura, color, sabor, etc.). Con lo que finalmente hemos delimitado claramente nuestro campo de estudio. Estudiaremos las “cualidades de intensidad variable” que no sean cualidades físicas, cualidades que parecen coincidir en gran parte con las realidades que el lenguaje común y el discurso filosófico denominan “valores”. Haremos este estudio desde un punto de vista sociológico.

IV

¿Es posible un estudio “científico” sobre el valor?

El campo que hemos delimitado parece muy árido. Nos estamos fijando en cualquier tipo de realidad. Pueden ser cosas, personas u otros seres vivos. Pueden ser actos, sentimientos o pensamientos. Pueden ser incluso situaciones que no parecen tener una unidad y que sin embargo trataremos como si la tuvieran (por ejemplo una cierta configuración que involucra personas y cosas). Ahora bien, de estos objetos nos interesan las “cualidades no físicas de intensidad variable” (valores) que pueden tener. Estos valores, en su inmensa variedad y variabilidad, serán nuestro tema de estudio.

Si bien hemos aislado conceptualmente los valores de los objetos de los cuales son atributos, tenemos que tener presente que sólo tienen sentido si se imaginan como atributos de objetos dados y no como entidades etéreas sobre las cuales hablar. El valor deberá imaginarse siempre conjuntamente con los objetos concretos de los cuales son atributos. Al hacer esto desaparece la aridez aparente del tema y se nos presenta como un tema de estudio tan concreto como otros. Por ejemplo, estudiar diversos tipos de objetos “portadores” de valores y observar esas cualidades en sus manifestaciones concretas.

Este estudio concreto de los valores se puede hacer de muchas maneras posibles. Puede haber un discurso sobre los valores desde el modo de pensar de la filosofía o desde otras formas de pensar, como por ejemplo las de las ciencias sociales.

En este trabajo queremos ver qué es lo que nos puede decir una ciencia social bien particular, la sociología, sobre estas realidades. Analizaremos, como ya lo hemos indicado en el primer capítulo, las diversas teorías sociológicas sobre el valor (Primera Parte) para luego ver si es posible realizar una síntesis teórica de las mismas que permita reencontrar lo esencial de esas posiciones (Segunda Parte). No nos interesa aquí conocer el origen de estos valores, ni cuáles serían sus esencias. Nuestro punto de vista es más simple. Constatadas estas realidades, nos preguntamos sobre su posible influencia en la vida individual y social. Queremos analizar el valor en la perspectiva del hombre viviendo en sociedad, es decir desde un punto de vista sociológico.

Posibilidad de un estudio “científico” sobre el valor en ciencias sociales

La sociología, como las restantes ciencias sociales y ciencias del hombre aspira a ser ciencia. Ciencia a su manera, si se la compara con las ciencias de la naturaleza, pero ciencia al fin. No quiere hacer un discurso del tipo filosófico, ni evidentemente un discurso de tipo espontáneo como el que tiene el hombre en su vida cotidiana. ¿Pero es posible realizar un estudio riguroso sobre el valor que sea “ciencia” y no “filosofía”?

Pareciera que para un gran parte de la comunidad científica existe una incompatibilidad entre los términos “ciencia” y “valor”. Se aspira, por ejemplo, a un discurso científico que sea libre de valores. Los valores no pueden buscar la autoridad de la ciencia para justificarse.

Sin embargo es fácil ver que esto responde a una postura metodológica que puede compartirse o no, pero que no afecta en nada la posibilidad del estudio de los valores desde una perspectiva que se

quiera “ciencia”. Max Weber, por ejemplo, ha sostenido la importancia de una ascesis intelectual del hombre de ciencia que trata de no contaminar sus estudios científicos con sus propias valoraciones. Pero esto no impide, que desde tal postura metodológica, se realice un estudio riguroso de los valores como el mismo Max Weber ha realizado. Los valores, para Max Weber, pueden ser el objeto de un estudio científico.

Parece posible entonces realizar un estudio “científico” de los valores. La sociología, así como las demás ciencias sociales y del hombre pueden tomar a los mismos como objetos legítimos de estudio. Lo que se califica de “científico” es el modo de pensar sobre un objeto. No se ve porqué un objeto que se puede delimitar con razonable claridad, como los valores, no podría someterse a tal tipo de estudio.

¿Pero en qué consiste el modo de pensar “científico” y cuáles serían sus diferencias con otras formas de pensar más tradicionales?

Diferentes modos de pensar

Los términos “ciencia” y “científico” están demasiado cargados de valoraciones y pretensiones. El modo de pensar científico, en su lucha inicial por separarse de las formas de pensar más tradicionales, ha exagerado su originalidad (lo que se entiende dado la fecundidad extraordinaria que ha tenido en los campos donde se ha consolidado). Tenemos simplemente un discurso (de esto no puede escapar ninguna forma de pensar) que busca una forma de regulación diferente a la existente en los discursos espontáneos y filosóficos. No hay solución de continuidad en la serie de discursos posibles mediante el cual el hombre puede pensar las realidades en las que vive.

No la hay del punto de vista ontogenético, si vemos cada niño que a partir de un comportamiento preverbal va adquiriendo el lenguaje espontáneo, y luego a partir de esa base de operaciones es capaz de conquistar formas de pensar más sofisticadas. Podrá, al seguir su desarrollo intelectual, darse cuenta que hay una forma de pensar más rigurosa que el lenguaje espontáneo, llamada “filosofía”, que somete a una crítica consciente los discursos que se van realizando para que cumplan ciertas propiedades adicionales (por ejemplo: definición clara de conceptos y no contradicción en el discurso). Podrá luego también ver las luces y sombras de este tipo de discurso y encontrar una nueva forma de pensar que se quiere aún más rigurosa llamada “ciencia”. Esta forma de pensar sigue siendo un discurso verbal como el lenguaje espontáneo, sigue teniendo la exigencia de coherencia intelectual

como el discurso filosófico, pero tiene un mayor énfasis en la regulación por el “control de la realidad”. Nuestro hombre, adecuándose a estos nuevos criterios para regular su discurso verbal, hará ahora ciencia como antes podía hacer filosofía. Pero la mayor parte de su vida la dedicará a asuntos prácticos, más importantes del punto de vista vital, en los que usará el discurso espontáneo sin preocuparse demasiado por las regulaciones anteriores.

Tampoco hay solución de continuidad en las diferentes formas de pensar si las consideramos desde un punto de vista “filogenético”, es decir en la serie histórica de sus apariciones. El discurso filosófico, tal como ha nacido en la Grecia clásica, se construye a partir del discurso verbal espontáneo, modificándolo con ciertas reglas que se imponen, como la de una mayor coherencia intelectual. El discurso científico moderno, cuya acta de nacimiento podemos fechar con la *Nuova Scienza* de Galileo, ha surgido a partir de una nueva forma de considerar las regulaciones que se imponían al discurso filosófico. Los aspectos “racionales”, es decir de coherencia intelectual, y “empíricos”, es decir de ajuste a la realidad concreta percibida, que tenía el modo de pensar filosófico se modifican, profundizándose, provocando un cambio en la forma de pensar. Se seguirá profundizando tanto la coherencia del discurso intelectual (piénsese por ejemplo en el discurso de la teoría física relativista) como la “prueba de realidad” (piénsese en la sofisticación de los instrumentos de medición y experimentación física para interrogar la realidad sobre la validez de una construcción teórica en física moderna). Sean por medio de observaciones, o por medio de experimentos (que son simplemente observaciones controladas) se buscará estructurar el discurso racional en construcción de manera tal que genere en forma inevitable la aceptación de su validez por terceros independientemente de su voluntad, sentimiento o preferencias. El juez del discurso, en la forma de pensar que se hace llamar “ciencia”, quiere estar puesto totalmente fuera del pensador, y es doble. Está en el “control de la realidad” y en la “racionalidad” o coherencia de la teoría elaborada.¹⁴

Esta nueva forma de pensar deberá formular, en cada ámbito de estudio, criterios de “control de la realidad” así como criterios de “racionalidad” o coherencia intelectual que puedan imponerse a todos los investigadores de su campo por su propia fuerza, independientemente de los sentimientos y afectos de cada pensador.

Esto que se ha logrado en el ámbito de las ciencias físicas y biológicas, y en forma cada vez más sofisticada y precisa, es un movimiento que trata de realizarse con éxito variable en las ciencias

sociales y del hombre. La forma de pensar “científica” que luego de haberse consolidado en las ciencias físicas ha logrado imponerse en las ciencias biológicas sigue siendo en gran medida una aspiración para las ciencias sociales que, salvo la lingüística y quizás alguna otra excepción, todavía no han alcanzado lo que Pierre Vendryes llamaría su “mutación teórica”.¹⁵

Por lo que el “grado de científicidad” de las ciencias sociales es en general menor al de las ciencias físicas, como lo era en su momento el de las ciencias biológicas. Su forma de pensar se quiere “científica” desde su nacimiento cuando se desprendieron resueltamente de las formas de pensar más tradicionales como las humanidades y la filosofía, y por ello buscan criterios tanto de “racionalidad” como de “control de la realidad” para estructurar teorías que sean intersubjetivos e independientes de los sentimientos y preferencias personales. Sin embargo en el campo de la mayoría de las ciencias sociales, incluyendo entre ellas las más importantes como la sociología, la política y la economía, la falta de acuerdo y de sistematización única de las mismas (a diferencia de lo que puede encontrarse actualmente por ejemplo en la física, la biología y la lingüística) muestra que todavía no han alcanzado el nivel de una ciencia consolidada, sino que son unas ciencias en construcción, a mitad de camino entre las formas tradicionales de pensar que han dejado y las nuevas formas de pensar que quieren alcanzar.

Plan del trabajo y marco teórico

En esta Parte Preliminar hemos obtenido lo que Durkheim llamaría una “pre-noción” del valor. Recordemos nuestra definición provisional del valor: “cualidad no física de intensidad variable” que pueden tener una amplia gama de objetos (cosas, personas, actos, sentimientos y situaciones complejas). Esta definición corresponde en gran medida a lo que el lenguaje común y la reflexión filosófica parecen asociar a esta palabra y será el punto de partida para la investigación que realizaremos en la Primera Parte y Segunda Parte de este trabajo, el estudio de los valores desde un punto de vista sociológico.

La Primera Parte consistirá en un análisis bibliográfico crítico de las teorías sociológicas sobre el valor. Nos basaremos esencialmente en fuentes primarias de autores sociológicos reconocidos, completándolas ocasionalmente con comentarios de fuentes secundarias. El problema clave está en la elección de la bibliografía a trabajar para que sea suficientemente representativa de las principales posturas sociológicas sobre el problema del valor. Lo hemos resuelto en la forma siguiente. Hemos

tomado tres diccionarios reconocidos de sociología¹⁶ y armado la bibliografía en base a las entradas de los mismos al concepto de “valor” y “valor social” completadas con la del concepto relacionado de “norma”.

Como nos interesa la polaridad entre “valor individual” el “valor social” y dado que el valor parece ser un estímulo, o por lo menos un regulador, de la acción tanto individual como colectiva, hemos completado la bibliografía con entradas referentes a los términos “acción” y “acción social”.

Al examinar la bibliografía armada en base a esas consideraciones pudimos comprobar que parecía suficientemente amplia en el tiempo: sociología clásica (1880-1915), sociología del período de entreguerras (1920-1940) y sociología contemporánea (a partir de 1945) y que recogía las distintas perspectivas metodológicas de la sociología (individualismo, “estructuralismo” y hasta “constructivismo” con la mención de los escritos de Piaget). Esta bibliografía se ha completado con algunos autores adicionales que nos ha parecido importante incorporar. Por ejemplo las bibliografías no mencionaban a Tarde que ha elaborado una teoría muy interesante sobre el valor y a Cooley, cuyos trabajos sobre el valor permiten resumir gran parte de los aportes sobre el valor de la sociología norteamericana de la primera mitad del siglo veinte. Por último, dado las limitaciones de este trabajo, no era posible considerar todos los autores mencionados. Se tuvo que hacer una selección de los mismos. Nuestro criterio ha sido privilegiar los grandes nombres de la sociología y aquellos autores que han escrito libros específicos sobre el tema del valor.

Nuestra lista de autores quedó finalmente reducida a los siguientes grandes sociólogos clásicos: Tarde, Durkheim y Weber. La sociología norteamericana sobre el valor está representada por dos autores que nuclean alrededor de sí las diversas posiciones existentes: Cooley y Parsons. Se ha agregado en la lista a Bouglé por haber sido uno de los pocos sociólogos que ha escrito un libro enteramente dedicado al valor. Finalmente hemos incorporado también a Piaget. Si bien ha sido profesor de sociología y ha escrito textos sobre el valor en sociología, nuestro interés irá más a su visión del valor en el campo interdisciplinario que ha explorado, el del desarrollo y socialización del niño. Nos permitirá ampliar los puntos de vista anteriores, incorporando la visión “genética” del valor (visión del valor en cada etapa del desarrollo y socialización de la persona). Examinaremos entonces en la Primera Parte las teorías y concepciones sociológicas de estos autores, sabiendo que hemos tratado de obtener a partir de la bibliografía de los diccionarios de sociología, una lista reducida de autores, dado las

limitaciones de espacio de este trabajo, pero que al mismo tiempo pueda cubrir la gama más amplia posible de posiciones diferentes existentes sobre el valor.

Para la Segunda Parte, en la que elaboraremos una síntesis teórica de las diversas teorías examinadas, nuestro marco de referencia teórico será el de la epistemología de Bachelard tal como se expresa en su libro *El racionalismo aplicado* ¹⁷. Es una epistemología amplia que permite visualizar una teoría como un juego lógico de conceptos teóricos (aspecto deductivo o racional de la misma) que deben tener puntos de coincidencia con la realidad empírica (aspecto aplicado de la teoría). Según el énfasis que se haga en la combinación de estos dos aspectos se generan todos los tipos de teorías que han aparecido tanto en las ciencias naturales como en las ciencias sociales. Se podrá encontrar como casos particulares de esa epistemología general tanto el método hipotético-deductivo que se usa ampliamente en la actualidad como también, por ejemplo, el método racional usado en economía. La ventaja esa epistemología es su amplio grado de aplicación.

Precisaremos el marco teórico anterior, todavía demasiado general, utilizando el constructivismo piagetiano, cuya epistemología subyacente es totalmente compatible con la de Bachelard (véase el libro de Piaget, *La epistemología genética* ¹⁸). Una primera ventaja de la epistemología piagetiana es que, al tener una perspectiva genética, ofrece una visión del hombre viviendo en sociedad que no tiene círculo vicioso (se sigue la evolución de un ser humano desde la infancia viendo como va pasando de situaciones de menor conocimiento a situaciones de mayor conocimiento). Es la primera epistemología que se quiere científica, es decir que trata de contrastar en forma sistemática sus proposiciones teóricas con datos empíricos. Finalmente es una epistemología que, asociada a la psicología genética desarrollada por el mismo autor, permite ver en forma concreta a qué realidades tangibles pueden corresponder las actividades cognitivas de una persona (continuidad de actividades biológicas sensori-motrices que se van transformando con el proceso de socialización de un ser humano en actividades intelectuales) y evitar así posturas “metafísicas” que no son necesarias. Creemos que esta forma concreta de ver realidades como los conceptos y conocimientos puede ser de importancia para generar un concepto de “valor” liberado de toda relación con lo metafísico e inasible.

PRIMERA PARTE

ANÁLISIS DE LAS PRINCIPALES TEORÍAS

SOCIOLÓGICAS SOBRE EL VALOR

I

Valores individuales y valores colectivos en Tarde

En esta Primera Parte exploraremos las principales concepciones sociológicas del valor. En primer lugar estudiaremos las teorías del valor de sociólogos europeos clásicos de fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte. Empezaremos el presente capítulo con el examen de la teoría del valor de Tarde. Nos brindará una teoría del valor muy interesante y completa aunque relativamente desconocida. Más conocidas son las concepciones del valor de Durkheim que analizaremos a continuación (capítulo 2). Tendremos entonces la ocasión de darnos cuenta de que la tan comentada oposición entre ambos autores es más verbal que real, pudiendo perfectamente conciliarse sus puntos de vistas en cuanto a la visión del hombre viviendo en sociedad. Para ambos el hombre es una criatura que se encuentra entre lo biológico y lo social, un ser biológico que ha sido colonizado por la cultura, por el medio social que lo rodea. Ambos sostienen la imposibilidad de derivar el conocimiento de la sociedad a partir de la interacción de hombres no socializados, que solo pueden existir en la ficción. En definitiva, no solo para Durkheim, sino también para Tarde, la sociedad es anterior a la existencia de cada individuo biológico que nacerá en la misma y que mediante su educación absorberá lo que el medio social le provee hasta convertirse en una persona humana dotada de lenguaje y pensamiento. Los aportes de ambos autores al problema del valor podrán también verse como contribuciones complementarias y no como visiones incompatibles. La visión sociológica del valor de Tarde y Durkheim, se completará luego con el estudio de la concepción del valor de Weber (capítulo 3), que incorporará a esta discusión la rica tradición alemana de reflexión sobre este problema.

Para ampliar el marco de la discusión, saltaremos del continente europeo de principios del siglo veinte a Norteamérica. Si bien la reflexión sobre el valor ha sido muy intensa en Estados Unidos, en particular en la primera mitad del siglo veinte, nos concentraremos por razones de espacio en dos autores que se encuentran en ambos extremos de ese período: Cooley y Parsons (capítulo 4). Nos brindarán elementos adicionales de gran interés sobre el fenómeno del valor. Finalmente terminaremos nuestra exposición con el estudio de dos autores que nos permitirán estudiar el fenómeno del valor en su evolución temporal: Bouglé y Piaget (capítulo 5). Bouglé, uno de los pocos sociólogos que han escrito un libro completo sobre el valor, nos brindará un análisis interesante de la evolución de los valores a través del tiempo (análisis diacrónico de los valores). Por su parte Piaget, que también ha sido profesor de sociología en la Universidad de Ginebra, nos dará, con su teoría genética del desarrollo de inteligencia y de la afectividad de la persona humana, un marco interdisciplinario muy interesante que nos permitirá ubicar en un mismo cuadro intelectual todas las visiones anteriores sobre el valor. Las contribuciones sociológicas examinadas en esta primera parte se transformarán entonces en piezas sueltas de un rompecabezas que, en definitiva, con ligeras modificaciones serán esencialmente compatibles entre sí, y que puestas en conjunto en un marco más amplio nos permitirán entender con mayor claridad los fenómenos valorativos, estos fenómenos que hemos visto manifestarse como “cualidades de intensidad variable” que perciben las personas en los objetos más diversos. Esta síntesis de las distintas posiciones sobre el valor en un marco conceptual común que las pueda contener será el objeto de la última parte de este trabajo.

Iniciemos entonces nuestro examen de las concepciones sociológicas del valor con Tarde, uno de los pocos sociólogos que ha elaborado una teoría completa sobre el valor.

Valores del individuo y valores del grupo: “valores individuales” y “valores sociales”

La definición del valor de Tarde (1843-1904), corresponde en gran medida a la definición provisional a la que habíamos llegado al final de la parte preliminar, el valor como “cualidad de intensidad variable” que puede tener cualquier tipo de objeto. Pero le agregaré una característica adicional. Estas cualidades de intensidad variables pueden ser medidas en forma cuantitativa. Los valores serían entonces para Tarde cualidades que son “cantidades”.

“El Valor, entendido en su sentido más amplio, abarca la ciencia social toda entera. Es una cualidad que atribuimos a las cosas, como el color, pero que en realidad, como el color, existe solamente en nosotros, de una vida toda subjetiva [...] Esta cualidad es [...] de la especie singular de aquellas que, pareciendo propias a presentar numerosos grados y a subir y bajar en esa escala sin cambiar esencialmente de naturaleza, merecen el nombre de cantidades ¹⁹”

Estas cualidades de intensidad variable pueden manifestarse de dos maneras distintas. Tenemos en primer lugar las cualidades de un objeto que percibe una persona con su sensibilidad pura, estrictamente personal. La persona podrá percibir en un objeto cualidades como su belleza, su utilidad, etc. Tarde no suele llamar “valores” a estas cualidades subjetivas percibidas por un individuo y que a partir de ahora llamaremos “valores individuales”. Pero a pesar de no llamarlos así los estudiará a fondo y verá cómo es posible que una persona pueda percibir cualidades homogéneas (por ejemplo la belleza o la utilidad) en objetos heterogéneos. Esto se debe en última instancia, nos dice, a la existencia en el hombre de dos elementos psíquicos básicos que denomina “creencias” y “deseos”, que al combinarse con las percepciones puras del objeto en cuestión generarán percepciones de intensidad variable.

Pero con estas cualidades percibidas a nivel subjetivo puede ocurrir lo mismo que con nuestras opiniones. Podemos tener una opinión personal determinada sobre un tema. Sabemos muy bien que existen muchas opiniones personales de otros individuos que pueden ser bien diferentes de la nuestra. Sin embargo sabemos por experiencia que además de esas opiniones personales concretas existe como una opinión que ya no es la de cada cual, sino que parece ser la del grupo o de la colectividad, la “opinión pública”. Este fenómeno social que ocurre con las ideas ocurre también para Tarde con los valores. Además del valor que pone cada individuo con su subjetividad en un objeto (valor individual), esta persona ve en el objeto un valor que no es puesto por él y que tiene características objetivas. Este valor objetivo percibido por el individuo que se superpone a su percepción individual de valor es para Tarde un fenómeno colectivo. El grupo, de alguna manera genera la impresión de que existe una cualidad objetiva en el objeto. Estamos frente a un valor atribuido por el grupo a un objeto, valor que a partir de ahora llamaremos “valor colectivo” o “valor social”.

Para Tarde los valores objetivos que han descrito los filósofos y que manejan las personas en su vida cotidiana corresponden a esa realidades que hemos denominado “valores colectivos”. Siguiendo el uso de su época utilizará en general el término “valor” para referirse al “valor objetivo” de un objeto,

que tiene una relativa fijeza, y no al “valor subjetivo” en principio totalmente variable de persona a persona.

Los “valores” (valores objetivos) son para Tarde un producto de la interacción social de subjetividades. Lo llamativo es que percepciones subjetivas altamente variables de persona a persona puedan dar un producto estable, definido, con características de cierta fijeza. Sin embargo, siguiendo a Tarde, esto no debería sorprendernos ya que esto también ocurre en el ámbito de las opiniones individuales. Opiniones individuales sumamente diversas pueden dar a nivel colectivo un producto objetivo al que solemos llamar la “opinión pública” o las “ideas vigentes” de una sociedad. Las ideas y los valores tienen tanto un aspecto individual como un aspecto social.

Sin embargo Tarde no profundizará en su teoría la explicación de cómo se perciben en la individualidad de cada persona estos dos tipos de fenómenos. ¿Se percibe en forma similar un valor subjetivo y un valor colectivo? ¿Entran también en juego factores afectivos en la percepción del valor colectivo por parte de una persona o es una percepción de orden más intelectual? Cómo se ve, se abren interrogantes sobre la forma de percibir cada tipo de valor, cuestiones que necesitan aclararse para armar una teoría del valor suficientemente amplia.

Tampoco mostrará con detalle cómo surge de la combinación de las percepciones subjetivas de valor el fenómeno del valor objetivo atribuido a los objetos. Sin embargo nos dará una teoría muy interesante de los valores colectivos, y de cómo la intensidad de esos valores, es decir su aspecto cuantitativo, puede variar con la variación en de las percepciones subjetivas de valor de los integrantes de una sociedad y con el “peso social” de los mismos. Esta teoría permite una cuantificación de los valores colectivos y brinda una posibilidad de estimar las variaciones de esas cantidades sociales al cambiar los datos de configuraciones sociales concretas.

Esta estimación, a pesar de ser solamente orientativa, no deja de ser importante, ya que permite prever las variaciones que pueden tener determinados valores sociales que se pretendan seguir para caracterizar el estado de una colectividad. Además de la opinión pública que se puede registrar, los valores sociales también pueden ser registrados y medidos en su intensidad. Es también posible relacionar los cambios de esta variable social global con el cambio de los valores subjetivos de personas que sean referentes de su sociedad. Esto abre la puerta a una cierta capacidad de previsión en el ámbito social y evidentemente también, como con toda técnica social, a la posibilidad de una manipulación de

la colectividad a través del intento de modificar estos valores colectivos percibidos. Probablemente el estudio de las técnicas publicitarias y de propaganda política muestre un adelantamiento de la práctica sobre la teoría. En todo caso pueden brindar un fuerte material empírico para intentar validar la teoría del valor de Tarde que expondremos más adelante.

Pero antes de examinar la teoría de Tarde sobre los valores individuales y colectivos es necesario que entendamos a qué llama “deseos” y “creencias”, dos elementos claves de su sistema teórico. Tanto la sociología de Tarde como su teoría del valor se basan en una psicología muy particular que ha desarrollado en forma solitaria y que a primera vista parece extraña. Sin embargo examinada con más atención sorprende, detrás de un vocabulario pasado de moda, cuan cerca está de formas más modernas de considerar la psicología, que evidentemente no existían en su época.

Deseos y creencias²⁰

El propósito de Tarde es elaborar una sociología a partir de de las interacciones entre individuos. Para ello necesita una teoría psicológica diferente de la psicología filosófica y académica de su tiempo, psicología que juzga errónea. Construirá entonces una psicología propia para poder avanzar en su estudio de las relaciones sociales.

En su psicología procede como un químico que analiza elementos para descomponerlos en elementos más simples. Creerá poder encontrar en todo fenómeno psíquico complejo tres elementos simples que llamará: “deseo”, “creencia” y “sensación pura”. Todo estado psíquico se explicará como una combinación compleja de estos elementos básicos.

Los nombres de “deseo” y “creencia” son puramente convencionales. Tarde nos dice que no ha encontrado un mejor nombre para designar estas realidades básicas, y que si preferimos les podemos poner otra etiqueta. Al ser elementos simples no pueden encontrarse en estados psíquicos complejos como los son el deseo y la creencia que se observan en situaciones reales. Sin embargo Tarde ha elegido estos nombres por ser estos estados psicológicos complejos los más cercanos a aquellas realidades elementales. Para distinguir estos estados simples hipotéticos de los estados psicológicos complejos, llamemos “x” al primer elemento psíquico puro (lo podemos llamar también “deseo puro”) e “y” al segundo (que podemos denominar también “creencia pura”).

El “deseo puro” corresponde a lo que en la psicología actual se denomina afecto. Es una energía que brota del individuo y se va canalizando tomando formas múltiples. Pero al mismo tiempo es para Tarde una tendencia a la actividad que es despertada por un objeto externo al organismo.

La “creencia pura” se refiere a un aspecto cognitivo, sin ninguna connotación afectiva. Cada ser biológico debe tener en cuenta la información externa para poder actuar. Esta información que estructurará en sistemas internos cognitivos le permitirá asimilar el dato fisiológico puro de la sensación o “sensación pura” y tomarlo así en cuenta para su acción.

Llama la atención lo similar que son esas dos características “x” e “y”, que para Tarde se van construyendo y entrelazando durante el desarrollo de todo organismo biológico y del hombre en particular, con la moderna psicología genética de Piaget. Los “x” corresponderían a lo que Piaget denomina “afecto” y los “y” a lo que llama “estructuras cognitivas”. En Piaget también todos los estados psicológicos complejos son combinaciones de estos dos elementos básicos. La diferencia es que Tarde los piensa como combinaciones complejas de elementos simples al estilo de la química cuando Piaget los piensa como estructuras cada vez más complejas que van asimilando estos elementos simples, reorganizándose y reequilibrándose luego de cada asimilación.

Teoría del valor de Tarde

Los valores individuales, es decir las percepciones individuales de las cualidades de intensidades variables de un objeto cualquiera, son para Tarde la combinación de aspectos afectivos (deseo puro) y cognitivos (creencia pura) que se ponen en marcha frente a un objeto cualquiera. La persona entonces proyecta en el objeto algo que no es propio del mismo, una red cognitiva y afectiva que se superpone a la sensación fisiológica pura del mismo.

No es extraño entonces nos dice Tarde que puedan existir cualidades que puedan ser homogéneas a pesar de referirse a objetos heterogéneos. Lo que tienen de homogéneo y de medible ha sido puesto por nosotros en los mismos a través de nuestros afectos y de nuestras estructuras cognitivas. Los afectos tienen una intensidad variable y esa intensidad es la que mezclándose con los datos puros fisiológicos de la percepción del objeto le confiere a las cualidades percibidas una magnitud variable. Este sería el origen de la posibilidad de medir internamente en forma psíquica objetos heterogéneos. Pero para Tarde no basta esta medición “afectiva” interna de los objetos. Influye también

el grado de “conocimiento” del objeto. No valoraremos la utilidad de un mismo objeto, por ejemplo un remedio, en forma igual si de repente tenemos una información adicional que nos dice que en realidad sus propiedades terapéuticas han sido exageradas y son menores a las que se pensaban. Tarde considera al aspecto cognitivo o “creencia” como una segunda fuente de valor. Sin embargo parece que podría considerarse también el aspecto “afectivo” como única fuente de valor, teniendo en cuenta que el afecto que se dispara depende del grado de “conocimiento” del objeto. Tarde no parece considerar esta posibilidad, aunque en forma reiterada habla de lo que sería una regulación cognitiva del afecto, es decir de la influencia de la “creencia” sobre el “deseo”.

Pero ya es tiempo de ver como nuestro autor describe este proceso utilizando su terminología. Podemos tomar, para empezar, su descripción de cómo se percibe un valor económico en un objeto. La descripción será válida, con ligeras modificaciones, para cualquier otro tipo de valor subjetivo.

“Lleguemos ahora a nuestra manera de entender el valor. En primer lugar, el valor de un objeto depende: 1° de la intensidad de la creencia con la cual se lo juzga propio a satisfacer una necesidad [...]; 2° de la intensidad del deseo del cual la necesidad en cuestión es la previsión”.²¹

Esto en cuanto a la generación de los valores subjetivos. Los valores colectivos se generarán por la interacción de los individuos portadores de valores individuales. Surgirá de esa interacción de “deseos” y “creencias” relativos a la cualidad de un objeto determinado, el equivalente a una opinión pública pero relativa al valor. Tendremos así, por ejemplo, un valor estético que se plantará frente a las percepciones estéticas de cada individuo y que en general no podrá ser modificado por individuos aislados. Tendremos también un valor económico asignado a un bien, que corresponderá a su precio de mercado, y que será diferente de lo que cada persona habría estado dispuesto a pagar (valor económico subjetivo del bien). Y así análogamente para cada tipo de cualidad que se pueda percibir en un objeto. Tendremos así los valores subjetivos o individuales percibidos por cada individuo y los valores sociales o colectivos correspondientes que en general serán percibidos como si fueran una realidad objetiva, independiente de las personas particulares que componen la sociedad. Estos valores sociales son también susceptibles de ser medidos dado que son también cualidades de intensidad variable. Se puede medir el valor económico social. Es simplemente su precio de mercado. Pero de la misma manera podríamos, según Tarde, medir cualquier tipo de cualidad social. Por ejemplo la reputación de una persona, su autoridad, el grado de belleza atribuido a un objeto, el grado de verdad de una teoría. Tarde nos dice que la sociología práctica debería ir diseñando instrumentos de medición de estas cualidades

sociales que son cantidades. Así lo ha hecho desde entonces, por ejemplo con las encuestas para medir la popularidad de una persona.

Finalmente terminaremos la exposición de la teoría del valor de Tarde con una cita que completa en apretada síntesis, a pesar de su extensión, toda su concepción del valor que, sin duda, es compleja y muy minuciosa. En esta cita nos aclara cuáles son, a su juicio, los principales tipo de valores sociales, cómo se generan a partir de los valores subjetivos y de qué depende, en ese proceso de elaboración colectiva, su intensidad final. Nos mostrará que la intensidad de cada tipo de valor dependerá de la cantidad de personas que sostienen los mismos valores subjetivos, de la intensidad de esos valores subjetivos que sostienen, y también de la importancia relativa que tiene la opinión de esas personas en la sociedad. El peso social de una persona, su autoridad o prestigio por ejemplo, hará que se tenga en cuenta en forma desproporcionada su opinión valorativa en la balanza colectiva de deseos y creencias en la que se forjan los valores colectivos. Toda modificación en algunos de estos factores: número de individuos con valores subjetivos determinados, intensidad de sus creencias y deseos, y peso social de los individuos alterará la cuantía del valor social considerado. Los valores sociales, como los valores económicos que son para Tarde un caso particular de los primeros, están sometidos a alzas y bajas en el tiempo. No solo hay crisis de valores económicos, también las puede haber de cualquier otro tipo de valor social como por ejemplo de prestigios, autoridades, valores estéticos y valores intelectuales. Y cómo esos valores sociales son una referencia para el comportamiento de los individuos, sus alzas y bajas tendrán una gran influencia en el desenvolvimiento de la vida colectiva.

“Esta cantidad abstracta [el valor] se divide en tres grandes categorías que son las nociones originales y capitales de la vida en común: el *valor-verdad*, el *valor-utilidad* y el *valor-belleza*. Prestamos a las ideas, a las informaciones, a los conocimientos científicos y usuales, y a los signos palpables en los que se materializan, tales como los libros, una verdad mas o menos grande; a los bienes de todo tipo, poderes, derechos, riquezas, una utilidad más o menos grande; a las obras maestras del arte y de la naturaleza, a las cosas consideradas como fuentes de placeres colectivos de los sentidos superiores afinados por la educación social, una belleza más o menos grande. Tanto la Utilidad, la Verdad y la Belleza son hijas de la Opinión, de la opinión de la masa en lucha o en acuerdo constante con la razón de una elite que influye sobre ella [...] El más y el menos de verdad de una idea significa tres cosas diversamente combinadas: el mayor o menor número de personas, el mayor o menor *peso* social (lo que quiere decir aquí consideración, competencia reconocida) de las personas que se acuerdan a admitirla y la mayor o menor intensidad en su creencia en la misma. El más y menos de utilidad de un objeto, de un producto o de un artículo cualquiera, expresa la mayor o menor cantidad del número de esas personas que lo desean, en una sociedad dada y en un momento dado, el mayor o menor peso social (aquí peso quiere decir poder y derecho) de esas personas, y la mayor o menor intensidad de deseo que les genera. El más y el menos de belleza

de una obra artística o de una creación natural depende también de tres factores la mayor o menor cantidad de individuos que se placen a la vista o en la audición de esa obra, o de este ser, el mayor o menor peso social (es decir aquí gusto y cultura del gusto) de estas personas, y la mayor o menor intensidad o fineza de su placer.”²²

II

Ideales y sistemas de valores colectivos en Durkheim

Durkheim (1858-1917) elabora una teoría sociológica del valor que en principio parece difícilmente conciliable con la de Tarde por tener ambos una visión muy diferente de los fenómenos sociales. Sin embargo, como ya lo sostenía Charles Blondel²³, los contrastes entre las formas de pensar de Tarde y de Durkheim son más superficiales que profundos. Por lo pronto no nos impedirán aprovechar las teorías de ambos autores sobre el valor que, lejos de ser incompatibles, reflejan diferentes puntos de vistas que deberían integrarse en una visión más amplia. Por otra parte ambas teorías en diálogo muestran las insuficiencias de la otra, y permiten de esta manera proseguir con un proceso de aproximación mayor al fenómeno del valor. Esto se debe, claro está, a que más allá de las formulaciones poco felices que puedan haber tenido para exponer sus teorías, han sido formidables observadores de realidades que han pasado desapercibidas en su tiempo.

Antes de exponer la teoría del valor de Durkheim, examinemos el punto de coincidencia fundamental entre las formas de pensar los fenómenos sociales de Durkheim y Tarde. Ambos autores, nos dice Blondel, concuerdan en un punto esencial, su visión del hombre viviendo en sociedad. Para ambos el hombre es un ser doble, una entidad biológica que se ha desarrollado asimilando una cultura externa que le ha sido proveída por sus semejantes. En definitiva Durkheim y Tarde coinciden, a pesar de sus diferentes formulaciones del fenómeno social, con la visión de un hombre que está entre naturaleza y cultura, que es una simbiosis de realidades orgánicas con realidades sociales.

“Para Tarde, como para Durkheim, el hombre es doble. Él es un animal y, desde este primer punto de vista, su vida mental refleja su vida fisiológica. Pero también es espíritu, y desde este punto de vista, refleja la sociedad y la civilización que lo rodean. El espíritu se asegura y se desarrolla en el hombre hasta el punto de dominar al animal que hay en él, bajo la acción del medio social [...] En resumen de cuenta, los seres humanos así como se presentan a nuestra observación concreta están todos íntima y profundamente socializados. [...] No hay nada en ellos que dependa únicamente del individuo, en el sentido estricto del término; no hay nada que no dependa al mismo tiempo, y a menudo en una proporción muy fuerte, del grupo o de los grupos de los cuales

forman parte. En presencia de un modo cualquiera de sentir, de pensar o de actuar, ya sea el más elemental, el más espontáneo, el más conforme en apariencia, a nuestra naturaleza humana, nuestro primer deber es entonces el de sospechar de la simplicidad, la autonomía, la simplicidad y someterlas sistemáticamente a un análisis minucioso, para separar lo que viene del individuo y lo que viene de la sociedad”.²⁴

Pero ya es tiempo de examinar la concepción del valor de Durkheim. ¿Cómo surgen los fenómenos valorativos en este ser profundamente socializado que es el hombre?

Teoría del valor de Durkheim

Expresada en forma sintética la visión de Durkheim es triplemente paradójica. a) Por una parte el valor es un dato objetivo de objetos (personas y cosas) pero que no refleja ninguna propiedad intrínseca de los mismos. Primera paradoja.²⁵ b) Este valor objetivo es la proyección de la subjetividad de una persona sobre el objeto considerado. ¿Pero cómo es posible que esta proyección de ideas y sentimientos de un individuo sobre un objeto puede darle al mismo una cualidad de apariencia objetiva? Segunda paradoja.²⁶ c) Esto se debe a la existencia de la “sociedad” un ente que es a la vez exterior e interior a cada individuo. Tercera paradoja.

La tercera paradoja resuelve las dos anteriores, aunque esta última quede en pie y necesite ser explicada. Si el hombre es un ser doble, como lo cree Durkheim, podrá tener frente a las cosas dos tipos de manifestaciones. Una primera manifestación totalmente subjetiva que expresará su reacción afectiva. En este caso percibirá en los objetos lo que hemos denominado un “valor subjetivo”, percepción que variará con cada individualidad. Pero también al ser parte de una colectividad, y al tener una parte de su personalidad constituida por la misma, podrá tener una misma visión de las cosas que los demás. Podrá percibir en ellas “valores objetivos” que en realidades serán “valores colectivos” de la comunidad en cuestión. Estos valores colectivos tendrán para las personas la misma objetividad que los datos concretos de un objeto y variarán no ya a nivel del individuo sino a nivel de la colectividad a la que pertenece.

Durkheim logra explicar así la existencia de valores objetivos que se perciben en las personas y cosas y que sin embargo no reflejan las propiedades de las mismas, ya que estos valores objetivos varían de sociedad en sociedad y a través de la historia. Así expresa Durkheim la naturaleza peculiar de estas cualidades o atributos que asignamos a los más diversos objetos.

“ [...] cuando digo: “Este hombre *tiene* un alto valor moral”, “Este cuadro *tiene* un alto grado estético”, esta joya *vale* tanto” [...] atribuyo a las cosas o seres de que se trata un carácter objetivo, completamente independiente [valor objetivo] de la manera en que lo siento [valor subjetivo]. Personalmente, puedo no conceder a las joyas ningún precio; su valor no por eso deja de ser el que tienen en el momento considerado. Como hombre, puedo no tener sino una mediocre moralidad; esto no me impide reconocer el valor moral allí donde está. Puedo ser, por temperamento, poco sensible al goce del arte; no es esto una razón para que niegue que hay valores estéticos. Todos estos valores existen, pues, en un sentido, fuera de mí”²⁷

Estos valores objetivos los podemos percibir con esta segunda naturaleza que nos proviene de la sociedad. Pero hay que evitar mezclarlos con la percepción puramente subjetiva de los valores, la que corresponde a nuestra naturaleza individual idiosincrática. Por ello cuando hay un desacuerdo sobre el valor objetivo de un objeto, nos dice Durkheim, se apelan a razones impersonales para mostrar que la percepción corresponde a una realidad independiente de nosotros y no a nuestra pura subjetividad. En cambio los valores subjetivos expresarían afectos en rigor incommunicables y por lo tanto no sujetos a discusión alguna.²⁸

¿Pero cuál es el mecanismo mediante el cual podemos percibir estos valores objetivos que residen en las cosas y emitir un juicio de valor sobre los mismos? Para Durkheim los sentimientos personales no son transmisibles y por lo tanto no permiten una percepción común con el resto de los integrantes de la sociedad. Si bien hay momentos en la vida colectiva en que puede existir una comunión de sentimientos, particularmente en momentos de exaltación colectiva, lo que perdura en las personas en forma durable son los ideales que han generado estos sentimientos en sus personas y que son transmitidos luego por educación. Estos ideales, elemento cognitivo y no afectivo, que posee cada hombre en su fuero interno, serán la “piedra de toque” que le permitirá apreciar objetivamente el valor de un objeto. El valor objetivo surge, nos dice, de la comparación de la cosa con los diferentes aspectos del ideal²⁹. Podrá coincidir o no con la reacción afectiva que genera el objeto en la persona, aunque lo normal es que no ocurra esto. El objeto que a través de comparaciones con patrones ideales es bello en forma objetiva puede por el contrario dejarme totalmente indiferente del punto de vista estético. Mis gustos estéticos no tienen porque coincidir con los patrones estéticos objetivos vigentes.

Estos ideales, base de evaluación de los valores objetivos que residen en las cosas, no vienen de una realidad supraterrrenal, o de una categoría a priori del entendimiento humano, como lo han creído algunos filósofos, sino que son para Durkheim un efecto de la vida colectiva. Más aún, nos dirá, la vida

colectiva, la sociedad es esencialmente generadora de ideal, a punto tal que ha podido afirmar que “los principales fenómenos sociales, religión, moral, derecho, economía, estética no son otras cosas que sistemas de valores y por lo tanto ideales”³⁰

Durkheim describe con detalle el proceso de formación de estos ideales y su penetración en la conciencia de cada miembro de la comunidad.

“Cuando las conciencias individuales, en vez de permanecer separadas unas de otras, entran estrechamente en relación, actúan unas sobre otras y se desprende de su síntesis una vida psíquica de un género nuevo [...] Los sentimientos que nacen y se desarrollan en el seno de los grupos tienen una energía a la cual no llegan los sentimientos puramente individuales [...] Arrastrado por la colectividad, el individuo se desinteresa de sí mismo, se olvida, se consagra enteramente a los fines comunes. El polo de su conducta cambia de lugar y sale fuera de él [...] en los momentos de efervescencia de este género se han constituido en todo tiempo los grandes ideales en los cuales descansan las civilizaciones [...] Una vez pasado el momento crítico, la trama social se relaja, el intercambio intelectual y sentimental disminuye, los individuos retornan a su nivel ordinario. Entonces todo lo que se ha dicho, pensado y sentido durante el período de tormenta fecunda no sobrevive ya sino en forma de recuerdo [...] No es ya más que una idea, un conjunto de ideas. Esta vez la oposición está resuelta. Por un lado se encuentra lo que es dado en las sensaciones y las percepciones, y por otro lo que es pensado en forma de ideales.”³¹

Ideales y sistemas de valores

La concepción del valor de Durkheim coincide con la de Tarde en la existencia de dos tipos de valoraciones. Por una parte tenemos valores subjetivos puestos en las cosas por cada persona con su pura subjetividad. Por otra parte reconoce la existencia de valores objetivos en los objetos, independientes de la voluntad y arbitrio de cada persona. Como para Tarde estos valores objetivos son una consecuencia de la actividad social, aunque difiere en la explicación del mecanismo social en juego. No es como para Tarde una interacción continua de personas que hace que aparezca una especie de “opinión pública” del valor de cada objeto, proceso que por otra parte no describe, sino una inoculación de criterios valorativos o “ideales” en los miembros de la sociedad. La solución también es plausible, más allá del carácter un poco mítico de su explicación de la generación de estos ideales.

De estar Durkheim en lo correcto, los valores objetivos se perciben intelectualmente y no afectivamente, mediante la aplicación de categorías de pensamiento comunes. Esta tesis permite prever que si no se comparten estos criterios de valor en una comunidad, no habrá ya coincidencia en las percepciones intelectuales de valor de los objetos.

Otro aspecto interesante de su teoría del valor es que el “ideal” tiene un aspecto regulador sobre la actividad de la persona. Pareciera que las personas deben regular su actividad en base al “ideal” y a los valores que permite proyectar en los objetos, y no en base a su mera subjetividad. Esto reconoce implícitamente un aspecto motor tanto a los valores subjetivos como a los valores objetivos. Deja por lo tanto abierta la cuestión del rol de los valores en la regulación de la actividad tanto personal como colectiva.

Por último Durkheim introduce un concepto importante que no existía explícitamente en la teoría de Tarde, el concepto de “sistema de valores”. Como todos los integrantes de una sociedad comparten estos patrones intelectuales que llama “ideales” y tienen además las mismas categorías de pensamiento ³², podrán llegar a los mismos juicios de valor objetivo si conducen adecuadamente su razonamiento. En caso de equivocarse, de la misma forma que ocurre con un teorema matemático, se les podrá mostrar dónde está el error de su juicio de valor para que se adecue al juicio de valor objetivo único del objeto que se puede hacer en esa sociedad dado los patrones de valor que tiene. Estos patrones de valor o “ideales” serían como los axiomas de su forma de deducir valores y aplicarlos a los objetos. Varían de sociedad en sociedad y con ellos los juicios de valor objetivos deducidos aplicables a cada objeto. Cada sociedad tendrá entonces para Durkheim su propio “sistema de valores”.

La teoría del valor objetivo de Durkheim nos invita a representarnos su concepto de “sistema de valores” en dos sentidos diferentes. El primer sentido corresponderá al “sistema de ideales”, o “axiomas de valor” que es fuente de las valoraciones objetivas. Esta estructura cognitiva está incorporada en cada persona, como lo puede estar el sistema euclidiano de geometría. También puede decirse que esta estructura cognitiva es exterior a cada persona ya que se puede encontrar en libros o en otros individuos. Es un sistema que puede considerarse como siendo a la vez interno y externo a cada individuo.

Pero también podemos tener un segundo sentido para el concepto de “sistema de valores” existente en una sociedad, si nos referimos no a lo que ocurre en cada persona sino en los objetos a los que se les atribuyen estos valores objetivos. Cada persona, al compartir los axiomas y el sistema deductivo para la realización de los juicios de valor, coincidirá –si aplica su razonamiento en forma adecuada- en la atribución a los objetos de las mismas cualidades valorativas, independientemente de su percepción subjetiva idiosincrática. Al tener el sistema de ideales una estructura sistemática y al

deducirse de ellos los valores asignables a cualquier objeto que se presente en la vida de una persona, es de esperar que los valores de los objetos tengan una cierta coherencia entre sí, de que guarden entre ellos relaciones no arbitrarias. En ese sentido se puede decir que los valores de los objetos forman también un “sistema de valores”.

La sociología del valor deberá estudiar estos “sistemas de valores”. Estos sistemas tienen su coherencia interna y tienen una cierta autonomía con respecto a las voluntades de las personas que constituyen la sociedad. Podrán ser estudiados por sí-mismos, independientemente de las personas, como se hace por ejemplo con el sistema de ideas de una sociedad. Estos sistemas son entonces realidades que tienen una consistencia propia y que, como tales, deben estudiarse en su funcionamiento sincrónico y en su evolución temporal. ³³

Compatibilidad de la teoría del valor de Durkheim con la de Tarde

Las teorías de Durkheim y Tarde parecen más bien complementarias que contradictorias en muchos de sus aspectos, y allí dónde existe una incompatibilidad parece posible superarla corrigiendo la visión de la sociedad de Durkheim limándola de su aspecto paradójico, pero preservando las finas observaciones que coordinó con su concepción tan particular de la sociedad.

Ambas teorías, ya lo hemos visto, coinciden en su visión de dos tipos de valores que hemos denominado “valores subjetivos” y “valores sociales”. Para ambos los valores objetivos que se manejan en la vida cotidiana, acerca de los cuales la filosofía ha reflexionado largamente, corresponden a los “valores sociales”. Son fenómenos cuyo origen sería colectivo. Sin embargo diferirán en la descripción del proceso colectivo, por tener cada uno de ellos una visión aparentemente incompatible de la sociedad.

Si reemplazamos la palabra “sociedad” en Durkheim por una “X” que especificaremos a continuación, se pueden aprovechar las concepciones de Durkheim sobre el valor evitando su formulación paradójica de sociedad. Boudon y Bourricaud han sostenido, en su *Diccionario Crítico de Sociología* ³⁴, que “algunos de sus conceptos fundamentales [de Durkheim], como “sociedad” , “conciencia colectiva” [...] aparecen aquejados de una irremediable oscuridad” y que es posible “retraducir numerosos pasajes de la obra de Durkheim en lenguaje interaccionista” evitando su formulación holística de la sociedad.

Necesitamos dotar de contenido a esa “X” con la que queremos reemplazar en el discurso de Durkheim la palabra “sociedad”. Esta “X” evidentemente debe referirse a la misma realidad, pero queremos que lo haga en forma no paradójica preservando al mismo tiempo su intuición fundamental de la sociedad como un fenómeno que es a la vez interno y externo a cada individuo. Existe una solución muy simple, la indicada por Boudon y Bourricaud en la cita anterior. Basta tomar la solución interaccionista que considera a la “sociedad”, esa “X” que tratamos de formular en forma más clara que lo hizo Durkheim, como un “conjunto de personas en interacción”.

Si se reemplaza en el discurso de Durkheim la palabra “sociedad” por esa “X” = “grupo de personas en interacción” nos acercamos a nuestro objetivo. El discurso de Durkheim ya no es paradójico. La teoría de sistemas así como la psicología de la Gestalt nos han acostumbrado a ver que en un sistema de elementos en interacción pueden emerger nuevas propiedades no deducibles a partir del estudio de sus elementos aislados. Las teorías de Ilya Prigogine ³⁵, en el ámbito de las ciencias físicas y químicas, también nos han mostrado que aún si fuera posible idealmente hacer una composición de esas interacciones, sería prácticamente imposible encontrar sus efectos agregados debido a la “no-linealidad” de las mismas y a la falta de precisión suficiente de las mediciones de las condiciones iniciales. Estamos lejos de la composición atomística de interacciones como en la mecánica clásica, que con razón negaban tanto Durkheim como Tarde, y que tenía la pretensión de poder hacer una sumatoria de acciones de individuos para poder generar los fenómenos sociales productos de su interacción.

Pero a esta “X” así definida, de acuerdo a la visión interaccionista, hay que agregarle algo fundamental, en lo cuál, tal como lo hemos visto, coinciden tanto Tarde como Durkheim. Los elementos x de este sistema, es decir las personas, son a su vez el producto del sistema. Estos elementos son moldeados por el propio sistema con el proceso de socialización que inculca la “cultura” en el cuerpo biológico del recién nacido, generando este producto socializado en un cuerpo biológico que es una persona. Y como tales, estos elementos contienen en sí-mismo algo de todo el sistema. Tenía razón Durkheim en querer preservar además de la emergencia de nuevas propiedades en la sociedad no deducibles a partir del comportamiento de individuos supuestamente independientes y aislados (la “síntesis” de nuevas realidades *sui-generis* como dice en sus escritos), sus observaciones de la sociedad como un fenómeno a la vez interno y externo a cada individuo. El “X” formulado anteriormente, es

decir la concepción interaccionista con el agregado de la contribución a la formación de los elementos por el propio sistema, permite mantener las finas observaciones de Durkheim sin usar su formulación insatisfactoria. Por otra parte este “X” no hace sino explicitar la concepción de Tarde de la sociedad.

Tenemos entonces que con esta formulación del concepto de sociedad podemos transformar en un lenguaje interaccionista ligeramente modificado los conceptos de Durkheim sobre el valor y hacerlos por lo tanto posibles de ser compatibilizados con los de Tarde en una construcción teórica más general.

No hay entonces ninguna barrera que impida considerar en un mismo cuerpo teórico los aportes sobre el valor de ambos autores. ¿Pero serán compatibles con las concepciones del valor de Weber?

III

Tomas de posición valorativas y estructuras de valores en Weber

Weber (1864-1920), quien ha sido contemporáneo de Durkheim y en menor medida de Tarde, sorprende por la modernidad y riqueza de su forma de pensar. No se encuentran en él expresiones que cristalizan en forma dogmática intuiciones de la realidad social como en Durkheim. Por el contrario su pensamiento, en constante reelaboración y profundización, parte de la realidad social en toda su complejidad, y teniéndola a la vista busca forjar herramientas intelectuales, cada vez más precisas para poder observarla con precisión creciente. Sus “tipos ideales”, por ejemplo, son construcciones intelectuales que va elaborando y perfeccionando el observador para poder, en vueltas cada vez más precisas en torno al objeto real de estudio, ir viendo sus diferentes facetas y relaciones con el resto de la realidad. Nada en Weber es dogmático. Todo es búsqueda de una precisión creciente en la capacidad intelectual del hombre de explicar y entender los fenómenos de la vida en sociedad.

Difiere de un Tarde, no en espíritu pero sí en la forma de atacar intelectualmente el problema de los hombres viviendo en sociedad. Como Tarde le negará realidad, aunque justifique su uso en el lenguaje práctico del hombre de todos los días y en ciertas disciplinas como el derecho, a los conceptos holísticos que personifican las realidades sociales, y que ponen estos sujetos colectivos en frases aplicables a una persona (por ejemplo: “el estado, o la sociedad, hizo tal cosa o quiere tal otra”). Como para Tarde estas realidades son para él el resultado complejo de personas en interacción. De la misma

manera que Tarde, si bien conceptualmente estas realidades no son para ellos sino interacciones, no pretende deducirlas a partir de los individuos, sino que las estudia en sus efectos agregados observados empíricamente. Como dicen Boudon y Bourricaud en su *Diccionario Crítico de Sociología*, “Weber vió muy bien el carácter “emergente” de los hechos sociales”³⁶. La composición de las interacciones individuales desafía todo proceso de composición intelectual. Es necesario estudiar directamente estos grandes “complejos interactivos” que son las realidades sociales. Y ahí la forma de aproximación de Weber es muy interesante comparada a la de Tarde.

Tarde procede como un químico, que al observar productos complejos, trata de encontrar los elementos químicamente puros, invariantes que estarán en todos los productos compuestos. Este elemento químicamente puro, que está en la base de todos los fenómenos sociales, es para él la interacción de ideas, sentimientos y acciones entre individuos (esto es lo que corresponde a su concepto de “imitación”, la interacción de cualquier tipo que puede darse entre individuos)³⁷. Por otra parte dentro de cada persona ve que estas ideas, sentimiento y acciones son productos de elementos aun más simples que se encuentran en toda su vida afectiva y cognitiva, que llama “creencias” (elemento cognitivo) y “deseos” (elemento afectivo). Para terminar de cerrar el círculo, está lejos de suponer que esas “creencias” y “deseos” existen en cada individuo en forma independiente de las demás realidades. Por el contrario son el resultado de la combinación de un cuerpo biológico individual con el influjo que recibe del grupo que lo socializa. Tarde tendrá constantemente a la vista estos elementos básicos individuales (deseos y creencias) y sociales (interacción llamada imitación) cuando procederá a analizar las actitudes individuales y los productos sociales empíricamente dados de estas interacciones complejas.

El método de Weber es mucho menos abstracto en su formulación. Parte del individuo tal como existe y buscará categorías que permitan simplificar el examen directo de realidades complejas. Para ello, como Tarde, dispondrá evidentemente de las categorías del lenguaje, que pulirá para hacer de sus conceptos herramientas intelectuales más precisas. Pero no tratará de ir tan lejos como Tarde. Le bastará buscar conceptos claves, como por ejemplo los de “comprensión”, “sentido”, “acción orientada por la expectativa en la de los demás”, para en torno a ellos ordenar la madeja oscura e incomprensible de los hechos sociales. Su análisis intelectual no busca elementos últimos simples como Tarde (que seguía en esto a las ciencias físicas y biológicas de su tiempo). Su estrategia cognitiva es diferente. Se

pone en un nivel de alcance intermedio, como diría Robert Merton ³⁸, y a partir de allí trata de ver cómo aclarar y corregir lo que ya nos es conocido con la vida práctica y el lenguaje común. Su tarea consiste en perfeccionar un conocimiento ya existente, privilegiando algunos aspectos del mismo como claves para reordenarlo y dotarlo de mayor sentido. No se preguntará qué es el sentido, o la comprensión. Tomará nota de su existencia y la aprovechará para progresar en conocimiento articulando en torno a estos conceptos y otros que juzgará clave, la inmensa variedad de los fenómenos sociales. Su “hilo director” a diferencia de Tarde, no es el uso de conceptos básicos elementales, sino el uso de conceptos complejos adecuadamente elegidos y pulidos en forma tal que permitan reordenar en torno a ellos la realidad que se va explorando y descubriendo con cada vez mayor precisión.

Es por lo tanto interesante para nosotros ver como su forma de pensar puede enriquecer la visión del valor, y modificarla si cabe, que tenemos hasta ahora con Tarde y Durkheim. Examinemos entonces si podemos encontrar nuevos puntos de vistas sobre el valor a integrar en la construcción del modelo teórico sintético que haremos más adelante.

La opción por la claridad conceptual

Weber no niega la complejidad de los fenómenos psicológicos y sociales en esa interacción continua de los hombres viviendo en sociedad. Pero buscará la forma de aclarar su examen intelectual recurriendo a esquemas intelectuales en los que privilegiará la claridad, aunque difiera de lo que se observa en la realidad. Estos esquemas intelectuales permitirán una primera aproximación a la realidad y luego podrán ser ajustados para ver la diferencia entre el esquema y la realidad tal cómo se manifiesta. Sus esquemas ideales o tipos ideales privilegiarán una construcción conceptual que sea lo más clara posible, aunque pueda estar en principio alejada de lo que se observe en la realidad. Tomemos por ejemplo su visión de las acciones que realiza un hombre en el ámbito social.

“La acción real sucede en la mayor parte de los casos con oscura semiconciencia o plena inconsciencia de su “sentido mentado”. El agente más bien “siente” de un modo indeterminado que “sabe” o tiene clara idea; actúa en la mayor parte de los casos por instinto o por costumbre. Sólo ocasionalmente –y en una masa de acciones análoga únicamente en algunos individuos, se eleva a conciencia un sentido (sea racional o irracional) de la acción. Una acción con sentido efectivamente tal, es decir con clara y con absoluta consciencia, es en realidad un caso límite. Pero esto no debe impedir que la sociología construya sus conceptos mediante una clasificación de los posibles “sentidos mentados” y como si la acción real transcurriera orientada conscientemente según sentido. Siempre tiene que tener en cuenta y esforzarse por precisar el modo y medida de la distancia frente a la realidad”³⁹

Tenemos pues un reconocimiento de la complejidad de la acción humana que no recogerán directamente los conceptos ideales construidos por Weber. Todo ocurrirá “como si” las personas se comportaran de acuerdo a estos esquemas simples propuestos. Sin embargo la complejidad de la realidad no se deja de lado. Surge al mostrar la diferencia que tiene esta realidad con el esquema conceptual construido en cada caso concreto, midiendo la distancia entre el concepto constructivo simple y la realidad en su efectiva realización. Lo que nos provee Weber con esta estrategia cognitiva es una forma de asimilar conceptualmente los fenómenos complejos remitiéndolo a un esquema ideal simple. Se genera así una construcción intelectual que permite coordinar todos estos fenómenos complejos a partir de este núcleo conceptualmente claro aunque irreal.

¿Pero por qué elige esta forma de remitir lo complejo a tipos ideales simples? ¿Acaso no sería posible de elaborar tipos ideales más complejos que no correspondan a estos casos límite? Weber nos fundamenta su opción por la claridad y simplificación conceptual al finalizar la cita anterior. Está claro que es una opción metodológica por la claridad. No convence que sea la única posible. No se ve por qué no podrían construirse términos típicos ideales que no sean casos límites y reflejen más la complejidad de las acciones reales, en los cuales la distancia entre la realidad y el concepto sea menor.

“Muchas veces se está metodológicamente ante la elección entre i) términos oscuros y; ii) términos claros, pero estos irreales y “típicos-ideales”. En este caso deben preferirse científicamente los últimos”⁴⁰

Teniendo presente esta forma de pensar de Weber analizaremos a continuación su concepción del valor. Este formidable observador no ha dejado, evidentemente, de enfrentarse a este tema pero, contrariamente a Tarde y Durkheim, no ha elaborado una teoría del valor ni tampoco un concepto típico-ideal del mismo. Por lo que iremos exponiendo estos elementos teóricos sueltos que son sus concepciones del valor, recogidos de diferentes textos suyos, concepciones que nos permitirán seguir profundizando nuestra indagación sobre los fenómenos valorativos.

La acción regulada por criterios de valor internalizados

El término “valor” aparece en primer lugar en su famosa clasificación de los tipos ideales de acción social. Examinaremos en primer lugar qué entiende por valor en ese contexto. Veremos más adelante que la concepción del valor de Weber es mucho más amplia que la puede traslucirse en este caso particular.

Recordemos los cuatro tipos de acción social de Weber, es decir acciones que las personas realizan teniendo en cuenta a las demás personas, previendo de alguna forma su reacción ante la movida personal que se realizará, como si fuera un juego de ajedrez. Son acciones que tienen en cuenta la existencia de los demás, y de su capacidad de acción y reacción. Weber nos dirá que esa acción social está “orientada” (hoy en día se podría decir “regulada”) por un “significado”, es decir algo que tiene en mente el actor. Esto que tiene en mente será considerado el “motivo” de la acción, ya que parece ser el hecho diferencial que hace que esta acción tenga lugar. Una persona entiende que otra persona trate de realizar aquello que tiene en mente. Si usáramos el lenguaje de Piaget, diríamos que la acción es regulada por una “imagen mental” que el actor tiene incorporada, imagen que podemos con Weber llamar “motivo” o “significado”.

El actor tiene pues la posibilidad de realizar aquello que concibe en su mente. Cuando una persona observa las acciones de nuestro sujeto, éstas en principio pueden parecer inconexas. Hasta que logra ponerse en su lugar y ver el tipo de “motivo” que lo está guiando. Se genera así el fenómeno de la “comprensión” que describe Weber. Entonces lo que era inconexo adquiere claridad al referirse al supuesto “esquema mental” que tendría aquella persona. Evidentemente estamos ante una interpretación de los “motivos” de la otra persona que no tiene porqué coincidir con lo que tiene verdaderamente “mentado”. Esta comprensión del comportamiento ajeno, reposa en una interpretación que debería validarse, aunque sea algo que no suele hacerse en la vida práctica.

Cuando el observador logra captar el motivo de la acción ajena, sea por una comunicación del individuo, sea por la interpretación de su comportamiento, sus acciones dejan de ser elementos arbitrarios inconexos sino que se coordinan adquiriendo claridad. Weber distingue cuatro tipos de “motivos” o “sentidos” que pueden guiar la acción social de una persona, dos de ellos más conscientes y los otros dos que suelen escapar a la conciencia. Las “imágenes mentales” (o como dice Weber, lo que tiene “mentado” el sujeto) correspondientes a estos cuatro casos ideales corresponden a una escala que va desde una mayor “racionalidad” a lo que se hubiese denominado en otros tiempos una mayor “irracionalidad”. En nuestra sensibilidad actual, diríamos que los “motivos” o “imágenes mentales” correspondientes a cada tipo de acción están ordenados según un orden de mayor a menor conciencia de los mismos por parte del actor.

“La acción social, como toda acción, puede ser: 1) *racional con arreglo a fines*: determinada por expectativas en el comportamiento tanto de los objetos del mundo exterior como de otros hombres, y utilizando esas expectativas como “condiciones” o “medios” para el logro de fines propios racionalmente sopesados y perseguidos. 2) *racional con arreglo a valores*: determinada por la creencia consciente en el valor -ético, estético, religioso o de cualquier otra forma que se le interprete- propio y absoluto de una determinada conducta sin relación alguna con el resultado, o sea en puros méritos de ese valor. 3) *afectiva*, especialmente emotiva, determinada por afectos y estados sentimentales actuales, y 4) tradicional: determinada por una costumbre arraigada”⁴¹

En esta clasificación, el término “valor” aparece asociado únicamente con respecto al segundo tipo de la acción. La “acción racional con arreglo a valores” es una acción que es evaluada conscientemente (por eso la llama racional) por el individuo comparándola con patrones de valor (éticos, religiosos, estéticos o los que fueren) que tiene. La acción en sí misma es evaluada para ver si cumple con ciertos criterios de valor, independientemente de los fines que permitiría alcanzar. La persona que se orienta por valores y desecha un fin determinado, en ese momento muestra que prefiere respetar estos patrones de valor internalizados a obtener el fin de la acción que por sí mismo le hubiese gustado tener. No se realizará, por ejemplo, tal serie de acciones por no juzgarse éticas, aunque el objeto final que permitirían lograr sea deseado.

Weber nos muestra un aspecto importante del fenómeno del valor. Las personas tienen internalizados criterios de valor o patrones de valor, con los cuales pueden conscientemente evaluar sus acciones. Las acciones estarán entonces reguladas por estos criterios de valor, independientemente de lo que permitan obtener. Está claro que estamos ante un caso límite. Estos valores que tratan de respetarse pueden ir teniendo en la realidad una menor conciencia. Se llegaría así en forma gradual a acciones reguladas por la afectividad o por la rutinización que corresponden a los dos últimos casos ideales de acciones.

Tenemos pues una primera visión de Weber dónde nos muestra la existencia de criterios de valor internalizados. Estos criterios o patrones de valor permiten, en el caso particular que nos muestra, evaluar si una acción es adecuada o no independientemente del fin buscado. Tendremos pues que desarrollar esta concepción del valor como “criterio de valor”.

Está claro que estos “criterios de valor” no tienen porqué limitarse a juzgar solamente una acción. Pueden aplicarse también a fines. De hechos cuando se comparan acciones y fines, se aplican criterios de valor a la situación total examinada. Se podrá estimar como adecuado o no el fin,

independientemente de la valoración de las acciones a realizar para obtenerlo. Se podrá también, si el sujeto tiene cierta flexibilidad al respecto, sopesar dosis diferentes de cumplimiento de fines con el uso de diversos medios, encontrando quizá combinaciones transaccionales más satisfactorias. En todos estos casos estaremos haciendo “valoraciones” y teniendo “tomas de posición valorativas”, fenómenos que exceden ampliamente el caso particular de la valoración de una acción, o aún de sus fines.

“Tomas de posición valorativas” afectivas e intelectuales

Weber denomina “tomas de posición” a la forma de ver y sentir el mundo de una persona en las determinaciones más concretas que puede tomar en su vida cotidiana, es decir en la serie de actos y pensamientos concretos que realizará. La persona tomará posición frente a tal objeto que preferirá o rechazará, censurará o alabará tal acto propio o ajeno, buscará la realización de tal estado de cosas estimados por él en su acción social, etc. Podemos llamarlas “tomas de posición valorativas”.

Estas “tomas de posición valorativas” pueden estar acompañadas o no de un discurso verbal. En caso de que exista un discurso verbal estamos frente a la emisión de un “juicio de valor”, que expresa la reacción afectiva del individuo frente al mundo. Pero, si se quiere, se podría decir que a ojos de los demás, el sujeto estaría siempre emitiendo “juicios de valor”, expresos cuando los tiene conscientemente, y tácitos cuando estamos frente a un comportamiento no acompañado de estos pensamientos o verbalizaciones.

La “toma de posición valorativa” es entonces un fenómeno enteramente subjetivo de la persona que expresa su forma de las reaccionar frente a todo lo que encuentra en su mundo (objetos, personas, actos, imágenes, situaciones complejas que involucran realización de proyectos, etc.) y que en definitiva la caracteriza. Esta reacción puramente subjetiva puede acompañarse de un discurso intelectual, pero no por ello dejaremos de estar frente a una forma subjetiva de reaccionar ante el mundo.

“ [...] el “juicio de valor” significa que “tomo posición” de una manera concreta, determinada, frente al objeto en su especificidad concreta; y las fuentes subjetivas de esta mi toma de posición, de *mis* “puntos de vista valorativos” decisivos con respecto a ella, en modo alguno constituyen un “concepto”, y menos aún un “concepto abstracto”, sino un “sentir” y “querer” enteramente concretos, compuestos y configurados en forma en extremo individual, o también en ciertas circunstancias, en la conciencia de un “deber ser” determinado y, aquí otra vez, configurado concretamente”⁴²

Sin embargo estas tomas de posición valorativas no son incoherentes y arbitrarias entre sí. Detrás de ellas existirían algo así como un conjunto de “criterios de valor” o “axiomas de valor” coordinados entre sí que permitirían explicitarlas. Estaríamos frente a algo, que en defecto de una mejor denominación por ahora, podríamos llamar “estructuras internas de valor”.

Estructuras de valores subjetivas y objetivas

Weber observa que las valoraciones de una persona tienen una estructura interna, que hay como el equivalente de una lógica de valores, en la que partiendo de ciertos “valores últimos”, o valores primeros si se quiere, se pueden deducir las tomas de posición valorativas concretas que va tomando el sujeto. Realiza estas observaciones al preguntarse en qué medida el discurso científico puede legítimamente modificar o no el juicio de valor de una persona sobre un objeto dado. Para Weber existe una estructura valorativa subyacente en cada persona que no se puede modificar en su núcleo más personal, pero que sí se puede ayudar a pulir para dotarla de mayor coherencia. Entiende que de esta manera la persona podrá cumplir más acabadamente los valores más profundos que son consubstanciales a su personalidad y sobre los que el discurso empírico de la ciencia no tendría nada que decir.

“ [...] el tratamiento científico de los juicios de valor permite [...] no solo de comprender y de revivir los fines queridos y los ideales que están en su base, sino que también, y ante todo, enseña a “juzgarlos” críticamente. Esta crítica, por cierto solo puede tener carácter dialéctico, es decir que solo puede constituir un enjuiciamiento lógico-formal del material que se presenta en los juicios de valor e ideas históricamente dados, y un examen de los ideales con respecto al postulado de la *ausencia de contradicción* interna de lo querido. En cuanto se propone este fin, ella puede proporcionar al hombre que quiere la conciencia de los axiomas últimos que están en la base del contenido de su querer, de los criterios de valor últimos de los cuales parte inconscientemente, o de los cuales, para ser consecuente, debiera partir. Ahora bien, llevar a la *conciencia* estos criterios últimos que se manifiestan en el juicio de valor concreto, es por cierto lo máximo que ella puede realizar sin adentrarse en el terreno de la especulación. Que el sujeto que juzga *deba* profesar estos criterios últimos es asunto suyo, personal, y atañe a su voluntad y a su conciencia, no al saber científico”.⁴³

Deberemos entonces introducir en nuestro esquema teórico ampliado a realizar, y coordinarlos con las concepciones del valor de Tarde y Durkheim, los conceptos de “criterios internalizados de valor” y “estructura subjetiva de valores”. Ambos conceptos nos recuerdan a los “ideales” de Durkheim y a su utilización para realizar los “juicios de valor” de los objetos. Pero ya no estamos ante una posición objetiva del valor, sino ante una perspectiva que los ve como fenómenos puramente subjetivos,

y que en su núcleo esencial (los llamados “axiomas de valor”) serían consubstanciales a la persona. Por otra parte deberíamos ver cuál es la relación entre estas “estructuras de valor subjetivas” y las “estructuras de valor objetivas” que son los grandes sistemas éticos y religiosos que Weber supo describir magistralmente. En este proceso de interacción complejo que son los individuos viviendo en sociedad, visión que comparten finalmente estos tres grandes sociólogos, habría que ver cómo surgen y se influyen mutuamente ambos tipos de estructuras valorativas, las individuales y las culturales.

En el próximo capítulo integraremos a nuestra indagación sobre el valor los puntos de vista de la sociología norteamericana de la primera mitad del siglo veinte con el examen de las concepciones del valor de Cooley y Parsons. Nos aportarán elementos de interés para ampliar nuestra visión de los fenómenos valorativos.

IV

El valor en la sociología norteamericana: Cooley y Parsons

El valor ha sido un tema intensamente debatido en las ciencias sociales y humanidades norteamericanas anteriores a la segunda guerra mundial. El formato de la discusión es, en general, el artículo en las revistas de sociología, filosofía y ciencias económicas. Sin embargo el interés por este problema decae rápidamente después de la segunda guerra mundial, a pesar de un repunte momentáneo con la sociología de Parsons (1902- 1979), llegándose a la situación actual en la que el valor es evitado como concepto teórico por suponerse que es incompatible con una sociología científica.

Examinaremos en primer lugar la concepción sociológica del valor de Cooley (1864-1929), que nos aporta elementos de interés a considerar para nuestra indagación. Las restantes teorías sociológicas del valor del período anterior a la segunda guerra mundial sobre las que hemos tomado conocimiento no aportan elementos nuevos con respecto a la de Cooley, con lo que las dejaremos de lado. No ocurre lo mismo con la concepción del valor de Parsons, que sí deberemos considerar, y con la cual finalizaremos este capítulo.

Teoría del valor Cooley

Cooley forma parte de este gran movimiento intelectual norteamericano de fines del siglo diecinueve y principio del veinte que se ha identificado con el pragmatismo y que ha dado figuras de la talla de John Dewey, Georges H. Mead y James M. Baldwin. Son todos científicos que “echaron puentes entre la filosofía, la psicología y la sociología”, y lograron reelaborar una nueva visión del hombre ⁴⁴. “Empezando con la observación de la maleabilidad y adaptabilidad del niño de corta edad, demostraron cómo influyen los procesos de interacción social sobre los rasgos mentales y la personalidad” y por lo tanto cómo el grupo preexiste y forma cada nueva vida humana que llega en su seno convirtiéndola en persona ⁴⁵. La persona humana es el resultado, por así decirlo, de un injerto social sobre un cuerpo biológico preexistente.

Para Cooley el valor es un fenómeno de origen biológico que, en el caso del hombre, ha sido moldeado culturalmente por la sociedad. Como fenómeno biológico existe para todo organismo que se encuentra en una situación dada frente a un objeto. El objeto no es indiferente para la sensibilidad de ese organismo y lo impulsa a moverse de una determinada manera. Podríamos describir esta situación modificando levemente un concepto de Ortega y Gasset tomado de la teoría biológica de Von Uexkull. Ortega habla del medio que rodea a un organismo como su “órgano de excitación”. Para Cooley cada objeto sería una fuente de excitación del organismo y lo instará a reaccionar de una determinada manera.

El objeto adquiere entonces una significación particular para el organismo, que será procesada por el mismo para la respuesta que dará. Esta significación particular que depende tanto del objeto como del organismo y de la situación global en la que está, es lo que se percibe como un “valor” residente en el objeto, valor que contribuirá a regular la conducta del organismo. Cooley denomina “valuación” a la actividad orgánica interna que desarrolla el organismo frente al objeto, proceso que asigna a este último el “valor” percibido. ⁴⁶

Estos procesos de valuación son en general inconscientes, como la mayor parte de las actividades que existen en los seres vivos. Refiriéndose al ser humano sintetiza su posición de la manera siguiente.

“Las cosas esenciales en la concepción del valor son, entonces, un organismo humano [...], una situación y un objeto; el último teniendo propiedades que tienen una influencia en el comportamiento de este organismo dada la situación en que está. El organismo es, claro está, el corazón de todo el asunto. Estamos interesados

primariamente en él porque es un sistema de vida, y en los valores porque moldean su crecimiento. Los diversos valores actuando sobre el organismo son siempre integrados por este último, y la situación es resuelta por un nuevo acto de selección, que es un camino en el crecimiento del organismo, que conduce a nuevas situaciones y nuevos valores”.⁴⁷

Pero el proceso de valoración del ser humano es social aunque parta de una base biológica común con otros organismos vivos. Los objetos se cargarán de significaciones que ya deberán muy poco a la naturaleza, sino que estarán determinados por los procesos de socialización del ser humano. Estos procesos de socialización son tan fuertes que no se puede entender el sistema de valores de una persona si no se lo refiere al grupo y en forma más general a la sociedad de la cual forma parte. Sin embargo a pesar de todas estas determinaciones culturales que van cargando los objetos con significados que nunca habrían existido sin la socialización creciente del hombre, el objeto tiende a ser vivido como portador de valores, tal como en el fenómeno biológico original, sea este un objeto concreto real o un objeto creado por nuestra imaginación. Respondemos a objetos diversos en situaciones diversas creadas culturalmente con el mismo aparato biológico de la valuación y percepción de valores, aunque refinado.

Por otra parte existe un fenómeno nuevo con los valores que no existe a nivel biológico. De la misma forma que existe una opinión pública, nos dice Cooley, existen “valores públicos”. Se rehusa a denominar, como otros autores, a esos valores “valores sociales” porque para él los valores individuales ya son sociales en gran parte. Además de los “valores individuales”, productos de una socialización intensa del hombre sobre una base biológica, existen entonces “valores públicos” que no son los de una persona en particular, sino el resultado de las interacciones sociales de los individuos. Los valores públicos, como los valores individuales, son el resultado de un proceso social. Pero, si se quiere, son sociales en segunda potencia, ya que son el resultado de una interacción de valores individuales que ya son sociales de por sí.

Para Cooley, estos “valores públicos” son la clave tanto para entender el funcionamiento y evolución de una sociedad (o de un grupo menor de personas en interacción que tenga una cierta permanencia en el tiempo) como para una adecuada gestión práctica del hombre con responsabilidades en la vida social. El hombre de acción tomará en cuenta estos “valores públicos”, tratará de estimar en qué sentido estarán evolucionando y de acuerdo a ello ajustará su programa de acción. Podrá también tratar de incidir en los valores públicos existentes para lograr sus objetivos, en vez de amoldarse

pasivamente a los mismos, como nos muestra por ejemplo la publicidad comercial y la propaganda política.

En definitiva, para Cooley, existe una esfera pública de valuación, en la que se combinan de alguna manera las visiones parciales de valor de los integrantes de una sociedad, y que proporciona datos claves para la acción práctica del hombre viviendo en sociedad. De la misma forma que el hombre de negocios ajusta sus acciones sobre valores económicos objetivos (precios) así lo hace todo hombre de acción con todos los demás valores públicos que tienen curso en esa sociedad (honor, belleza, verdad, etc.). Los valores públicos son los datos esenciales para una acción social adecuada.

Para el hombre teórico, los valores públicos son los datos centrales para entender una sociedad, su pasado, presente y posibles evoluciones futuras. Por una parte estos valores públicos, nos dice Cooley, tienen una cierta coherencia, una cierta lógica, es decir configuran un sistema de valores. Con lo que pueden ser aprehendidos conceptualmente. Por otra parte este sistema de valores colectivo es la referencia a partir de la cual se entienden los sistemas de valores individuales, que son la clave de la conducta de cada persona (se observa que las personas difieren poco en sus sistemas de valores con los de sus grupos de pertenencia). Con lo que se tiene en el sistema de valores públicos un fenómeno central para entender la acción individual y el comportamiento de una sociedad. En definitiva, para Cooley, los valores públicos regulan la evolución de una sociedad en su conjunto, así como los valores individuales regulan el comportamiento de cada persona.⁴⁸

El concepto de valor en Parsons

Parsons, como se sabe, recoge la tradición sociológica europea que resume en los aportes de Durkheim, Weber y Pareto, mostrando poco interés por la sociología norteamericana de principios del siglo veinte. Su sociología tomará como elemento central el individuo con sus acciones y tratará de ver cómo de la interacción de estas últimas se generan todos los fenómenos sociales.

Parsons parte de un individuo o actor que se encuentra en una situación dada. Esta situación, nos dice, “consiste en objetos de orientación” para el individuo (también llamado ego). Clasifica todos los objetos concretos y abstractos que puede encontrar el individuo en tres grupos: “objetos físicos” (entidades que no reaccionan con el individuo), “objetos sociales” (entidades que reaccionan con el individuo) y “objetos culturales”.⁴⁹

De haber seguido las concepciones tradicionales del valor, Parsons debería haber puesto en estos objetos un carácter de sollicitación para el individuo, denominando “valor” a ese atributo de intensidad variable (o significación) que tendrían los objetos para las personas. Sin embargo no denominará “valor” a ese fenómeno sino que utilizará la palabra valor para referirse a otra realidad, realidad que denominará “pautas de valor”. ¿Qué son las “pautas de valor”? Son simplemente un subconjunto de los “objetos culturales” que encuentra ego en su situación.

“Los objetos culturales son elementos simbólicos de la tradición cultural: ideas o creencias, símbolos expresivos o pautas de valor, en la medida en que son considerados por el ego como objetos de la situación y no se encuentran “internalizados” como elementos constitutivos de la estructura de la personalidad de ego”⁵⁰

En esta clasificación de Parsons falta todavía una explicación del tipo de realidad que tienen estos objetos exteriores al individuo. Nos encontramos ante símbolos, que claro está son exteriores, como lo es todo soporte físico, ¿pero no es interior al individuo el proceso que disparan? El conjunto de letras que es *El Quijote*, será exterior, ¿pero la posibilidad de leerlo y de darle significado, puede tratarse de la misma forma que el soporte material de letras que lo constituye? Pareciera que cuando se habla de ideas y creencias, ya no se habla únicamente del símbolo, con lo que el recurso de llamarlas “objetos sociales” exteriores al individuo deja de lado un aspecto importante de la realidad que se pretende describir. Parsons resolverá esta cuestión hablando de un sistema simbólico que los individuos comparten. Estos símbolos externos disparan procesos internos compartidos en los individuos. Lo exterior es el símbolo, lo interno a cada persona, el proceso que les da significado, que los transforma en ideas, creencias, etc. que todos pueden recrear y compartir. Este sistema de símbolos compartidos es lo que Parsons llama “tradición cultural”.

Dentro de estos objetos culturales hay pautas para la orientación del individuos. Estas pautas de orientación del individuo transmitidos culturalmente serían entonces los “valores” que los individuos pueden tomar o no en cuenta para su acción. El fenómeno del valor se restringe entonces para Parsons en la existencia de ciertas pautas culturales compartidas que permiten orientar la acción de los individuos (se entiende la acción en sentido amplio). Por ejemplo pautas morales para orientar la conducta, pautas estéticas para apreciar una pieza artística, y así sucesivamente.

Sigamos con la construcción conceptual del sistema teórico de Parsons y veamos si se precisa su concepción del valor como criterio cultural de orientación. Tenemos al actor en una situación constituida por los tres tipos de “objetos” anteriormente mencionados. Necesitamos entrar con más

detalle en el “funcionamiento” del actor a efectos de poder recrear luego el funcionamiento de la sociedad como interacción de una pluralidad de actores. Parsons resalta dos aspectos fundamentales en el individuo, uno afectivo (que llamará “catético” usando una expresión relacionada con el término “catexia”, o carga afectiva, utilizado en psicoanálisis) y otro cognitivo. Sin embargo cree necesario agregar un tercer aspecto para explicar el proceso de selección de alternativas que tiene el actor. Para ello crea una nueva instancia, que llamará “evaluativa” y que completará a las dos anteriores “afectiva” y “cognitiva”. De esta manera tiene construido su actor principal, en su forma de relacionarse con los objetos de su situación. El ego tiene una forma afectivo-cognitiva de reaccionar frente a los objetos de su situación que terminará definiendo por un proceso de selección de alternativas la acción que realizará.⁵¹

Parsons precisará su concepción del valor utilizando el marco conceptual anterior. El valor será un criterio de selección entre acciones posibles. No formará parte entonces de los aspectos cognitivos y afectivos de la persona, sino de la instancia “evaluativa” que tiene ego. En definitiva, denominará valor a un componente determinado de su sistema teórico, sin preocuparse demasiado por su sentido usual, tanto en la vida cotidiana como en las teorías sociológicas precedentes, que no solo incluye este aspecto cognitivo y evaluativo que considera (el valor como criterio de evaluación) sino también los aspectos que en su sistema teórico denomina “catéticos” (el valor como “catexia” o fenómeno de la afectividad disparado en un sujeto en su relación con un objeto externo). Como lo expresa simplemente en la definición siguiente, denominará “valor” a toda pauta cultural que ayude al proceso de definición de la acción de un sujeto: “Se puede llamar *valor* a un elemento de un sistema simbólico compartido que sirve de criterio para la selección entre las alternativas de orientación que se presentan intrínsecamente abiertas en una situación.”⁵²

Analizaremos en el próximo capítulo el valor desde una perspectiva evolutiva con Bouglé y Piaget. Concluiremos este último capítulo de la Primera Parte con la necesidad de buscar un marco conceptual común que permita rescatar lo esencial de las diferentes concepciones sociológicas sobre el valor que habremos examinado. Nuestra hipótesis, que pondremos a prueba en la Segunda Parte de este trabajo, es que es posible hallar un marco conceptual común que pueda integrar todas estas diferentes visiones sobre el valor, tomándolas en definitiva como piezas sueltas de un gran rompecabezas que son compatibles entre sí en lo esencial.

V

Análisis diacrónico y genético de los valores: Bouglé y Piaget

Más allá de la concepción particular del valor de cada uno de los sociólogos examinados hasta ahora, todos coinciden en que éstos no se dan en forma aislada en la experiencia de cada persona, sino que configuran un sistema, es decir un conjunto dotado de una cierta coherencia. Coinciden también en reconocer el doble carácter de externalidad e internalidad de estos sistemas de valores con respecto a los individuos que los sostienen. Existiría entonces un “sistema de valores” a nivel de cada persona así como un “sistema de valores” a nivel objetivo, compartido en cierta medida por los miembros de una comunidad.

Este sistema a la vez interno a cada persona y externo a las mismas, pero compartido en una comunidad, nos recuerda, claro está, el fenómeno del lenguaje humano. Como en lingüística cabe entonces preguntarse por la evolución diacrónica de este sistema de valores externo a cada persona, así como acerca de su funcionamiento en un momento dado del tiempo, es decir en un corte sincrónico del tiempo. Cabe también preguntarse cómo este sistema de valores estudiado diacrónicamente y sincrónicamente a nivel de la sociedad, se vuelve a generar en cada recién nacido que se incorpora a la misma. Es decir, utilizando la expresión de Piaget, podemos también analizar estos sistemas de valores desde una perspectiva genética.

Estas múltiples perspectivas para considerar el fenómeno del valor han sido trabajadas por Bouglé (1870-1940) y Piaget (1896-1980). Bouglé, un discípulo de Durkheim, ha realizado un estudio interesante sobre la evolución de lo que el llama el “mundo de los valores”, es decir un estudio diacrónico de la evolución de los sistemas de valores. Piaget, por su parte, estudiará los valores desde una perspectiva sincrónica y sobre todo desde una perspectiva genética, aunque estos temas sean marginales en su obra.

No consideraremos aquí su estudio sincrónico de los valores, realizado en su *“Ensayo sobre la teoría de los valores cualitativos en sociología estática (“Sincrónica”)*”⁵³. Su contenido altamente abstracto y formalizado lo hacen de difícil utilización para nuestra indagación. Para nosotros será de mayor interés su análisis del valor desde un punto de vista genético. El simple hecho de ver la génesis y desarrollo de los valores en el proceso evolutivo de crecimiento del niño nos permitirá deslindar con

mayor precisión los aspectos afectivos y cognitivos asociados con la percepción de valores. Tendremos entonces una base un poco más firme para entender los procesos de valoración espontáneos y discursivos que realizan las personas adultas, viendo mejor la interrelación entre ambos procesos, así como la relación que tienen con la atribución de cualidades valiosas a los objetos que perciben. El fenómeno del valor estará entonces inscripto dentro de otro más general, el de la toma de conocimiento de su medio y regulación de su acción que tienen las personas.

Esta mejor fundamentación de los procesos valorativos justifica que tomemos de Piaget estudios que no son estrictamente sociológicos (son estudios interdisciplinarios en los que convergen la biología y la sociología para el estudio del proceso de maduración y socialización del ser humano). Tal necesidad de ir más allá de la sociología para explicar el valor ya la hemos visto en Tarde, con sus “ideas” y “creencias” y en Durkheim con su “conciencia colectiva”, expresión de la sociedad interiorizada en la mente y afectividad de cada persona. Piaget, que ha sido un gran conocedor de Tarde y Durkheim, no hace sino profundizar y hacer más rigurosa esta indagación del ser humano como un producto de la biología y de la sociedad.

Examinaremos en primer lugar el aporte de Bouglé para el estudio de los valores desde una perspectiva diacrónica. Luego estudiaremos con Piaget el valor desde una perspectiva genética. Trataremos de ver en qué momento y bajo qué formas aparecen y se desarrollan en cada persona esas realidades que hemos etiquetado bajo el nombre de “valores”.

El mundo de los valores en Bouglé

Bouglé parte de la distinción clásica entre juicios de realidad y juicios de valor que realiza una persona sobre un objeto (cosas, seres vivos o actos de personas). La característica del juicio de valor (decir por ejemplo “esta mesa es hermosa” o “este obrero es meticuloso”) con respecto al juicio de realidad (decir con respecto a los objetos anteriores “esta mesa es rectangular” o “este obrero hace tres mesas por día”) es que hace siempre intervenir el afecto, el sentimiento.

“El sentimiento entra aquí [al realizar el juicio de valor] en consideración. No podría hacer abstracción de los mismos. [Los juicios de valor] perderían todo sentido si no descontaran el deseo o la aversión, las simpatías o las repugnancias, que tal cosa, tal ser, tal acto inspiran a los hombres. No expresan solamente las propiedades de un objeto, sino frente a estas propiedades las disposiciones del sujeto: son subjetivos [...] traducen las tendencias

de la sensibilidad. Si quisiéramos hacer abstracción de éstas últimas se apagarían de golpe todos los valores del mundo”⁵⁴

Pero estas tendencias de la sensibilidad de un sujeto que se manifiestan en el juicio de valor, a pesar de ser subjetivas por naturaleza, también tienen un carácter objetivo. Los juicios de valor, nos dice, no traducen solamente nuestras preferencias individuales. Al ser el hombre moldeado por la sociedad, estas preferencias tienen un componente colectivo, compartido con el resto de la comunidad. Lo colectivo no se traduce en el hombre solamente en una comunidad de ideas sino también en una modelación común de las tendencias afectivas. ¿Pero cómo se moldean estos afectos? Básicamente con el proceso de educación del recién nacido, que se prolongará en su vida adulta en una sensibilidad a las influencias ajenas. Los juicios de valor ajenos, tácitos o expresos, indicadores de las propias tendencias de la sensibilidad de esas personas (que también han sido sometidas a un proceso de socialización similar durante su niñez) irán moldeando la sensibilidad del niño y regulando la de las personas adultas. Existe pues un terreno común en las sensibilidades de las personas que conviven en una misma sociedad.

“Pasamos nuestro tiempo a indicar a los recién llegados [se refiere al proceso de educación que empieza con el recién nacido y lo acompaña desde su niñez hasta su plena constitución como persona adulta] sea indirectamente por nuestro ejemplo y nuestros gestos, sea directamente por nuestros consejos y reprimendas, lo que merece ser admirado, lo que merece ser despreciado. No es solamente en materia moral, pero también en materia estética o económica que esas sugerencias son multiplicadas, por la fuerza de las de las cosas en casi cada instante del día [...] En la mayoría de los casos, por otra parte, estas influencias no necesitan estar formalmente expresadas para ejercerse. Pero cuando, reflexionando sobre estas influencias, se las quiere hacer pasar de la oscuridad a la luz, y formular las tendencias a las que obedecen, es a juicios de valor y no a juicios de realidad puros y simples que se llega”⁵⁵

Estos juicios de valores se traducen en atributos que el sujeto asigna al objeto. El sujeto percibe o descubre en el objeto cualidades. Estas cualidades percibidas con una base afectiva forman un tipo especial de cualidades, que podríamos llamar “cualidades valiosas” o “valores”. Traducen a la vez una afectividad (por lo menos en parte socializada y en ese sentido con un cierto grado de objetividad) del sujeto y unas propiedades del objeto.

Los afectos como instrumento de conocimiento.

Esta visión de Bouglé es interesante por las perspectivas que abre sobre el grado de subjetividad u objetividad que tiene la percepción de estas cualidades valiosas. Por una parte, como toda percepción de una cualidad de un objeto, son objetivas en el sentido de que, si la percepción es adecuada, tratan de capturar una propiedad del objeto, a pesar de que sea vista desde la perspectiva de un sujeto. Esa relación sujeto-objeto trata de encontrar una característica que sea del objeto, aunque claro está, referida a su capacidad individual de percibir esas propiedades. Basta considerar los ejemplos de color y altura que se perciben en un objeto para tener el ejemplo de este grado de objetividad que se puede tener. Está claro que la objetividad del sujeto se puede aumentar sometiéndolo a un protocolo que haga depender lo menos posible de sus características idiosincráticas lo que dirá. Se puede por ejemplo tomar un metro patrón y en una secuencia bien protocolizada ver cuántas veces entra en lo que es la altura del objeto. Se reemplazará así una medición subjetiva de una propiedad objetiva (la altura del objeto percibida a simple vista) por una medición subjetiva que se vuelve casi objetiva (solo se basa en una secuencia de operaciones del sujeto muy débilmente conectada a su parte afectiva). En el caso del valor la subjetividad del observador no ha podido ser “protocolizada” como en el caso de la medición de la altura. El “metro patrón” para la percepción y medición de estos valores es, como lo indica Bouglé, de orden afectivo. Pero no por eso, como la altura de un objeto percibida a simple vista, deja de reflejar una propiedad del objeto (salvo defecto de visión).

Los afectos serían pues un instrumento de conocimiento que permitirían asignar propiedades a los objetos. Propiedades que probablemente sean aspectos parciales de los mismos (por ejemplo aspectos del objeto que interesan a la acción del sujeto), pero que no por eso dejan de ser una forma de conocimiento de los mismos (siempre con la salvedad de que como toda toma de conocimiento de un objeto pueden tener todos los grados posibles entre el acierto y el error). Este instrumento de conocimiento que utiliza la propia base afectiva, es según Bouglé, regulado socialmente, adquiriendo por lo tanto un cierto grado de objetividad (en el doble sentido de no ser la expresión de una pura subjetividad personal desconectada de la de los demás, y de poder recurrir al acervo de conocimientos que por esta vía ha acumulado esa sociedad en su trayectoria en el tiempo).

Evolución del mundo de valores.

Los valores, como atributos de las cosas percibidas afectivamente, son por lo tanto para Bouglé una cosa seria, lejos de ser un puro producto imaginario de sensibilidades aisladas. Su modo de constitución, al moldearse socialmente en cada persona, y el hecho de que puedan aplicarse a los más diversos objetos hace que exista lo que Bouglé llama un “mundo de valores”, un sistema de valores en el que participan los individuos de una comunidad. Este sistema global tiene que tener un ordenamiento, una cierta coherencia. Los conflictos de valores coexisten con la armonía de valores y requieren de una acción al respecto para mantener una coherencia suficiente en los sistemas de valores “individuales-colectivos” existentes en una sociedad.⁵⁶

“El valor encuentra su lugar en la esfera de la economía política, en la de la moral, en el arte, en la religión. En ninguna de esas esferas es prisionera. Es, a decir verdad, una categoría universal capaz de tener las aplicaciones más variadas. Se puede portar un juicio de valor sobre un mueble como sobre un gesto, sobre un rito como sobre un poema [...] Existe un mundo de valores. Estéticas o morales, religiosas o económicas, solicitan las unas y las otras nuestra atención, buscan nuestras simpatías, exigen nuestros esfuerzos. Entre sus pretensiones variadas puede haber armonía. Puede haber también competencia. De ahí la necesidad de introducir en este mundo también un principio de clasificación, de orden, de jerarquía”.⁵⁷ (p. 14)

Bouglé estudiará la evolución de estos sistemas de valores, analizando algunas esferas en particular (valores en la ciencia, industria, estética y moral). Observa en esas esferas particulares un mismo patrón de desarrollo de los valores. A partir de un valor dado se producen con el tiempo diferenciaciones. El objeto que, por ejemplo, tenía únicamente un valor religioso en una comunidad dada, empezará a ser considerado por algunos bajo un nuevo ángulo estético. Esta consideración particular irá tomando consistencia propia y podrá desarrollar un nuevo tipo de actividad encaminada en la búsqueda y creación de objetos estéticos independientemente su valor religioso.

En definitiva el mundo de los valores es un mundo en desarrollo en el que los valores que aprenden a ver los individuos en los objetos más diversos se van afinando con el tiempo y adquiriendo una autonomía creciente. Este sistema de valores objetivos que será compartido, con las características propias de su subjetividad, por cada individuo, tiene una cierta coherencia que se ve sometida a prueba con el desarrollo de los valores existentes y con la aparición nuevos valores. También podría decirse que, con probabilidad, las incoherencias y fisuras que aparecen en estos mundos de valores, son las que

permiten la búsqueda de nuevas soluciones y probablemente de nuevos valores que pretenden ser más adecuados que los anteriores.

El sistema de valores parece entonces ser como un lenguaje en expansión, que a su manera, también trata de aprehender las características de un mundo variable en el que viven los hombres de una sociedad. Como el lenguaje, o mejor dicho, como las ideas y sentimientos que éste transmite, se va enriqueciendo y modificando a cada generación, y sobrevive en cierta manera a las sociedades particulares que lo van generando.

El valor en la teoría genética del desarrollo de la persona de Piaget

De la misma forma que hemos aprendido con Copérnico a no ser el centro del universo, debemos renunciar a todo tipo de antropocentrismo en las cuestiones que examinamos. Será un primer control al que debemos someter todo tipo de pensamiento. Cada persona adulta es el resultado de un desarrollo biológico a partir de una primera célula que lo constituye inicialmente, y por lo tanto comparte propiedades comunes con el resto de los organismos vivos. Pero también existe un proceso de diferenciación biológico y vital que va dando cuenta de sus características particulares como miembro de una cierta especie biológica, en primer lugar, y como individuo único, en segundo lugar, que se ha desarrollado en un medio ambiente determinado (que incluye el medio social altamente sofisticado en el que nacemos actualmente los seres humanos). Debemos entonces ubicar en estos procesos evolutivos, tanto a nivel especie como a nivel de cada organismo, las realidades que encontramos en cada persona adulta como por ejemplo el pensamiento, sentimientos y acciones que puede tener. No podemos tomarlas como algo dado desde siempre, sino cómo fenómenos que han surgido en un cierto momento de un proceso evolutivo tanto a nivel especie (filogenésis) como a nivel del organismo en particular considerado (ontogénesis).

El estudio del embrión humano nos recuerda nuestros orígenes comunes con todos los seres vivos, en un recorrido del árbol evolutivo que vuelve a reeditarse con la gestación de cada persona. Desde la célula inicial, el embrión revive todo el proceso evolutivo de millones de años, llegando incluso a prefigurar formas biológicas que luego desechará como, por ejemplo, la configuración de aletas natatorias. Finalmente tenemos el recién nacido, quién parece estar en similares condiciones a todo organismo animal superior recién nacido (mamíferos y ovíparos). Está dotado de órganos

perceptivos (visión, tacto, oído, gusto, olfato), de órganos efectores que lo dotarán de motilidad (miembros articulados) y de capacidad de expresión (articulación de sonidos). Los estudios han mostrado que no solamente comparte el ser humano una misma estructura biológica, sensorial y efectora, con los demás animales superiores, sino que hay una comunidad también de comportamientos innatos, que vienen transmitidos biológicamente, y que como los caracteres biológicos estructurales se transmiten también a través las especies y dentro de cada especie⁵⁸.

Pero el reconocer esa comunidad de origen nos es de poca ayuda para estudiar cada organismo en particular, si bien nos puede ayudar a evitar errores de pensamiento como el considerar la existencia de toda eternidad de fenómenos como el pensamiento o las ideas, cuando son simplemente productos de un proceso evolutivo de un organismo biológico particular, en este caso, del hombre. El proceso evolutivo, si bien hace derivar cada forma más compleja a partir de formas más simples (el recién nacido a partir de su primer célula constitutiva por ejemplo, o la especie humana a partir de especies animales anteriores), es de una complejidad tal que no permite prever lo que ocurrirá en el nivel superior constituido, ni tampoco el comportamiento de estas nuevas estructuras construidas.

La teoría de Piaget, con su constructivismo, nos muestra que esta imposibilidad de deducir los niveles superiores de desarrollo a partir de los niveles inferiores no se debe a la existencia de un misterioso fenómeno de “emergencia” que aparecería en cada nuevo nivel. Simplemente se debe a que cada organismo, en su proceso evolutivo, interactúa con su medio incorporando aspectos del mismo, materiales físico-químicos (“intercambios materiales”) e información (“intercambios funcionales”)⁵⁹, elementos externos en principio imprevisibles que formarán parte del organismo. Esto hace que el organismo que “asimila” estos elementos y se “acomoda” a estas nuevas incorporaciones (los términos entre comillas son de Piaget) tenga también un desarrollo totalmente abierto, no previsible únicamente desde su historia anterior, aunque construido a partir de la misma. Estamos frente a un proceso que Piaget llama “epigenético”, en el que las construcciones sucesivas que va realizando un organismo en su evolución son imprevisibles a partir de la sola consideración del organismo en sus estadios anteriores, si bien se desarrollan a partir de los mismos.

Dada la complejidad de las situaciones de interacción y de asimilación en juego, la previsión de las propiedades del nuevo nivel sería imposible aún si conociéramos los elementos externos con los que se va construyendo. El proceso de construcción asimilativa del organismo es de una complejidad tal que

desafía todo intento intelectual de generarlo en forma concreta a partir de la consideración de todos los elementos en juego (organismo y medio).

Necesitamos entonces encontrar una forma de poder estudiar este proceso epigenético que hasta ahora solo podemos describir en sus evoluciones concretas, registrando las nuevas formas que van adquiriendo estos organismos en construcción. Esta descripción es la que se realiza cuando se grafican los árboles evolutivos y se ubica a cada organismo concreto en estos esquemas, recordando así en forma sintética el camino evolutivo particular que ha tenido, desde sus remotos orígenes compartidos con todos los seres vivos.

Afortunadamente el estudio empírico de las estructuras que se van generando en este proceso evolutivo muestra que tienen una cierta estabilidad y que pueden estudiarse desde su nivel correspondiente, aún sin considerar la complejidad de los procesos interactivos que han podido generarlas. Es así como podremos estudiar el comportamiento del recién nacido y seguirlo a través de las diversas etapas que va recorriendo hasta convertirse en una persona adulta, viendo cómo a partir de un comportamiento afectivo y motor inicial que comparte con todos los animales superiores, van desarrollándose nuevas capacidades que lo irán diferenciando del resto de los animales: pensamiento y lenguaje verbal, con una mayor posibilidad de auto-determinación en su relación con el medio.

Exploraremos con Piaget estas etapas en el desarrollo afectivo y cognitivo del ser humano y veremos luego cómo se ubican en este marco evolutivo los fenómenos valorativos, tanto en su aspecto afectivo interno a cada persona, como en su aspecto perceptivo externo de una cualidad valiosa adscripta a los más diversos objetos de su entorno. Nos extenderemos en la presentación de la visión de Piaget porque nos dará un marco teórico sumamente potente para absorber en el mismo, en forma unificada, todos los fenómenos valorativos que nos han mostrado las teorías sociológicas del valor examinadas hasta ahora. La visión de Piaget nos dará entonces la llave para poder construir en la Segunda Parte de este trabajo una visión sintética de los fenómenos valorativos tanto en su aspecto individual como en su aspecto colectivo.

Pero para ello es necesario que examinemos con cierto detenimiento cuáles son las etapas del desarrollo afectivo y cognitivo de la persona humana, y que veamos cómo se manifiestan en cada una de las mismas los fenómenos valorativos individuales. La teoría del desarrollo de Piaget no es una teoría de orden filosófico. Es un conocimiento científico que ha tenido control experimental

(experiencias realizadas por Piaget y su equipo que han podido ser reproducidas y confirmadas en lo esencial por otros investigadores). Por lo que es un punto de partida sólido para examinar cuándo y cómo aparecen los fenómenos valorativos durante el proceso que vive todo ser humano, desde su lactancia, pasando por la niñez y adolescencia hasta convertirse en una persona adulta. Este punto de partida será ampliado en la Segunda Parte para que pueda dar cuenta también de los valores colectivos además de los valores individuales.

*Etapas en el desarrollo afectivo y cognitivo de la persona humana*⁶⁰

Consideremos la persona adulta, tal como surge después de la adolescencia. Encontramos en la misma la existencia de percepciones, comportamientos motores, pensamientos realizados con un lenguaje verbal y una amplia gama de sentimientos y afectos. Por otra parte la vemos moverse con una cierta autonomía, tomando en muchas áreas de su vida decisiones que califica de voluntarias. Su acción parece estar guiada en estos momentos por su pensamiento (verbalizaciones internas). Un análisis más detallado de su comportamiento nos muestra la existencia de ciertas ilusiones. El pensamiento y la voluntad que parecían guiar sus acciones, muestran en el mejor de los casos ser un concomitante de las mismas, que pueden contribuir a regularlas pero que no las generan ex – nihilo. Nos hemos rendido ante las evidencias acumuladas en el siglo veinte por la psicología y el psicoanálisis, reconociendo el rol preponderante de aspectos no voluntarios y no intelectuales en nuestra conducta. La voluntad y el pensamiento, si bien decisivos en nuestra vida, son funciones que coexisten con otras más primordiales a la hora de explicar nuestro comportamiento.

Consideremos ahora el otro extremo de esta escala evolutiva por la que hemos pasado cada uno de nosotros. Dejaremos de lado el desarrollo embrionario, aunque queda claro que en estas primeras células que se han ido multiplicando y desarrollando por absorción de elementos de su medio externo, no podemos encontrar el equivalente de estas funciones del ser humano adulto: lenguaje, pensamiento, y afecto. Sin embargo sabemos que estas realidades han surgido a partir de este desarrollo inicial. ¿Pero cuándo y cómo?

Consideremos un primer inicio del organismo ya constituido biológicamente a partir de su nacimiento, una primera etapa que evidentemente corresponde a millones de años de evolución que ha reproducido en escorzo la primera célula inicial en estos nueve meses de gestación. Vemos al recién

nacido, con su cuerpo biológico ya constituido, aunque sujeto a crecimiento y maduración ulterior, y con sus primeros comportamientos. ¿Qué hay allí similar a lo que nosotros vivimos y sentimos como personas adultas?

Piaget nos pone entonces en guardia contra un error que podríamos calificar de “adulto-centrismo”. Es decir, explicar los niveles inferiores de desarrollo a partir de nuestras categorías de pensamiento y afectivas. No corresponde, evidentemente, adjudicar sin crítica al recién nacido funciones perceptivas, afectivas, cognitivas y motoras similares a las del adulto.

Por ejemplo lo vemos comportarse en forma aparentemente autónoma (mirada, llanto, sonrisas, movimiento de su cabeza, boca, brazos y piernas). ¿Existe un proceso de decisión basado en el lenguaje como en el adulto? Evidentemente no. Hay un proceso de selección de alternativas de movimientos que no está mediatizado por el pensamiento conceptual. Existen selecciones en las actividades que no son elecciones de un centro voluntario dotado de pensamiento. Piaget hablará de un “centro de actividad” a partir del cuál se van coordinando y desplegando las acciones del recién nacido. Centro de actividad que sería común al que tienen los recién nacidos de otras especies animales y que contrasta con el centro voluntario que llega a constituirse en la persona humana plenamente desarrollada.

Hay pues al inicio del desarrollo del ser humano acciones que se van coordinando, selecciones de las mismas entre diversas alternativas posibles, que responden a un proceso de selección incapaz de conciencia como en el adulto. Habrá que perseguir entonces durante el desarrollo del niño el nacimiento de esta construcción de un “centro de decisión voluntaria” a partir de un “centro de actividades no voluntario”.

Lo que sí parece bastante similar a lo que vivimos como seres adultos son las percepciones y comportamientos motores, aunque no sepamos cómo puedan ser vivenciadas por el recién nacido y el niño en sus primeros años de vida. Piaget supone que las percepciones visuales y auditivas no están organizadas. Por ejemplo el lactante en sus primeros meses de vida, veía cuadros de situación que varían sin tener conciencia de la existencia de objetos independientes, cosas o seres vivos. No está constituida lo que Piaget llama la noción de “objeto permanente” que tanto en los niños como en los mamíferos (como por ejemplo el gato) tarda varios meses en constituirse. Para Piaget la constitución del objeto permanente será un momento clave a partir de la cual sus percepciones y acciones se irán haciendo cada vez más sofisticadas, aunque sin atisbos de pensamiento conceptual. Esta primera gran

etapa en la que no existe pensamiento conceptual alguno, y en la que, sin embargo, el niño es capaz de comportamientos inteligentes de adaptación con su medio, Piaget la denomina “etapa sensori-motora”. Corresponde aproximadamente al primer año y medio de vida del niño.

Al término del período sensori-motor se inicia una revolución en los sistemas afectivos y cognitivos del niño. Su comportamiento ya no es únicamente sensori-motor (percepción, afectos y comportamiento motor). Va apareciendo lo que Piaget llama la “función semiótica”, es decir la capacidad de representar un objeto en ausencia. En un principio serán indicios y signos particulares que representarán al objeto ausente. El niño jugará con sus juguetes representando situaciones no actuales, haciendo como si existieran. Más adelante estos signos se interiorizarán y se dispararán sin ayuda de elementos externos (memoria e imagen mental) haciendo que su “taller externo” en el que operaba con objetos-símbolos se transforme en lo que podríamos llamar un “taller conceptual interno”. Podrá imaginar lo que hacía con sus juguetes operando con elementos internalizados. Finalmente estos símbolos muy propios de cada niño se irán socializando y asociando a signos arbitrarios transmitidos socialmente por su entorno. Adquirirá el lenguaje, o la capacidad de realizar estos juegos en su “taller conceptual interno” utilizando signos verbales (o signos de lengua de señas en caso de ser sordomudo). Se inicia entonces la segunda gran etapa en el desarrollo de cada hombre, en la que va incorporando la función semiótica o representativa, etapa a partir de la cual va marcando distancias cada vez mayores con el desarrollo de otras especies animales (hasta entonces no muy distantes de lo que había alcanzado), que sólo en pocos casos acceden a una función semiótica rudimentaria (por ejemplo en los simios). Denominaremos a esta segunda etapa: etapa semiótica o representativa.

El desarrollo del niño en ambas etapas tiene una serie de estadios sucesivos que Piaget describe con gran precisión y que no es de mayor interés reseñar aquí. Sin embargo podemos agregar lo siguiente. En la etapa sensori-motora existe un proceso de descentramiento progresivo del niño a partir de una situación inicial en que todo estaba centrado en sí-mismo, sin diferenciación entre su persona y el medio. El descubrimiento del objeto permanente es ya un primer paso en la descentración del lactante. Cada objeto del mundo se cargará entonces de significaciones particulares y generará en el niño un cierto esquema de reacción. Estas significaciones evidentemente no serán verbales, serán

equivalentes no verbales a las acciones y afectos siguiente: “se puede morder”, “se puede tirar”, “genera sentimiento de placer”, “provoca sentimiento de displacer”.

En la etapa representativa estas significaciones no verbales puestas en los objetos permanentes de su entorno se irán acompañando de representaciones simbólicas de los mismos cada vez más intelectualizadas. Por su parte la capacidad de representación del niño le permitirá un nuevo tipo de descentramiento. Cuando operará en su “taller conceptual” con objetos materiales o con signos que representan a personas y cosas, podrá luego incluirse a él mismo en esa representación y verse, por así decirlo, desde “afuera”, como lo verían los demás. Esto generará consecuencias importantes ya que empezará a construir una representación de su persona (materializada en signos externos y luego incorporada internamente) tal como lo hace para las demás personas de su círculo familiar. Y de la misma forma que sus percepciones de personas y cosas se cargan de significaciones particulares (afectos y esquemas de reacción) así lo harán también las representaciones simbólicas de personas y cosas, incluyendo la que tiene de su propia persona. Habrá desarrollado entonces la capacidad de verse desde afuera como lo podría ver cualquier otra persona, así como la de ponerse en el lugar de otras, completándose así el primer descentramiento de la etapa sensori-motora.

Planteado este marco general en el que se va desarrollando la persona humana, veamos cómo y cuándo aparecen en el mismo los fenómenos valorativos.

El valor en la etapa sensori-motora del desarrollo del niño

Para Piaget el valor “es una dimensión general de la afectividad” y no un sentimiento particular o privilegiado. El problema, nos dice, consiste en saber cuándo la valorización interviene y porqué ⁶¹.

En esta primera etapa los comportamientos de la persona son denominados sensori-motores, porque involucran en un circuito “circular” (en forma análoga al arco reflejo) tanto aspectos perceptivos (sentidos perceptivos: vista, oído, tacto, gusto y olfato) como motores (órganos efectores: movimientos del cuerpo y en especial de la boca, manos, brazos y piernas, así como del aparato vocal) y todo esto asociado a afectos que se desarrollan en forma concomitante en el sujeto. Nos es difícil imaginar cómo serían estas percepciones, movimientos y afectos en el lactante, ya que si bien tenemos operaciones similares como adultos, éstas están tan íntimamente entrelazadas con el desarrollo de la función semiótica que no sabemos cuánto han guardado de su contextura o sabor original. Sin embargo algo de

lo que sentimos y vivenciamos cuando percibimos objetos, nos movemos y sentimos afectos primarios del tipo de placeres y dolores, sentimientos de agrado y desagrado, debería corresponder a estas vivencias elementales del lactante.

Para Piaget el valor corresponde al aspecto afectivo que tienen los comportamientos sensorio-motores. Por una parte estos afectos se desarrollarán internamente generando las emociones, placeres y dolores, y sentimientos de agrado y desagrado del infante. Por otra parte se manifestarán externamente proyectándose esta afectividad en los objetos que percibe en su medio dotándolos de lo que denominamos valor. Existe pues una actividad valorativa, ligada a procesos afectivos, que asocia a los objetos que percibe la cualidad de valor. El valor es entonces para Piaget la proyección externa de la afectividad del organismo en un objeto, de la misma forma que los sentimientos son la manifestación interna de esa afectividad.

¿Cuál sería la función de la existencia de valores proyectados y de sentimientos básicos en esta etapa sensori-motora? Su fin biológico, nos dice Piaget, es el de la regulación energética de la conducta. Tanto los sentimientos básicos internos (interés, sensaciones de placer al finalizar una acción o de fatiga al realizarla, etc.) como los valores percibidos en objetos externos permiten al organismo regular la acción del punto de vista energético. El organismo no realizará acciones costosas del punto de vista energético a menos que sus objetos correspondientes estén dotado de un alto valor.

Estamos pues para Piaget ante mecanismos reguladores de la conducta sensori-motora. Mecanismos que perdurarán luego debajo de sus elaboraciones más complejas que se desarrollarán en la segunda etapa semiótica del desarrollo de la persona. Es así cómo frente a objetos se sentirán adscriptos a los mismos cualidades valiosas que estimularán nuestra acción. Es decir frente a las cuales no nos sentiremos indiferentes, generándose actitudes de acercamiento o de rechazo hacia estos objetos. Estas reacciones sensori-motoras, que siguen existiendo en la vida adulta, son entonces el origen de la cualidades valiosas que percibimos espontáneamente en los objetos y que al estar ligadas a nuestra vida afectiva son susceptible de graduación, es decir de una mayor o menor intensidad afectiva.

Pero la conducta real tiene además de su energética un cauce por el cuál se dirige. Piaget denominará a la energética de la conducta su aspecto “afectivo”, y a su cauce que la vertebrará su aspecto “estructural” o “cognitivo”⁶². Por ejemplo en el esquema de acción real de un bebe consistente en “tirar de una manta”, su aspecto estructural consiste en el movimiento de agarrar el objeto y tirarlo

hacia sí (lo que se puede realizar con todo tipo de objeto similar y en las circunstancias más diversas). El aspecto afectivo consiste en la regulación afectiva que interviene en todo el proceso, desde el valor percibido en el objeto, pasando por el interés que despierta concomitantemente en el bebe, y en todas las reacciones intermedias afectivas hasta la reacción emocional final de alegría o de enojo ante el logro o no del comportamiento realizado.

Toda conducta sensori-motora tiene pues un aspecto estructural y aspecto energético, ambos indisolubles aunque Piaget los analice en forma separada. La atención de Piaget se centrará esencialmente en los aspectos estructurales del comportamiento. Estudiará cómo irán combinándose en estructuras cada vez más complejas, sin preocuparse por sus aspectos afectivos concomitantes. Es así como mostrará que los pensamientos son un desarrollo de las conductas sensori-motoras del infante. El lactante va aprendiendo a referir a su persona los objetos de su mundo con su comportamiento sensori-motor. Los va por ejemplo probando, ubicando y desplazando. En definitiva todo ocurre como si los fuera relacionando entre sí ubicándolos en un sistema de coordenadas referido a sus comportamientos sensori-motores. Un objeto es “entendido” cuando es incorporado a un esquema de acción sensori-motor. Piaget mostrará que el desarrollo de esta actividad sensori-motora es lo que dará lugar a la aparición en la segunda gran etapa del desarrollo de la persona a la aparición de la función representativa y del lenguaje. El pensamiento podrá ser visto entonces como un acto verbal, es decir como una conducta, claro está que con movimientos apenas perceptibles sino cuasi inexistentes. El pensamiento, si seguimos la lógica de la teoría de Piaget, puede imaginarse entonces como consistente en conductas virtuales, esbozos de comportamientos sensori-motores, que operarán ya no con juguetes como en el niño de la primera etapa, sino con objetos de su medio (objetos reales y signos externos) o con recuerdos mnémicos de los mismos (representaciones y signos “internalizados”). Permitirá entonces a la persona una extensión de su radio de acción en el mundo, pudiendo alcanzar con su “comprensión” a objetos cada vez más alejados en el espacio y en el tiempo, al asociarlos a circuitos sensori-motores conceptuales cada vez más amplios y sofisticados.

Examinaremos a continuación como evoluciona el valor examinado en la etapa sensori-motora cuando se diversifican las acciones sensori-motoras, adquiriendo en la siguiente gran etapa la forma del pensamiento conceptual. Pensamiento que ampliará el mundo del niño pero que también lo hará más sensible a las influencias de la sociedad que lo rodea.

El valor a partir de la adquisición del pensamiento y del lenguaje

Piaget nos indica que a cada nueva estructura le debe corresponder una nueva forma de “regulación energética”, con lo que debemos esperar en esta nueva etapa transformaciones profundas de los aspectos afectivos de la conducta tanto en sus manifestaciones internas como sentimientos como en sus manifestaciones externas como cualidades valiosas de los objetos que percibe.⁶³

En primer lugar se consolidan en esta etapa la existencia de personas percibidas como entes independientes. Se inician los intercambios propiamente sociales del niño ya que ahora es capaz de visualizarse como una persona diferente del mundo de personas y cosas que lo rodea. Estas personas se verán cargadas de profundos sentimientos de antipatía y simpatía, de alta variabilidad. Aparecerán lo que llama Piaget los primeros “valores sociales”, es decir la proyección de una carga afectiva positiva o negativa de intensidad variable en las personas que lo rodean. Estas simpatías y antipatías son para Piaget el esbozo de lo que luego se transformará en sentimientos morales cuando se acoplen con la descripción verbal de los mismos. Se considerará a tal persona buena o mala, justa o injusta, adquiriendo estos sentimientos una precisión creciente con el tiempo. Piaget estudiará con detalle la evolución de estos sentimientos morales en el niño, es decir de los valores de bondad, justicia y análogos que permiten calificar la conducta de una persona y mostrará cómo se generan sistemas de valores morales complejos, de una alta coherencia interna, que combinan un discurso intelectual con reacciones afectivas que se supone que deben tenerse. No estamos ya únicamente frente a valores espontáneos sentidos frente a objetos, sino también frente a una articulación discursiva de esos valores que pretende influir en las valoraciones realizadas espontáneamente. Si tal persona, de acuerdo a los criterios intelectuales del sistema de valor verbal correspondiente, actúa en forma injusta será catalogada como injusta y sentida finalmente como tal, proyectándose el valor correspondiente en esa persona.

Tenemos pues una complicación en la valoración de los objetos. Ya no existe solamente la valoración espontánea que hemos visto en la etapa sensori-motora, sino que existe también una valoración de orden conceptual que tenderá a regular la proyección afectiva de valor sobre el objeto. El valor, como proyección de la afectividad sobre los objetos, tiende a estar mediatizado por la palabra. Adquieren entonces una enorme importancia los intercambios de palabras entre el niño y las personas que lo rodean. No solamente vehiculan informaciones sino también contribuyen a constituir en la

persona sistemas de valores verbales que se asociarán a los objetos y personas de su experiencia. La valoración espontánea estará regulada en cierta medida por los sistemas verbales de valores interiorizados.

Las valoraciones de los objetos concretos también varían en esta etapa ya que se asocian al sistema de valoraciones verbales que tiene la persona, así como a un conocimiento cada vez más discriminado de las propiedades de estos objetos. Pero el mundo de los objetos a valorar se expande con la adquisición del pensamiento. La actividad intelectual consiste en operar con signos en un “taller conceptual” interno. Estos signos, que pueden desplegarse también en una hoja de papel o en un pizarrón, o en forma verbal con palabras, también se cargarán de valores. El valor ya no se adscribirá únicamente a objetos concretos, personas u objetos, sino también a representaciones conceptuales abstractas, por ejemplo la “justicia” o el “bien”.

Esta complicación se profundiza con el hecho de que no solo la valoración de las personas ajenas depende ahora de las palabras, sino que al concebirse a sí mismo como una persona entre otras, gracias al desarrollo de su capacidad representativa, la valoración de la representación de la propia persona adquiere una importancia central. Esta autovaloración dependerá de las palabras propias del sujeto y ajenas que recibe. Piaget muestra que esta autovaloración es esencial para el equilibrio de la persona en esta etapa. Con lo que aparece un elemento de regulación central del comportamiento del niño, y luego del adulto, por parte de los demás: su sensibilidad a la estimación ajena. El valor ya no es solo una proyección de la afectividad del sujeto sobre los objetos externos, o sobre signos que representan objetos diferentes de la persona. También puede ser una proyección de la afectividad sobre la propia representación de su persona (objeto externo que se ha internalizado y que representa la propia persona). Tenemos ahí un hecho central que tendrá profundas repercusiones tanto para la psicología como para la sociología.

En definitiva, con la adquisición del pensamiento y del lenguaje, la función valorativa de la persona se complejiza en forma extraordinaria. Los valores, cada vez más discriminados, se proyectan espontáneamente en objetos de una extrema diversidad (objetos físicos, personas, representaciones de cosas y personas incluyendo la de la propia persona, así como todo tipo de objetos abstractos) a la par que son regulados por construcciones intelectuales verbales (por ejemplo los sistemas de valores morales que se expresan verbalmente). Todos estos objetos constituyen un mundo de valores, en el

sentido de Bouglé, que incide en forma decisiva en el desarrollo de la vida de cada persona en el seno de su sociedad y por ende en las interacciones que constituyen la trama de esa vida en sociedad.

Búsqueda de un marco conceptual común

Este recorrido de las grandes concepciones sociológicas sobre el valor nos brinda una mayor claridad sobre los fenómenos valorativos, tanto en su manifestación como valores individuales, como en su manifestación como valores colectivos. La visión del valor expresada en el discurso cotidiano y en el discurso filosófico y que hemos sintetizado con la expresión “cualidades de intensidad variable” que presentan los objetos del mundo externo de cada individuo, se ha trabajado y clarificado.

Por una parte los valores se han separado en dos grandes grupos. Todos los sociólogos examinados coinciden en distinguir lo que hemos llamado “valores individuales” de lo que hemos denominado “valores colectivos”. Tenemos pues dos grandes clases de valores, que deben ser estudiadas por separado y luego, evidentemente, examinadas en sus interacciones posibles.

Las exposiciones de la teoría sociológica sobre los valores individuales parecen a primera vista contradictorias. El valor parece ser alternativamente un fenómeno intelectual o afectivo. Sin embargo la oposición es solo aparente. Tarde ya nos mostró que los valores subjetivos tienen tanto un aspecto afectivo como intelectual, que en su terminología denomina “deseos” y “creencias” respectivamente. Durkheim y su discípulo Bouglé, nos confirman esta posición mostrando que los valores subjetivos son una proyección de ideas y sentimientos sobre los objetos exteriores. Con Weber tenemos una posición similar con las “tomas de posición valorativa” tanto de orden afectivo como intelectual, que corresponden a fenómenos espontáneos de la afectividad o a juicios de valor más intelectualizados en base a “criterios de valor” internalizados. Parsons parece despegarse del grupo reservando el nombre de “valor” únicamente a los criterios internalizados de valor ya examinados con Weber. Sin embargo no desconoce la existencia de los otros fenómenos afectivos y ya no intelectuales que el uso común asocia con el nombre de valor, fenómenos que llamará “catéticos”, es decir en los que se ponen en juego cargas afectivas (“catexias”). Con lo que, si no en denominación, sí en la realidad, concuerda en observar estos dos tipos de manifestaciones que los demás sociólogos engloban en la etiqueta de fenómenos valorativos. Por último Cooley, al tomar los valores subjetivos como un fenómeno de origen biológico, permite conceptualizarlos, como lo hará Piaget, en su evolución desde el niño hasta el adulto,

es decir desde sus manifestaciones puramente espontáneas hasta sus manifestaciones más intelectualizadas que permite el desarrollo del lenguaje y del pensamiento verbal.

Todas estas diversas posiciones se clarifican si se toma como marco de análisis la teoría genética del desarrollo de la persona humana elaborada por Piaget. Los valores individuales son simplemente un fenómeno general de la afectividad, y que como tal tiene manifestaciones diferentes según el estadio de desarrollo de la persona. Con lo que nos damos cuenta que las posiciones sociológicas expuestas sobre los valores individuales, lejos de ser contradictorias, son simplemente descripciones de diferentes fases y aspectos de un mismo fenómeno. La aparente confusión viene de querer comparar entre sí descripciones de partes diferentes de un fenómeno. La unidad del fenómeno se ve en forma clara siguiendo el desarrollo del niño. Con lo que a partir de ahora consideraremos que los valores subjetivos solo pueden ser visualizados con claridad si se despliegan en el marco genético del desarrollo de la persona humana.

Sin embargo no se obtiene la misma claridad con el segundo tipo de fenómenos valorativos descubiertos por la teoría sociológica, el de los valores colectivos. Sabemos que existen fenómenos valorativos de orden colectivo, pero ¿a qué tipo de realidad corresponden y qué tipo de relación tienen con los valores individuales? Tarde nos muestra que son el producto de las valoraciones individuales. Durkheim les da un origen a la vez interno y externo a cada persona (la “conciencia colectiva” que está tanto dentro de cada persona como fuera de la misma). Weber no se pronuncia al respecto, toma constancia de la existencia de estos valores colectivos, y los describe (por ejemplo sus estudios sobre los grandes sistemas éticos y religiosos de la humanidad). Parsons los tomará como un elemento esencial del sistema de regulación de la acción social y Cooley los considerará una de las claves para entender el funcionamiento y evolución de las sociedades.

Estas posiciones ya no parecen ser tan coincidentes entre sí como ocurría con el tema de los valores individuales. Sin embargo nos parece que, expuestas en un marco teórico más amplio, pueden ser consideradas esencialmente como diferentes visiones de una misma realidad, compatibles entre sí en lo esencial. Es lo que trataremos de realizar en la segunda y última parte de este trabajo. Buscaremos un marco conceptual común, que sea lo más simple posible, pero que a la vez pueda contener todas las concepciones del valor expuestas por las diversas teorías sociológicas examinadas. Nos debería permitir reencontrar la posición piagetiana sobre los valores individuales, posición que, como ya vimos, incluye

a todas las posiciones sociológicas estudiadas sobre este tipo de valores. Pero también nos debería aclarar las diferentes posiciones sociológicas sobre los valores colectivos, al mostrarnos lo que tienen de común y aquello en que difieren.

Nuestro objetivo será entonces construir en la última parte de este trabajo un marco conceptual que permita visualizar en la forma más simple posible todos los fenómenos valorativos, tanto individuales como colectivos, que hemos recorrido en esta Primera Parte al examinar las teorías sociológicas sobre el valor. Queremos realizar una síntesis teórica que permita capturar, en un modelo conceptual que construiremos, lo esencial de las concepciones sociológicas sobre el valor examinadas hasta ahora. Nuestra esperanza es que este modelo conceptual nos permita seguir aclarando nuestra visión de los fenómenos valorativos tanto individuales como colectivos.

SEGUNDA PARTE

SÍNTESIS TEÓRICA: CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO

CONCEPTUAL SOBRE EL VALOR

I

Construcción del Modelo Conceptual (1ra parte):

“Esquema O-M” (Organismo – Medio) y valores individuales

Partamos de la concepción del valor de Piaget, es decir del “valor” como un “fenómeno general de la afectividad”. Sabemos, gracias a las investigaciones de Piaget, que los fenómenos valorativos se manifestarán en forma diferente según el nivel de desarrollo de la persona. En la etapa sensorio-motora de desarrollo del niño, es decir durante sus dos primeros años de vida, estas “cualidades de intensidad variable” que tienen los objetos de su medio (situaciones de conjunto, personas y cosas) son muy diferentes de las que aparecen en niveles superiores de desarrollo del niño y adolescente. La adquisición de la función semiótica o representativa, da lugar a nuevos fenómenos valorativos que ya no se expresan en una pura espontaneidad emotiva con respecto a los objetos de su entorno, sino que van asociados a la capacidad de representación simbólica. Las “cualidades de intensidad variables” ya no estarán solamente asociadas a objetos reales del entorno, sino también a signos que los representan, y en general a los signos verbales con los que puede pensar y comunicarse con los demás.

Este marco que nos propone Piaget será nuestro “hilo conductor” para no perdernos en la multitud de hechos invocados por las teorías sociológicas del valor examinadas. El valor es un fenómeno complejo que necesita ser ubicado en cada momento en el nivel de análisis que le corresponde. El no tener en cuenta esto hace que, por ejemplo, se comparen dos estratos diferentes del valor en forma inadecuada, sacándose conclusiones incorrectas. Por ejemplo se podrá comparar el valor como espontaneidad sensorio-motora, que sigue estando presente en el adulto, con los juicios

intelectuales de valor, y al ver que estos últimos se pueden realizar en algunos casos con una participación afectiva de la persona prácticamente inexistente, concluir erróneamente que la afectividad no es central en el fenómeno del valor. No se pueden comparar niveles diferentes sin precauciones.

Necesitamos pues poder distribuir los fenómenos valorativos en los niveles que le corresponden, para luego estar en condiciones de poder compararlos entre sí y ver, como por ejemplo en el caso anterior, cómo pueden derivarse de una misma matriz teórica tanto fenómenos valorativos espontáneos sensori-motores con alta carga afectiva, como juicios de valor altamente intelectualizados, con participación mínima de la afectividad. Pensamos que de esta manera muchas de las diferencias o incluso oposiciones que un primer examen parece encontrar en las diferentes concepciones del valor examinadas en la Primera Parte, se reducirán notablemente o incluso desaparecerán si son examinadas desde un marco más amplio, es decir desde una matriz teórica más general, que las pueda contener.

El objetivo de esta Segunda Parte será la construcción de este marco más amplio. Teniendo en cuenta las múltiples teorías sobre el valor expuestas en la primera parte, queremos construir un marco conceptual que permita reencontrar lo esencial de sus posiciones, pero ordenadas en un mismo esquema teórico. Estaríamos frente a un tipo de “inducción” conceptual. De la misma forma que en geometría se podría plantear el problema siguiente: “dado ciertos puntos dibujados en un esquema, trazar la curva continua que más se aproxime a ellos”, queremos resolver un problema análogo: “dado las teorías sociológicas del valor expuestas en la Primera Parte, y dado las concepciones del valor que surgen del discurso cotidiano y filosófico examinadas en la Parte Preliminar (que sintetizamos con la concepción del “valor” como “cualidad de intensidad variable”), encontrar un esquema teórico que pueda contener lo esencial de estas diversas posiciones”.

Resolveremos este problema en dos etapas. En la primera, que es el objeto del presente capítulo, nos concentraremos en el problema de los valores individuales. Introduciremos un esquema, que llamaremos “Esquema O-M” (esquema organismo- medio) que nos permitirá reencontrar en un mismo marco todos los fenómenos valorativos a nivel individual examinados en la Primera Parte. Pero nuestro modelo conceptual sobre el valor sería incompleto si solo consistiera en este primer esquema. Necesitamos completar el esquema anterior para poder generar también los fenómenos valorativos a nivel colectivo mencionados por las teorías sociológicas sobre el valor, y poder ver en el mismo la relación que puede existir entre los valores individuales y los valores colectivos. Este será el objeto del

capítulo 2 en el que completaremos nuestro modelo conceptual en construcción introduciendo un nuevo esquema, que como veremos, contendrá de alguna manera al esquema anterior, y que llamaremos Esquema I-S (esquema individuo-sociedad).

Finalmente concluiremos este trabajo en el capítulo 3 mostrando que este modelo conceptual sobre el valor podría ser utilizado para modelizar configuraciones de interacción social concretas que no son repetibles en el tiempo y que por lo tanto presentan dificultades para una investigación controlada por experimentos. Estamos ante el problema señalado por Weber de la unicidad histórica de las configuraciones sociales concretas. Pensamos que los valores individuales y colectivos, que habremos tratado de precisar en este trabajo y de ver en forma unitaria en una misma matriz teórica, capturando lo esencial de la reflexión sociológica al respecto, son una herramienta interesante a utilizar para ayudar a resolver este problema de sociología aplicada, tal cómo ya lo proponían Tarde y Cooley. Nos pueden brindar datos claves, a determinar en forma empírica en cada configuración social concreta, que nos permitan sortear la inmensa complejidad de las interacciones existentes, mostrándonos las formas posibles reales de los comportamientos de los actores individuales y colectivos del sistema social en estudio, formas que son mucho más limitadas que las teóricamente posibles a priori.

Planteo del problema del valor en un marco más general

En este capítulo analizaremos entonces el fenómeno del valor tal cómo aparece en la relación entre la persona y su medio externo. Tomaremos el punto de vista de Piaget, es decir considerar al valor como un fenómeno general de la afectividad que se manifiesta de dos formas, que son indisolubles entre sí. Tenemos por una parte el aspecto interno de este fenómeno que está ligado a la existencia de afectos percibidos como internos a la persona (por ejemplo sensaciones de placer y de displacer, sentimientos de atracción y de rechazo, por hablar sólo de afectos poco sofisticados) aunque relacionados al objeto percibido (entendiendo por “objeto” a cualquier situación general externa, o a una parte de la misma, persona o cosa, según el nivel de discriminación de la realidad propio del momento del desarrollo evolutivo de esa persona). Este aspecto interno está enlazado con el aspecto externo de la afectividad que hace que ese mismo objeto sea percibido externamente como teniendo cualidades que hemos etiquetado como “valiosas”, es decir cualidades ante las cuales el sujeto no se siente indiferente, que solicitan no solo su afectividad sino que tienden a generar en él una cierta

predisposición a la acción. Observamos que esta predisposición a la acción que se tiene ante el objeto percibido, que en el adulto es muchas veces una tendencia virtual coartada, se va convirtiendo en una tendencia a reaccionar efectivamente, es decir en un comportamiento motor realmente efectuado, cuando nos acercamos a las etapas sensori-motoras más tempranas del ser humano.

Este punto de partida piagetiano, que surge de la observación del comportamiento de adultos y que luego retrotraemos hacia atrás en la observación de las etapas anteriores en el desarrollo del niño y del adolescente, es, como ya lo vimos con Cooley, un fenómeno que no se restringe a la persona humana. Está claro que si en el recién nacido, que en nada se diferencia de los recién nacidos de otros mamíferos superiores (ya que no ha sido todavía “injertado” con el aspecto social que le transmitirán primero su entorno familiar y luego círculos cada vez más amplios de la sociedad) existen fenómenos valorativos de orden “sensori-motor”, entonces estos fenómenos tienen un aspecto biológico que excede el caso particular del ser humano. El problema del valor, puede ser entonces planteado, más allá de que quiera conservarse o no el nombre de valor cuando estos fenómenos se observan en otros seres vivos, en un nivel de mayor generalidad. Estamos frente al problema del rol de la afectividad en el comportamiento de un organismo superior con su medio externo.

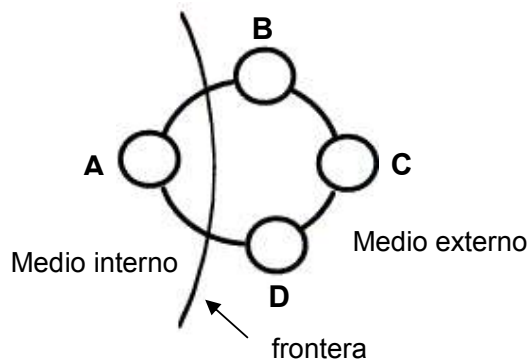
Al plantear el problema en un marco biológico más general, como el del comportamiento de un organismo vivo en su medio, podemos beneficiarnos de los hallazgos de una ciencia relativamente joven, la etología moderna, que estudia el comportamiento de los seres vivos. Por otra parte nos permite utilizar el gran caudal de conocimientos que ha acumulado la biología, que hoy en día ha dado pruebas suficientes de la continuidad biológica entre la célula y cualquier organismo vivo, tanto en su aspecto filogenético (evolución y ramificación de las especies) como en el ontogénico (desarrollo de cada ser biológico a partir de una célula original). No se trata de recaer en los errores del biologismo del siglo diecinueve, pero tampoco es cuestión de perder el caudal de información que surge de la comunidad de origen de todos los seres vivos.

Pensamos que si planteamos el problema que nos interesa en su mayor generalidad biológica, como el problema del comportamiento de un organismo biológico en un medio (generalizando y actualizando a la luz de los conocimientos actuales el planteo de Cooley), podremos por sucesivas especificaciones acercarnos al planteo de Piaget, y obtener en este proceso una mayor claridad sobre

nuestro problema específico. Nos permitirá también introducir con mayor facilidad el Esquema O-M en el que iremos resumiendo nuestros conocimientos sobre los valores individuales.

El problema del comportamiento de un organismo en su medio

Expresado en su máxima generalidad biológica, el planteo sería el que se ilustra en la Fig. 1. Sea un organismo vivo A, que consta de un medio interno, separado del medio externo a través de una envoltura (por ejemplo su “piel” si es un organismo superior, o su membrana si es un organismo unicelular). El organismo A es un sistema que incorpora en una estructura interna diversos elementos sobre los cuáles no es necesario por ahora indagar. Por ahora simplemente lo consideraremos como una unidad biológica que se encuentra inmersa en un medio que lo rodea (medio externo) y en el que se destacan en el momento considerado algunos objetos relevantes para el comportamiento de la misma (B, C, D, ...). Llamaremos a esta figura “Esquema O-M” (esquema organismo-medio)



Esquema O-M
(organismo - medio)

Figura 1

Cabe resaltar que el organismo A es un “objeto” a “geometría variable”. Se considerará que estamos frente a la misma unidad biológica, aunque cambie su interior por absorción de elementos externos y se expanda su envoltura (fenómeno del crecimiento de la unidad biológica). Unidad biológica a la que seguiremos adosando la etiqueta “A” (su “nombre” o “identificación”), más allá de que a través de cambios sucesivos sea muy diferente a su punto de partida (por ejemplo si se lo compara con la célula inicial a partir de la cuál se ha construido por absorción de elementos externos asimilados).

El problema que nos interesa es el del comportamiento de esa unidad biológica A, por ejemplo cómo se moverá en el próximo momento, teniendo en cuenta la situación en la que se encuentra, simbolizada en sus elementos relevantes del medio (objetos B, C, D). Comportamiento que podríamos analizar para distintos tipos de organismos, tomando como A a organismos de complejidad creciente, desde los organismos vivos más simples (organismos unicelulares) hasta organismos de elevada complejidad como el hombre y los mamíferos superiores, en los que existe el fenómeno de la “afectividad”. En todos estos caso el problema que debe resolver este organismo vivo en cuestión es el de un comportamiento coherente o, si se quiere, coordinado, con el medio externo en el que se encuentra, ya que de no tenerlo su envoltura quedaría destruida y ya no existiría más como unidad biológica. Su primer “deber”, para hablar en términos antropomórficos, es el de “permanecer”, de poder “durar”.

Simplemente a efectos de ordenar las ideas veamos cómo se resuelve este problema a medida que va creciendo la complejidad de los organismos vivos. Nos permitirá encontrar propiedades generales que deberían seguir existiendo en el caso de estos organismos vivos superiores dotados de afectividad que son los seres humanos, claro que modificados luego por la existencia de fenómenos específicos que los distinguen de los demás organismos vivos. Como nos lo han enseñado con claridad tanto Tarde como Durkheim, estos fenómenos específicos corresponden esencialmente al proceso de socialización del hombre, proceso en el cual se realiza un injerto del medio social previamente existente, en la unidad biológica que es cada recién nacido, lográndose así un desarrollo del hombre en condiciones controladas que sería muy diferente del que hubiese existido sin esta influencia de su círculo social, es decir en un medio estrictamente “natural” como el que tienen los demás seres vivos.

Organismos simples

Consideremos el elemento A del Esquema O-M (ver Figura 1 más arriba). Imaginemos que A es un organismo unicelular (por ejemplo una ameba) y observemos su comportamiento ante condiciones cambiantes del medio externo en el que está, que representamos en sus aspectos relevantes con los objetos B, C, D. Hagamos luego el mismo ejercicio, poniendo en el lugar de A a un organismo multicelular dotado de sentidos (órganos perceptivos) y de órganos efectores (músculos y glándulas de secreción) además de otros órganos internos. Veamos lo que nos enseña la etología, ciencia del

comportamiento de los seres vivos, información que nos debería ser de utilidad cuando analicemos el comportamiento de organismos superiores dotados de afectividad como los mamíferos en general, y el hombre en particular.

Nuestro problema es averiguar cómo se realiza el comportamiento del organismo en el medio. Queremos ver cómo ese comportamiento depende del organismo (elementos del medio interno de A) y de los elementos relevantes de su medio externo (objetos B, C, D). Una cuestión clave que nos preocupará es cómo es posible que ese comportamiento sea armónico (es decir esté coordinado en cierta forma) con su medio externo, dado que esa coordinación es un requisito ineludible para que el organismo A pueda sostenerse en el tiempo. Estamos, claro está, frente al problema de la adecuación o adaptación del comportamiento de un organismo viviente con su medio, problema que se conectará en forma importante con el fenómeno del valor en los organismos superiores dotados de afectividad.

Konrad Lorenz nos proveerá de información empírica que ubicaremos mentalmente en la Figura 1, tanto para el caso de la ameba como para el de un organismo multicelular. Examinemos entonces el comportamiento de un organismo vivo A en su medio. Veamos cómo “responde” una unidad biológica A a los “estímulos” de los elementos B, C, D relevantes de su entorno.

Konrad Lorenz llama “excitabilidad” a la disposición del organismo a responder en forma cuantitativamente mayor al estímulo recibido, por ejemplo cuando se mueve ante una simple información recibida. En los organismos unicelulares, esta sensibilidad a los estímulos que desencadena una respuesta cuantitativamente mayor del punto de vista energético, se realiza únicamente en la célula. En cambio en los organismos multicelulares (cuyo interior A puede estar constituido por millones de células diferenciadas entre sí) existe “una división del trabajo entre el sistema nervioso y el muscular... [que] trae consigo que el primero de ellos reciba estímulos y que la respuesta externa quede reservada al sistema muscular o a glándulas de secreción externa”⁶⁴.

Veamos cómo describe Konrad Lorenz el movimiento de un organismo unicelular ameboide, y al leerlo imaginemos cómo lo que va diciendo se puede representar en el Esquema O-M (ver Figura 1). Este ejercicio nos ayudará a empezar a darle vida al Esquema O-M, transformándolo de un esquema abstracto, en un esquema cada vez más concreto que pueda ir recogiendo en el mismo los datos reales de situaciones particulares. Escuchemos lo que nos dice Konrad Lorenz, mientras tratamos de traducir sus palabras al Esquema O-M.

“El movimiento más antiguo y simple desencadenado por un estímulo es el de la célula ameboide [...] En el lugar dónde actúa un estímulo que origina una respuesta positiva el protoplasma gelatinoso se disuelve; donde una influencia provoca una respuesta negativa, el endoplasma inmediatamente contiguo a la capa de ectoplasma y hasta entonces líquido se gelifica. El volumen del protoplasma en estado de gel es sensiblemente menor que en estado líquido; por consiguiente, el paso de líquido a gel significa una contracción que provoca una diferencia de presión en el interior de la ameba; en el caso de una reacción negativa, esta contracción aleja el animal del estímulo. En el lugar del estímulo que provoca una respuesta positiva, por el contrario, el pseudopodo brota como un géiser líquido, se gelifica al contacto con el agua u otros objetos del medio y envuelve sólo aquellos cuerpos que en virtud de determinadas propiedades químicas impiden la gelificación y precisamente por esto son consideradas como “comestibles”[...] [De esta manera] la ameba presenta una notabilísima capacidad de adaptación de su comportamiento [...] Se sustrae a los efectos nocivos a través de una huida de “temor”, se acerca a los estímulos positivos y engulle “vorazmente” los objetos adecuados”⁶⁵

Si miramos lo que nos dice Konrad Lorenz en el Esquema O-M, estamos frente a un organismo A, que responde a estímulos de su medio, es decir a los objetos relevantes de su entorno B, C, D que impactan en este caso cerca de la frontera de A por sus propiedades químicas. Estas propiedades químicas generarán comportamientos determinados de acercamiento o de alejamiento totalmente determinados por la situación del medio interno (estado gelatinoso o no en sus diversas partes), es decir de A, y del medio externo relevante que impacta sobre el organismo (propiedades químicas de estos objetos B, C, D que están a proximidad del organismo).

Estamos ante un comportamiento que perfectamente podríamos haber descrito con las categorías del valor. El organismo A percibe objetos que tienen para él valores positivos o valores negativos, percepción que desencadena un comportamiento de acercamiento (reacción positiva) a los objetos considerados como positivos para su perduración en el tiempo (los alimentos que “engulle”), o un comportamiento de alejamiento (reacción negativa) de los objetos considerados como perniciosos para la perduración del organismo A. Estas reacciones positivas y negativas frente a los objetos de su entorno son además susceptibles de intensidad variable. No hay duda que nos encontramos aquí ante un precursor de las reacciones sensori-motoras de acercamiento y alejamiento de objetos de los organismos superiores, reacciones que hemos catalogado como “reacciones valorativas de orden sensori-motor”. Está claro, también, que no encontramos en este circuito O-M entre el organismo y su medio, elementos de orden afectivo, elementos que hemos considerado claves para poder catalogar como valorativos a estos fenómenos sensori-motores. Sin embargo pareciera que lo esencial de los fenómenos valorativos ya está en este mecanismo tan simple que tiene la ameba, y que los afectos, si bien agregarán nuevas

realidades, conservarán esa base esencial: la capacidad de A de reaccionar positiva o negativamente, y esto con intensidad variable, ante los estímulos diversos de los objetos de su entorno (B, C, D,...).

Organismos superiores

Con la mayor complejidad de los organismos irán apareciendo fenómenos nuevos pero no se alterará la coordinación fundamental entre organismo y medio que hemos observado en el caso anterior (requisito básico para que pueda perdurar en el tiempo el organismo). La percepción y la reacción se realizarán ya no en una célula sino en órganos especializados. El círculo entre el objeto y el organismo pondrá en juego órganos perceptores (sentidos) y órganos efectores (aparato motor) con la intermediación de una serie de órganos diferenciados que procesarán estas reacciones (sistemas nervioso y de secreción interna). Sin embargo en este proceso constructivo que va de la célula hasta estos organismos cada vez más complejos y diferenciados, sigue manteniéndose el “círculo” del Esquema O-M. El organismo A tiene siempre las condiciones que le permiten tener un comportamiento “coordinado” con los elementos relevantes de su medio externo (B, C, D ...).

En este mayor nivel de complejidad aparecerán fenómenos cada vez más similares a los fenómenos valorativos que hemos examinado en la Primera Parte. Ya no consistirán en una semejanza formal, como en el caso del ameba, que tiene una situación de “atracción” o de “rechazo” frente a los diversos objetos de su medio, disparándose en el organismo los comportamientos correspondientes. La semejanza será mucho más fuerte ya que involucrará la existencia de comportamientos sensori-motores como los que ha descrito Piaget para el ser humano, basados en reacciones de un sistema nervioso desarrollado y en la existencia de una producción interna de afectividad que tratará de volcarse a los objetos del medio que solicitarán su atención. Lo único que les faltará a estos comportamientos tan semejantes a los que ocurren en los seres humanos será la posibilidad de estar conectados con representaciones verbales. Veamos brevemente en qué consisten estas “innovaciones” biológicas que han adquirido los organismos más desarrollados con respecto a los más simples.

En primer lugar tenemos la existencia de un sistema nervioso que permite la aparición de reflejos condicionados. El arco reflejo, con su estímulo y su respuesta puede ser evidentemente representado con facilidad en nuestro esquema O-M. El estímulo proveniente de un objeto B genera una cierta reacción del organismo A. Reacción que se puede ampliar si incorporamos en el circuito a otros

objetos, por ejemplo el objeto C. Lo que se observa, es que dentro de ciertos límites (creación del reflejo condicionado y su refuerzo en el tiempo), la sola aparición del objeto C (por ejemplo un sonido de campanilla), ya en ausencia del objeto B (el alimento) que lo acompañaba, genera la misma reacción del organismo A (por ejemplo la salivación previa a la ingesta de comida). Estas situaciones, que siguen existiendo a nivel del comportamiento del ser humano, como bien lo sabe bien la publicidad comercial y la propaganda política, tienen la posibilidad de combinarse entre sí formando “complejos de reflejos condicionados” más sofisticados.

En segundo lugar debemos tener en cuenta que los comportamientos de tipo reflejo, basados esencialmente en reacciones nerviosas, se ven suplementados luego en el desarrollo evolutivo, por la aparición de comportamientos más flexibles ligados a la existencia de secreciones internas (hormonas por ejemplo). Estamos frente a la existencia de comportamientos en los que ya interviene en forma fundamental la afectividad. Estos comportamientos basados en la afectividad, así como los comportamientos reflejos, son pautas de acción que, como lo ha demostrado la etología moderna con sus observaciones y experiencias, ya vienen en gran parte pre-programadas desde el proceso de gestación de los organismos superiores, y que se completan luego del nacimiento en un proceso de ajuste fino con el medio.⁶⁶

Entre estos comportamientos ligados a la afectividad la etología ha puesto de manifiesto un fenómeno importante para el estudio de los fenómenos valorativos. Ha descubierto la existencia de una producción endógena de estímulos. El organismo no se limita a reaccionar ante un estímulo como en el caso de los reflejos condicionados, sino que va generando una excitabilidad interior, que se prenderá al primer objeto adecuado que aparezca, o que inclusive podrá funcionar en vacío en caso de que no aparezca tal objeto. En el Esquema O-M deberíamos agregar entonces, para ir adecuándolo a lo que ocurre en los organismos superiores, la generación de excitabilidad interna, dentro del organismo A, excitabilidad que buscará asociarse luego con un algún objeto B, C o D del medio externo.

Nos parece al ver la existencia de esta generación interna de afectividad y su búsqueda de asociación con un objeto externo, que nos acercamos a los conceptos tradicionales de las reacciones afectivas de orden valorativo que hemos sintetizado con la concepción del valor de Piaget (valor como un fenómeno general de la afectividad con manifestaciones internas y externas al organismo). Tenemos por un lado un aspecto “interno” de la afectividad (interior al organismo A) y por otro lado un aspecto

“externo” con el cuál se enlazará esa afectividad (los objetos B, C, D del medio externo). Con lo que existirá un círculo O-M en la Figura 1 que ligará afectos internos, producidos en forma variable, y objetos externos que podrán atraer hacia ellos mismos esa afectividad si ya se generó, o inclusive despertarla en caso de que no se haya generado todavía.

El Esquema O-M en la etapa sensori-motora del desarrollo de la persona: valoraciones puramente afectivas.

En esta etapa El Esquema O-M recoge la información vista para los organismos anteriores. El organismo A, en este caso el recién nacido, cuerpo biológico que ha llegado a maduración luego de un largo proceso de gestación, en el que desde la célula inicial ha recorrido en escorzo todas las fases de la evolución en su medio externo uterino, sale a la luz y es recogido en un nuevo medio en el que proseguirá con su maduración e interacción, que ya no será solamente con un medio físico sino también con un medio social. Los inicios del recién nacido, según lo muestra Piaget, no difieren de los de cualquier cría de un mamífero. El recién nacido, organismo A de nuestro esquema, irá teniendo un proceso de absorción de elementos del medio externo (Piaget los llama “intercambios materiales”) con el que irá completando el proceso de crecimiento programado internamente, a la par que ya irá recibiendo estímulos del medio B, C, D... frente a los que reaccionará (“intercambio funcionales”).

Pero como ya sabemos no solo tendrá reacciones del tipo reflejas frente a estímulos externos, sino que estará dotado tanto de una capacidad endógena de producción de estímulos afectivos, a la búsqueda de un objeto del medio que les pueda corresponder, como de la capacidad de reaccionar afectivamente ante formas predeterminadas de los objetos de su entorno, por ejemplo ante una sonrisa o una persona a la cual se ligará afectivamente.

Piaget observa que los comportamientos del recién nacido se van produciendo espontáneamente coordinándose entre sí a medida que va interactuando con el medio. Observa que estos comportamientos, innatos en su origen, se van enlazando con objetos externos en patrones de comportamiento que llama “esquemas de acción”. Por ejemplo el esquema “chupar algo”, o el esquema “tirar de algo”.

Estos esquemas de acción se visualizan con facilidad en nuestro Esquema O-M. Corresponden al círculo que se establece entre el organismo y objetos de su medio. Piaget llama a estos esquemas de

acción esquemas “sensori-motores” ya que el niño, como todo organismo biológico superior, está compuesto de órganos diferenciados para la percepción (“sensori”) y de órganos efectores (“motor”). La expresión no recoge directamente la existencia del aspecto afectivo que existe en el comportamiento. Para recoger este dato fundamental, Piaget dirá que todo acto o comportamiento tiene dos aspectos indisolubles. En primer lugar está su aspecto “estructural” o “cognitivo” ⁶⁷ que corresponde al desarrollo del movimiento en sí (por ejemplo los sucesivos movimientos que se van coordinando para tirar de una manta). En segundo lugar está la realidad afectiva que necesita tener en cuenta, y que ya habíamos introducido en el Esquema O-M con Konrad Lorenz, que considerará diciendo que todo comportamiento (la acción que se desarrolla en un circuito O-M) tiene también además de su movimiento en sí, un aspecto que llamará “afectivo”.

En definitiva, podemos resumir las observaciones de Piaget directamente en nuestro Esquema O-M que podrá representar los distintos comportamientos que tendrá el recién nacido. Nuestro Esquema O-M podrá representar entonces los patrones de comportamiento que va teniendo el niño, conjuntamente con la base afectiva que los acompaña (“esquemas de acción sensori-motores”).

Sigamos a partir de allí las explicaciones de Piaget, traduciendo al “Esquema O-M” los esquemas de acción sensori-motores que va describiendo. Estos esquemas se irán combinando entre sí para dar lugar a acciones cada vez más complejas, dando muestras de una capacidad de resolver problemas sin representación verbal alguna, lo que Piaget ha llamado “inteligencia sensori-motora”. Los afectos corren en forma paralela fijándose a los objetos externos y desencadenando percepciones internas que se coordinarán entre sí. Tenemos entonces el fenómeno del valor para Piaget, que ya hemos mencionado, fenómeno general de la afectividad que aparece en su aspecto interno como percepción afectiva interna y en su aspecto externo como cualidad que se asocia al objeto. Fenómeno que se manifiesta en esta etapa exclusivamente bajo la forma de valoraciones espontáneas, sin ninguna representación conceptual asociada.

Como bien lo había visto Cooley, y nos lo recuerda Piaget, estas valoraciones son un elemento clave para la regulación del comportamiento del niño en la primera etapa no verbal de su desarrollo. Piaget nos recuerda que todavía no puede existir ningún “centro de decisión voluntario y consciente” en el niño dado que no ha accedido a la capacidad representativa y al lenguaje. Como en el caso de los organismos vivos vistos anteriormente, el comportamiento coordinado con el medio surge de otros tipos

de mecanismos. Piaget hablará de un “centro de actividad” que va coordinando entre sí comportamientos sensori-motores cada vez más complejos, sin la intervención de ningún “centro de decisión voluntario” que pueda imaginar alternativas posibles y seleccionar entre ellas la decisión adoptar, como ocurrirá en la próxima etapa. Esta coordinación sensori-motora está íntimamente asociada a la existencia de afectos percibidos internamente y asociados externamente a los diversos elementos del medio que lo rodea. Configuran como un “mapa valorativo”, “cargando afectivamente” cada objeto del entorno con la información motivacional relevante para orientar en forma adecuada su comportamiento. No se orientará, claro está, como la ameba en base a reacciones de acercamiento o alejamiento, debido a procesos químicos que dan la apariencia del comportamiento inteligente. Tampoco tendrá la adaptación rígida que proveen los mecanismos instintivos innatos de los organismos menos evolucionados. Como otros organismos superiores, utilizará la afectividad para ir ajustando en forma flexible los comportamientos innatos recibidos y adaptarlos a las condiciones que encontrará en el mundo concreto que lo recibirá.

Estas valoraciones espontáneas de orden puramente afectivo seguirán existiendo en la etapa siguiente en la que hará su aparición el lenguaje. Sin embargo la aparición de la función simbólica modificará en forma profunda el circuito O-M que se establece entre la persona y el medio. Además del “polo afectivo” que seguirá existiendo, aparecerá un “polo intelectual” que contribuirá a complejizar en forma extraordinaria los fenómenos valorativos. Las valoraciones tendrán a partir de entonces un componente intelectual que se agregará al componente puramente afectivo que tenían en la primera etapa del desarrollo de la persona. Pero seguirán cumpliendo su función de regular el comportamiento de la persona con su medio.

El Esquema O-M en la etapa representativa del desarrollo de la persona: los dos polos afectivos y representativos de las valoraciones humanas.

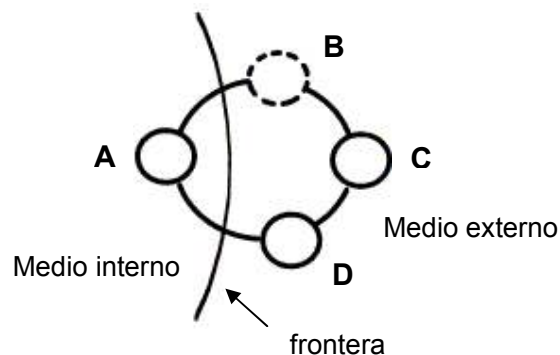
Sabemos que el Esquema O-M puede representar los esquemas de acción sensori-motores de Piaget. Estos esquemas se van combinando entre sí formando nuevos esquemas de acción más complejos que podrán ser utilizados como elementos de nuevos esquemas de acción de mayor nivel. Independientemente del nivel de complejidad que alcanzarán estos esquemas de acción sensori-

motores, los seguiremos representando con el mismo esquema de la Figura 1, pero se deberá entender que los elementos puestos en juego son cada vez más complejos.

Podemos por lo tanto generar en el esquema los comportamientos de la primera etapa sensorio-motora. Sabemos por otra parte que estos comportamientos tienen un aspecto afectivo interno y externo, debido a la existencia de una generación interna de afectividad en la persona que se asociará a los objetos de su medio externo, generándose los sentimientos y afectos internos así como las percepciones de cualidades valiosas en los objetos de su medio externo.

¿Pero cómo podríamos seguir visualizando en este esquema la aparición de la función representativa y las profundas transformaciones que trae la adquisición de esa función en los fenómenos valorativos? Necesitamos completar nuestro esquema para que pueda capturar estas nuevas realidades.

El primer movimiento que debemos hacer es el siguiente. Piaget nos muestra que al finalizar la primera etapa sensorio-motora el niño se vuelve capaz de hacer una innovación mayúscula. Será capaz de jugar con objetos, pero haciendo que representen a otros. Es decir operará con los mismos como signos o símbolos de otros objetos. Por ejemplo jugará con el objeto B de la Figura 1, teniendo presente al objeto C, y haciendo como si fuera ese objeto. Representemos esta situación en la figura 2, poniendo en líneas punteadas el objeto B, para recordar que se utiliza como representante de otro objeto. El niño ya ha adquirido la capacidad de representar en un signo un objeto diferente.



Esquema O-M

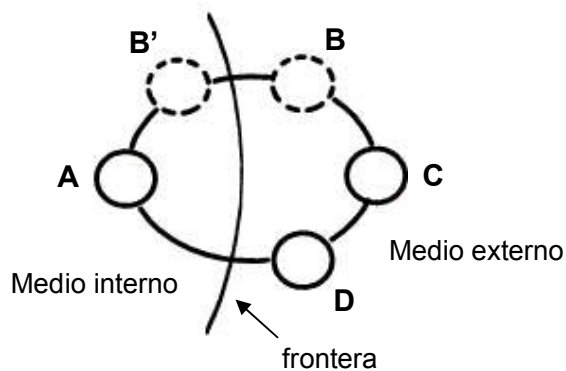
B: objeto simbólico
(representante del objeto C)

Figura 2

La próxima etapa consiste en poder operar con este objeto B en ausencia del objeto C que representa. Cuando el niño es capaz de hacer esto, ya ha adquirido plenamente la capacidad representativa y su mundo empezará a dilatarse. Se ampliará con la existencia de un “mundo virtual”,

ubicado en los objetos externos que utiliza como signos o representantes. Este mundo virtual, que representamos con objetos punteados en la figura 2, se superpondrá al mundo real existente. El niño cargará afectivamente, no solamente los objetos reales de su mundo (objetos C y D de la figura 2) sino también los objetos virtuales o signos de su mundo (objeto B de la figura 2). Su comportamiento ya no resultará únicamente de las cargas valorativas puestas en los objetos reales, sino que adquirirá más flexibilidad, ya que dependerá también de las cargas valorativas de ese mundo virtual o imaginario que es capaz de imaginar y que se superpone al mundo real.

Evidentemente el siguiente paso, de enorme trascendencia, es el que consiste en disparar el proceso imaginativo anterior aun sin la existencia concreta de este elemento B (el signo que representaba el objeto C). Esto es posible por la aparición en la mente de la persona de algún equivalente del signo B, elemento que llamaremos B'. Diremos que se ha internalizado o interiorizado el signo B que se refería a C, transformándose entonces en el elemento B' de la figura 3. Este elemento internalizado B' es el que podrá disparar a partir de ahora la representación del objeto C en su ausencia.



Esquema O-M

B : objeto simbólico externo
 B' : objeto simbólico internalizado
 (representantes del objeto C)

Figura 3

Si el signo externo B y su equivalente interno B' corresponden a palabras (sonidos como signos) estamos ante la presencia de la adquisición del lenguaje. El lenguaje permitirá representar en un “taller conceptual interno” el equivalente de lo que hacía el niño en su “taller externo” cuando jugaba con objetos que representaban a otros. El juego aquí es más sutil. Se han internalizado los signos y ya no son necesarios movimientos para operar con esos objetos. Piaget hablará de “actos verbales”, lo que nos induce a pensar que esos pensamientos seguirán siendo actos sensori-motores, aunque con movimientos apenas esbozados y finalmente prácticamente imperceptibles. Todo ocurre como si las palabras que

piensa internamente una persona las estuviera casi pronunciando en forma real, y como si los movimientos que imagina los estuviera casi realizando. Estos esbozos de comportamientos sensorio-motores corresponderían entonces a lo que conocemos como el “pensamiento”, nuevo fenómeno que hace su aparición en esta segunda etapa del desarrollo del niño, sin solución de continuidad a partir de los comportamientos sensorio-motores iniciales que compartía con el resto de los organismos superiores.

Esta concepción del pensamiento como un tipo especial de comportamiento sensorio-motor, que aparece a partir de cierta edad, en continuidad con los comportamientos sensorio-motores iniciales es interesante para nuestra exposición del valor. Nos muestra la madeja inextricable con la cual está compuesta la vida afectiva e intelectual del hombre. Debemos esperar entonces que los fenómenos valorativos puedan tener todo tipo de graduación entre lo estrictamente afectivo y lo intelectual-representativo. Es lo que ya nos había mostrado el estudio de las concepciones del valor de Weber. Podemos tener posiciones valorativas puramente afectivas. Pero las podemos tener también con componentes intelectualizados cada vez más importantes hasta llegar a juicios de valor expresados con palabras, que pueden llegar incluso a estar casi desprovistos de connotación afectiva.

Sin embargo para nuestros propósitos bastará con tomar una visión simplificada, adecuada para una primera aproximación. Imaginaremos que la persona está compuesta de dos grandes polos, un “polo afectivo” y un “polo intelectual” o “representativo”. Tendremos dos casos extremos. El de las valoraciones puramente afectivas, que corresponderán en su casi totalidad al funcionamiento del “polo afectivo”, y el de las “valoraciones intelectualizadas” que corresponderán a la acción del “polo representativo”. Las valoraciones reales surgirán de la interacción de estos dos tipos básicos de valoraciones. Cada una podrá influir en la otra. Las valoraciones afectivas podrán forzar la emisión de juicios valorativos que las apoyen. Las valoraciones intelectuales podrán forzar la modificaciones de valoraciones puramente afectivas. Claro que estas interrelaciones deberían ser examinadas en cada caso concreto personal.

Lo que nos muestran todos los sociólogos estudiados en la primera parte es que estas tomas de posición valorativas, tanto afectivas (valores individuales espontáneos) como intelectuales (juicios de valor) conforman entre sí un sistema que debe tener una cierta coherencia. De una forma u otra nos hablan de sistemas de valores subjetivos o de estructuras de valores subjetivos, que necesitan tener un cierto grado de coherencia. Los valores subjetivos, cuando se presentan en su aspecto intelectualizado

parecen no tolerar la contradicción. Los valores subjetivos parecen entonces ser sensibles a un discurso intelectual.

Como acabamos de mostrar rápidamente, la aparición del lenguaje complejiza en forma enorme los fenómenos valorativos tan simples de la etapa sensori-motora. Nos encontramos ahora frente a diversas manifestaciones del valor, que parecen no tener nada que ver entre sí, pero que todas proceden de los comportamientos sensori-motores de la persona y de su aspecto afectivo tanto interno a la persona como proyectado en los objetos del medio, reales (objeto C de Fig. 3) y “virtuales” (objetos B y B’ de la figura). El fenómeno del valor habrá tomado entonces todas estas formas tan diferentes que hemos examinado en las dos primeras partes de este trabajo, aunque emparentadas entre sí.

Sin embargo la fórmula de Piaget sigue siendo válida a pesar de todas estas transformaciones. Los valores individuales corresponden a un fenómeno general de la afectividad, que se manifiesta tanto en un aspecto interno a la persona (afectos y sentimientos cada vez más complejos a medida que progresa su desarrollo como persona) como en un aspecto externo a la misma (los objetos sobre los cuales se proyecta esta afectividad, que finalmente pueden ser signos y objetos ... ¡internalizados!). No hay duda que el fenómeno del valor tiene una fuerte capacidad camaleónica.

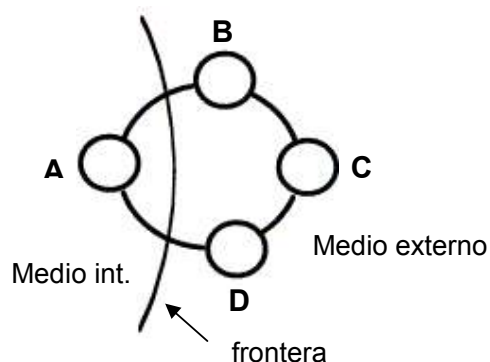
El enfoque piagetiano de los valores, que incorpora las diversas posiciones sociológicas sobre los valores subjetivos, puede ser entonces capturado por el Esquema O-M en sus diferentes variantes (figuras 1 a 3). La aparición del lenguaje hará que estos fenómenos valorativos individuales estén cada vez más influidos por el medio social que rodea a la persona. En el capítulo siguiente analizaremos la relación de los valores individuales con los procesos sociales. Nuestro objetivo será poder aclarar en qué consisten los valores colectivos y ver qué tipo de relación tienen con los valores individuales.

II

Construcción del Modelo Conceptual (2da parte)

“Esquema I-S” (Individuo– Sociedad) y valores sociales

El Esquema O-M, que volvemos a reproducir en la Figura 1 a continuación, nos permite también empezar a imaginar los procesos de interacción que pueden existir entre organismos: por ejemplo entre A y B. El organismo A tiene un comportamiento coordinado con su medio externo, medio que incluye al organismo B. Este comportamiento incluye la “previsión” de alguna manera de las posibilidades de comportamiento de los objetos de su entorno, entre los cuales se encuentran organismos vivos como B, y por lo tanto con capacidad de acción autónoma, y sobre todo de respuesta ante sus acciones. ¿Cómo se resuelve este problema que parece tan difícil?



Esquema O-M
(organismo - medio)

Figura 1

Si tomamos como A y B a organismos simples como las amebas examinadas en el capítulo anterior, el problema se resuelve mecánicamente, sin ninguna necesidad de previsión por parte de cada organismo de la acción ajena. Cada ameba estará coordinada con su medio. A será el centro de un Esquema O-M que incluirá entre otros objetos la ameba B (ver Figura 2-a). Por su parte B será también el centro de otro Esquema O-M que incluirá entre otros objetos la ameba A (Figura 2-b). Cada uno tendrá un comportamiento coordinado con su medio, y así aún ignorándose completamente, estos dos organismos presentarán un comportamiento coordinado entre sí si llegaran a encontrarse, es decir si llegaran a ser cada uno un objeto relevante del entorno del otro (Fig. 2-c).

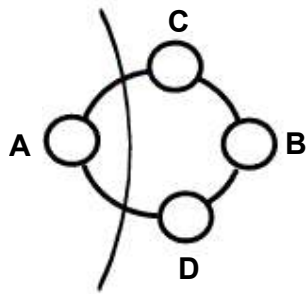


Fig. 2- a

Coordinación de A con los elementos relevantes de su medio: C, B, D ...

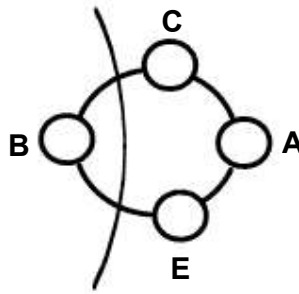


Fig. 2- b

Coordinación de B con los elementos relevantes de su medio: C, A, E ...

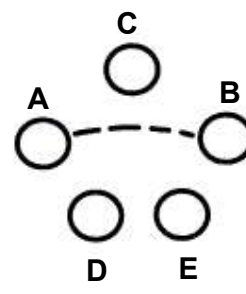


Fig. 2- c

Coordinación entre A y B en el medio abstracto común a todos

La coordinación entre organismos se asegura entonces, con tal de que cada organismo esté coordinado en su comportamiento con su propio medio (coordinación que se visualiza con el esquema O-M de cada organismo). Al estar coordinado cada uno con su propio medio, estarán coordinados entre sí. Un punto de vista externo los podrá considerar como elementos de un medio más generalizado, que los contiene a todos, en vez de verlos en su comportamiento real en el que cada organismo atiende a su propio medio. Este medio abstracto general ya no corresponde al medio, más limitado, que percibe y en el que se mueve cada organismo. El medio de una medusa, que solo percibe diferencias de presión en el agua, será muy diferente al de una ameba con su sensibilidad exclusiva a agentes químicos, o al de animales superiores con sus percepciones visuales y auditivas. Pero cada uno estará adaptado o coordinado en sus comportamientos a su propio medio exterior (Esquema O-M centrado en cada organismo). Esta coordinación particular asegura la coordinación general de los organismos entre sí en un medio abstracto que los envuelve a todos.

Vimos cómo era posible esta coordinación los organismos A y B más simples que podemos encontrar, los organismos unicelulares ameboides. Cabe imaginar que en el desarrollo evolutivo de los organismos unicelulares a los organismos de cada vez mayor complejidad, en cada paso de esa evolución se debe de haber mantenido esa propiedad inicial de coordinación con el medio, condición indispensable para que pueda seguir existiendo en el tiempo un organismo dado. Estos organismos, durante el proceso evolutivo que los ha generado (a nivel especie) han podido sobrevivir únicamente si en cada paso de su evolución hacia una mayor complejidad han podido mantener su propiedad original

de coordinación con su medio. Con lo que el primer presupuesto de todo organismo vivo que ha pasado el “test” anterior es que viene de “fábrica” con la capacidad de tener una coordinación con el medio en su comportamiento.

Evidentemente esa coordinación de cada organismo con su medio (Esquema O-M con centro en ese organismo) no tiene porqué ser tan ciega y mecánica como la de la ameba. Podrá tener, al evolucionar, componentes de comportamientos innatos heredados, completados con un ajuste fino al medio luego de su nacimiento (aprendizaje). Podrá poner en juego, en organismos superiores, la producción de afectividad al servicio de esa coordinación, tanto en su aspecto interno como afectos percibidos, como en un aspecto externo que dota al objeto de ciertas cualidades percibidas que regularán su acción. En todos estos casos el proceso de regulación del comportamiento del organismo A se hará cada vez más sutil y complejo, pero siempre permitirá la coordinación de A con su medio, y así para cada uno de los demás organismos, con lo que el comportamiento colectivo será coordinado. El problema de la interacción entre estos organismos, se habrá resuelto sin que ninguno de ellos utilice capacidades intelectuales para representarse una situación, imaginar desenlaces posibles, y en base a esto elegir un curso de acción. El problema se habrá resuelto con la creación de organismos, que por características constructivas ya vienen con una coordinación espontánea con su medio.

En el caso del hombre forman parte de estas regulaciones espontáneas los comportamientos basados en la afectividad, tanto en sus aspectos internos (sensaciones y sentimientos) como en sus aspectos externos (valores percibidos en objetos). Estos procesos afectivos contribuyen a orientar la conducta en un sentido u otro. Son nuestra tendencia primaria, aun cuando como adultos hemos incorporado además del polo afectivo, común con otros organismos superiores, el polo intelectual representativo, propio de la especie humana. El Esquema O-M centrado en una persona A, por ejemplo, se habrá complejizado enormemente con la introducción del pensamiento verbal además del afecto, pero seguirá teniendo la propiedad de coordinación con su medio. Coordinación que también tendrá otra persona B con su propio medio. De esa forma A y B podrán tener un comportamiento coordinado entre sí.

Pero a diferencia de los organismos simples, la coordinación de A y de B con su medio incluye además de la espontánea y no reflexiva, basada en definitiva en los fenómenos afectivos, una coordinación que reclama la intervención del polo intelectual representativo. El ser humano se habrá

creado una situación que exigirá que tome cartas en el asunto su “centro de decisión intelectual”, regulando la acción espontánea, que ya viene con una alta dosis de coordinación con el medio, aunque se haya vuelto insuficiente por sí sola. Podríamos caracterizar el ser humano como el organismo cuya regulación espontánea en base a afectos se ha vuelto insuficiente, aunque siga siendo una parte fundamental de su conducta. Con la simplificación que hemos establecido en el capítulo anterior, diremos que el “polo afectivo”, sede de los comportamientos espontáneos regulados por la afectividad, se complementa con el “polo intelectual” que contribuirá a regular esas acciones toda vez que sea necesario. La interacción entre personas ya no puede ser únicamente espontánea. Se necesita de una regulación intelectual que hace intervenir el pensamiento de futuros posibles, la elección de uno de ellos, y que ponga en marcha las acciones necesarias para realizarlo, ya no de forma espontánea, sino de forma deliberada.

La interacción de personas se vuelve entonces un fenómeno de una enorme complejidad. ¿Cómo podríamos representárnoslo en la forma más simple posible? Veremos a continuación lo que nos dicen al respecto los sociólogos estudiados en la primera parte. Nuestro objetivo será, con su ayuda, poder representarnos estos fenómenos de interacción en la forma más simple posible para poder luego, en ese marco, ver cómo aparecen los “valores colectivos”. Propondremos un marco de análisis, que llamaremos “Esquema I-S” (esquema individuo-sociedad) que nos permitirá visualizar con mayor facilidad estas situaciones de interacción, en lo que tienen de esencial. Este “Esquema I-S” combinado con el “Esquema O-M” nos permitirá tener un marco general en el que podremos ubicar y derivar todos los fenómenos valorativos, tanto los individuales, ya examinados con el primer esquema en el capítulo anterior, como los colectivos que veremos en la última parte de este capítulo. Conformará entonces un modelo conceptual útil para poder pensar en una matriz teórica común todos los fenómenos valorativos examinados en las teorías sociológicas de la primera parte.

Modelo conceptual: “Esquema O-M” y “Esquema I-S”

Weber nos ha propuesto una forma de imaginar las interacciones de A, B, C... cuando son personas en interacción. Consiste en pulir el sentido común y dotarlo de mayor rigor, construyendo tipos ideales (es decir modelos estilizados). Podemos verlo en la Figura 3 en la forma siguiente.

Cada persona (A, B, C ...) tendrá un comportamiento que estará orientado en base a “esquemas mentales” que incluyen la representación de la situación en la que está, y por lo tanto el comportamiento previsible de los demás. Tendremos así sus dos primeros tipos ideales de acción: la “acción racional con arreglo a fines” (se tienen en mente los fines materiales a lograr con la acción) y la “acción racional con arreglo a valores” (se tienen en mente los valores a preservar con la acción) que hemos visto en la Primera Parte. Pero claramente la actividad representativa puede no existir en forma consciente, por lo que se hará, en primera aproximación, como si todas las personas actuaran de esta manera, aún cuando sepamos que no es así (Weber nos alienta a ver la realidad a través del caso ideal puro, agregándole luego la diferencia, por ejemplo la mayor o menor conciencia que tendrán estos esquemas mentales en la realidad, con respecto al caso ideal de una representación totalmente consciente que guía la acción). Tenemos pues de esta manera una forma simplificada de manejar la complejidad de las interacciones en juego, que Weber completará con los dos tipos de acción restantes, que evidentemente no se pueden ignorar, la “acción afectiva” y la “acción tradicional”, acciones que corresponden al polo más afectivo de la personalidad, y que tienen una coordinación más espontánea con el medio.

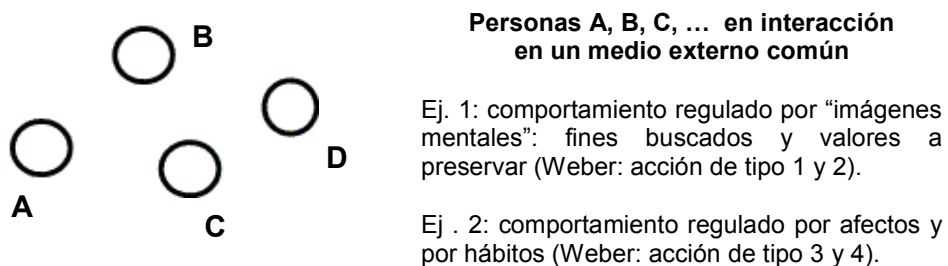


Figura 3

La figura 3, con el esquema O-M puesto en cada persona A, B, C, .. puede entonces absorber el esquema weberiano. Cada persona interactuará teniendo en mente un esquema mental (“polo intelectual” o “representativo” de su persona) o en base a comportamientos afectivos o repetitivos (“polo afectivo” del individuo). La acción conjunta resultará coordinada gracias a la intervención de la acción representativa además de las acciones espontáneas. Si queremos complicar el enfoque de Weber, acercándolo más a la realidad, bastará con poner la “lupa” en el Esquema O-M de cada persona, y restituir en su mayor complejidad las interacciones entre la inteligencia (polo intelectual) y la

afectividad (polo afectivo) que tienen lugar en cada individuo. Si es necesario o no complicar el modelo de Weber, será una cuestión concreta de modelización a resolver en cada caso particular. Lo que está claro es que conviene siempre buscar el modelo más simple posible que pueda generar las realidades con las que se está trabajando en cada caso particular. Nuestra capacidad de manejo de la complejidad es muy limitada, y necesitamos utilizar todos los atajos posibles para poder expandir al máximo posible el ámbito de nuestra comprensión intelectual.

El enfoque de Weber permite entonces un manejo simple de esta realidad compleja que generan las interacciones entre personas. Pero no sabemos todavía si es suficiente para poder hacer aparecer con claridad estas realidades que todavía parecen adolecer de una cierta oscuridad, los “valores colectivos”. ¿Que son los valores colectivos? ¿Cómo pueden aparecer en el esquema de la figura 3? ¿Qué diferencias tienen con los valores individuales que perciben las personas A, B y C del esquema?

Sabemos que los valores individuales son un fenómeno complejo fruto de la afectividad de la persona, y que se pueden manifestar tanto bajo formas intelectualizadas (juicios de valor) como bajo formas afectivas (valoraciones espontáneas). Sabemos que estos juicios de valor intelectualizados y estas valoraciones espontáneas no se dirigen únicamente a objetos reales del entorno de la persona, sino que se pueden dirigir también a objetos imaginados, frutos de una actividad representativa. Actividad representativa que se puede desarrollar con signos externos en un “taller representativo externo” (como el niño que juega con objetos que representan a otros), o en un “taller conceptual interno” cuando se puede realizar esta actividad imaginativa, ya sin soporte de objetos materiales externos. Podemos resumir este fenómeno complejo diciendo que las personas A, B, C... de la figura 3, emiten valoraciones dirigidas tanto a objetos reales como a signos, signos que pueden tener una existencia externa (por ejemplo palabras escuchadas en voz alta) o interna (palabras escuchadas en el fuero interno de cada persona). Valoraciones que, por otra parte, pueden tener una amplia gama dentro del espectro que va desde la afectividad pura (valoraciones espontáneas del “polo afectivo”) hasta la intelectualización casi desprovista de afectividad (juicios de valor intelectuales con mínima participación de la afectividad generados en el “polo intelectual” de la persona).

Podemos entonces visualizar los fenómenos valorativos individuales en el esquema de la Fig. 3. Cuando se vean las personas A, B, C, ... de la figura, y hablemos de “valores individuales” deberemos pensar en todo lo dicho en el párrafo anterior, y que corresponde a poner la lupa en cada persona y

desplegar Esquema O-M centrado en esa persona para volver a encontrar los fenómenos valorativos descritos en el capítulo anterior (figuras 1, 2 y 3 del capítulo anterior). Al ver la Figura 3 del presente capítulo deberemos entonces recordar que poniendo en cada persona A, B, C... de la misma el Esquema O-M, podemos generar todos los fenómenos valorativos vistos en el capítulo anterior. La Figura 3 contendrá entonces, aunque no lo dibujemos para no complicar la representación, el Esquema O-M en potencia, siempre disponible para ser usado en caso de que sea necesario.

Nos vamos acercando a la construcción del modelo conceptual buscado, en el que podamos representar todos los fenómenos valorativos estudiados en la primera parte de este trabajo. Pero todavía nos falta un trecho. Podemos visualizar en la Figura 3 los valores subjetivos de cada individuo, pero todavía no han aparecido en el esquema los “valores colectivos”.

Para poder resolver este problema necesitamos simplificar la situación descrita en la Figura 3 a fin de hacerla más manejable. Las posibilidades de interacción entre las personas A, B, C... son tan complejas que necesitamos una simplificación todavía mayor que la que propone Weber. No podemos quedarnos en una visualización de puras interacciones, que se vuelven rápidamente inmanejables del punto de vista intelectual. Debemos encontrar la forma de ver si estas interacciones tienen ciertas limitaciones que puedan hacer más cómoda su manipulación intelectual. Veremos a continuación que Tarde y Durkheim nos brindarán con su visión de las interacciones sociales la posibilidad de tener este tipo de simplificación, con lo que podremos transformar la Figura 3, todavía demasiado general, en un esquema más simplificado y manejable, que llamaremos Esquema I-S (individuo-sociedad).

Tarde imagina las interacciones de las personas A, B, C... de la Figura 3, como las de personas dotadas de inteligencia y afectividad (creencias y deseos). Son interacciones en las que cada persona influye en las demás. Con lo que el comportamiento del sistema total (sociedad como personas en interacción) va modificando los elementos del sistema (personas). Durkheim por su parte, pone el foco en la existencia del sistema total, sin preguntarse demasiado como está constituido, pero observando que modifica a sus elementos componentes y que inclusive se introduce en la conciencia de cada persona. Las posiciones teóricas sobre el individuo y la sociedad de Cooley, Parsons y Bouglé no modifican esencialmente los puntos de vistas examinados con Weber, Tarde y Durkheim.

Tarde y Durkheim coinciden con Weber. Para ellos la sociedad es un fenómeno que es un producto de las interacciones entre personas, siendo estas últimas imposibles de ser imaginadas en

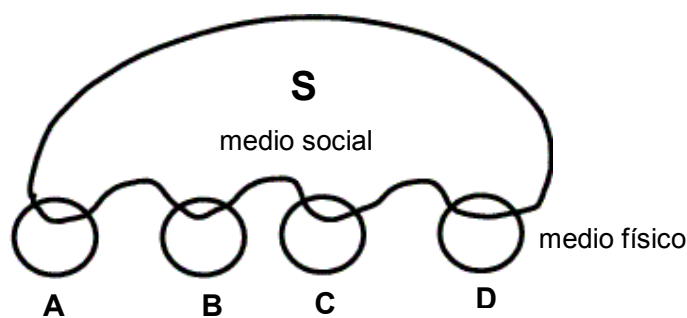
forma aislada. Han nacido en una sociedad que ya existía anteriormente y siempre han estado en interrelaciones con otras personas de su entorno. Con lo que todos descartan el atomismo ingenuo del siglo diecinueve que pretendía generar el comportamiento social a partir de la interacción de elementos supuestamente independientes de lo social (personas dotadas *ex-nihilo* de pensamiento y sentimiento).

Tarde y Durkheim coinciden también en dos posiciones que serán de gran interés para nosotros ya que nos darán la llave para simplificar el esquema de la Figura 3. Por una parte coinciden en que el individuo se desarrolla en una sociedad preexistente que lo recibe, desarrollando en un cuerpo biológico virtualidades que no hubiesen existido sin la existencia de ese grupo humano que lo educará. Por otra parte muestran que, como resultado de este desarrollo biológico en un medio social, la sociedad es a la vez interna y externa a cada individuo.

Cada persona, por ejemplo, podrá tener en su interior pensamientos y sentimientos que le habrán venido del exterior y que podrán compartir con otras personas, sentimientos y pensamientos que coexistirán con otros de naturaleza más personal. Cada persona tendrá en su interior palabras (signos internalizados) con los cuales podrá pensar, palabras que existirán también en el interior de las demás, y que todas podrán reconocer cuando se escuchen emitidas en voz alta o cuando se lean en caracteres tipográficos (signos materiales exteriores). En definitiva los procesos sociales y culturales estarán tanto dentro de cada persona como fuera de las mismas, y el hombre podrá pensarse como el encuentro de un cuerpo biológico no solo con un medio físico, sino también con un medio social y cultural, parte del cual habrá incorporado en su persona.

Esta visión común de Durkheim y Tarde nos permite construir el Esquema I-S (individuo-sociedad) en el que ubicaremos las concepciones anteriores (ver Figura 4 a continuación). Las personas A, B, C... , parte "I" del esquema (individuos), siguen estando en interacción como en la figura anterior. Pero esta interacción no es totalmente libre, sino que tiene ciertas restricciones que representaremos con la parte superior del esquema, la parte "S" del esquema (sociedad). Representamos también en este esquema la naturaleza tanto interior como exterior de la sociedad con el hecho de que la figura "S" corta el círculo que representa a cada persona A, B, C, ... en una sección que es común. Esta parte podrá representar entonces la internalización de la sociedad que se da en cada persona, y que vemos tan claramente con el lenguaje, fenómeno a la vez interior y exterior a cada persona.

Por último podemos ver que cada persona no está únicamente en un medio social (la parte “S” del esquema). El medio externo a cada persona incluye también a los objetos materiales del mismo, su medio físico. Evidentemente podemos poner en cada persona del esquema un Esquema O-M centrado cada una de ellas y reencontrar todos los fenómenos ya evocados anteriormente, aunque no lo haremos para no complicar la figura. El Esquema I-S, como antes la Figura 3 del cual deriva, contiene en potencia el Esquema O-M, listo para ser usado toda vez que sea necesario. En definitiva configura el modelo conceptual buscado, a partir del cual queremos reencontrar todos los fenómenos valorativos estudiados en la primera parte.



Esquema I-S
(individuo - sociedad)

Personas: A, B, C ...
Medio social: S

Figura 4

En la próxima sección pondremos en funcionamiento el Esquema I-S, viendo cómo a partir del mismo podemos visualizar los valores colectivos. Veremos entonces que el Esquema I-S solamente pretende representar en forma simple los fenómenos de interacción entre individuo y sociedad, teniendo en cuenta las formas concretas que han adoptado en las situaciones que podemos ver en el mundo real, sin preguntarse cómo ha sido posible el desarrollo de tales configuraciones. Nos basamos simplemente en los resultados de estas interacciones constatados empíricamente, la existencia de fenómenos sociales tanto internos como externos a cada individuo, y seguimos razonando a partir de estos datos concretos.

Esquema I-S y valores sociales (individuales y colectivos)

¿Qué son los “valores colectivos” y cuáles son sus diferencias con los “valores individuales”? Veremos que en realidad los valores individuales ya son valores altamente afectados por el proceso de socialización. Son de alguna manera valores sociales. ¿Pero entonces a qué realidad corresponden los “valores colectivos” también llamados por Cooley “valores públicos”?

Recordemos lo que nos había enseñado el examen de las teorías sociológicas realizado en la Primera Parte. Todas concuerdan en la existencia de valores que son más amplios que los “valores individuales”. Estos valores que exceden lo individual corresponderían, nos afirman Tarde y Durkheim, a los valores objetivos estudiados por la filosofía. Valores, que a diferencia de los valores subjetivos, es decir de los valores individuales, tendrían la propiedad de ser más estables en el tiempo y de existir en forma independiente de las personas (belleza, utilidad o valor económico por ejemplo). Pero, agregan, el error de los filósofos ha sido no darse cuenta que esta permanencia no es un fenómeno de la naturaleza, sino un fenómeno social. Estos valores objetivos, relativamente estables en el tiempo e impersonales, corresponderían por el contrario a fenómenos de naturaleza social.

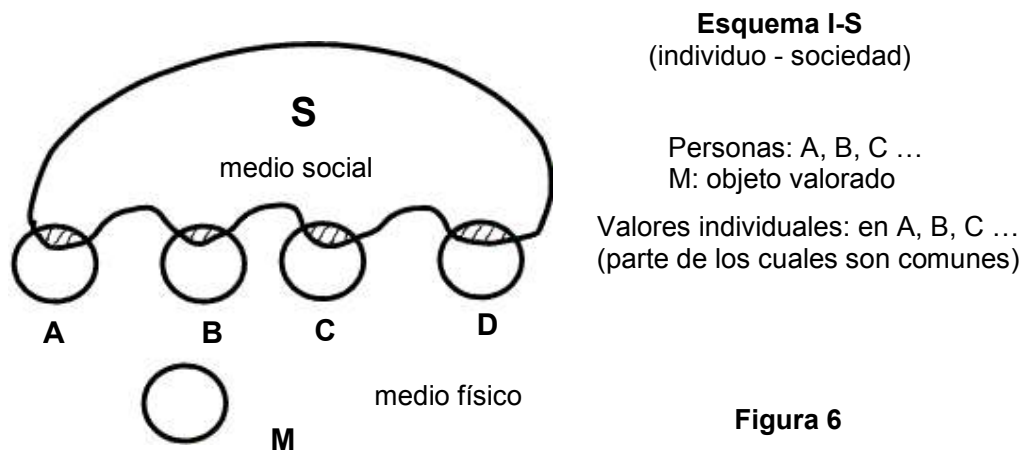
Sin embargo el punto de vista de Cooley, que considera que los valores individuales tienen un origen biológico, aunque modificado por fenómenos de interacción social, nos obliga a matizar la posición anterior. Pueden existir perfectamente valores subjetivos que estén fuertemente arraigados en lo biológico y que por lo tanto sean compartidos por las personas. Por otra parte puede existir otra fuente de semejanza en los valores individuales. Además de fenómenos biológicos comunes, existen procesos sociales comunes que han tenido las personas que comparten el mismo medio social. Con lo que tenemos aquí un nuevo motivo para pensar que las valoraciones de un cierto objeto por parte de los integrantes de una sociedad no pueden tener ser tan dispares entre sí como podría imaginarse a priori, ya que estas personas han sido moldeadas por una misma matriz social. Han tenido el mismo proceso social de transformación a partir del nacimiento, han adquirido un lenguaje común que ya viene, sin que se den cuenta, con una cierta visión valorativa del mundo. Cada palabra que usarán los hará pensar y sentir de una forma que ciertamente será común a muchos de los integrantes de su sociedad.

Con lo que es un error suponer a priori una variabilidad ilimitada de los valores individuales entre las personas. Por razones biológica y sociales tiene que existir en las personas de una sociedad un núcleo valorativo común, cuya amplitud es evidentemente una cuestión a determinar empíricamente en cada caso concreto.

Podemos llamar “valores compartidos” a estos valores individuales comunes a los integrantes de una sociedad. ¿Son estos valores individuales “valores colectivos”? Así lo piensa Durkheim. Los valores colectivos serían para él valores que existen dentro y fuera de cada individuo, es decir corresponderían a un fenómeno social (recordemos en nuestro esquema I-S como el medio social S es

interior y exterior a cada individuo A, B, C ...). Estos valores serían interiores a cada individuo, ya que los perciben desde su sensibilidad. Son el producto de afectos proyectados sobre los objetos de su entorno. Pero esta proyección de afectos sobre los objetos da resultados parecidos para todos los integrantes de la comunidad, ya que ven las cosas en ese sentido de la misma manera (por el lenguaje que han internalizado, lo que hará que piensen en forma similar a otros, y por la educación social de sus afectos que hará que tiendan a percibir los objetos de una misma manera).

Tenemos así la existencia de valores subjetivos, fenómenos de la afectividad de cada persona, que sin embargo tienen una cierta apariencia de objetividad. Todos verán los mismos valores en el objeto. Los demás valores subjetivos de individuo, no comunes con los demás, son valores que corresponden a una pura subjetividad que no ha sido socializada. Pero todos serían lo que nosotros llamamos “valores individuales” es decir valores que percibe el individuo. Transcribamos a nuestro Esquema I-S lo anterior.



Podemos representar los “valores individuales” en el Esquema I-S de la Figura 6 como valores que están ubicados en el círculo que representa cada persona. Parte de estos “valores individuales” podrán ser de naturaleza muy personal y variable. Los representaremos con la parte del círculo que está fuera de S (medio social que es externo y a la vez interno a cada persona). Por otra parte también tenemos en cada persona “valores individuales” que serán compartidos con otros miembros de la sociedad. Los representaremos con la parte del círculo rayada de la figura, es decir con la parte del individuo que ha internalizado de la sociedad (lenguaje y formas de sentir, pensar y actuar). Estos

valores individuales, sean éstos compartidos o más personales, son de toda manera el resultado de un proceso de socialización intenso, y por lo tanto ya son valores sociales.

Podemos imaginar este proceso de socialización en la forma siguiente. El recién nacido C, es recibido por su grupo familiar, B y D, que interactuará con el mismo, insuflándole el lenguaje y otros aspectos compartidos por los miembros de la sociedad. Con lo que el niño tendrá una evolución totalmente diferente de la que hubiese tenido de haberse desarrollado en un medio exclusivamente físico, como ocurre para en general para el resto de los seres vivos. Su medio físico habrá sido modificado artificialmente por la comunidad que lo recibirá. Este medio controlado, medio social que se superpone al medio físico que recibe a C y que hemos representado por la figura S del esquema, hará que el niño desarrolle características iniciales biológicas en forma totalmente novedosa.

Incorporará el lenguaje, desarrollará una forma de pensar y de sentir que estará mediatizada por un sistema de signos compartidos con los demás miembros de su sociedad. Adquirirá la misma forma de reaccionar a ciertos objetos tanto simbólicos (signos), como reales. En definitiva habrá desarrollado en forma común a los miembros de su comunidad, virtualidades que sólo aparecerán en un desarrollo con un medio físico controlado por la comunidad en la que vive. Evidentemente el recién nacido, como todo organismo biológico, se adaptará al medio que lo recibe, sin tener porqué saber si corresponde a condiciones “naturales” (como las que podrían haber surgido de una evolución puramente biológica de ese medio) o “artificiales” (como las que existen en este medio artificial que, en palabras de Konrad Lorenz, “domesticará” al hombre). El hombre es un ser biológico que se desarrolla en un medio ambiente controlado, que para mayor comodidad hemos separado conceptualmente en un medio físico natural y en un medio social.

Pero si el hombre recibiera únicamente de esta forma su desarrollo no tendríamos porqué poner en el Esquema I-S una interacción entre el área que representa cada persona y el medio social S. Una vez formada, la persona sería independiente de ese medio. Sin embargo las cosas no ocurren así. El hombre también desarrolla en su interior, como bien lo ha visto Durkheim, a la sociedad. Cuando piensa, cuando habla, lo hace con las mismas palabras que el resto de la sociedad. Cuando hace un gesto, ese gesto también será interpretado directamente por los demás, como si pudieran penetrar en la intimidad de esa persona. Existe una “como-unidad” en todos estos procesos que hace que el individuo

pueda a través de la parte S del esquema pensar como si estaría fuera de sí y dentro de cada una de las demás personas. Luego del proceso de socialización somos capaces (con todos los aciertos y desaciertos que puede tener el ejercicio de esa capacidad) de ponernos en el lugar de los demás, de pensar y sentir, suponemos, como ellos; de ver qué es lo que los demás pensarían y sentirían con respecto a lo que vamos diciendo y haciendo. Esta forma de pensar que parece tan personal, la hemos desarrollado incorporando la forma de pensar de otros.

Para representarlo en nuestro esquema I-S, podríamos decir que A es capaz de pensar desde el área que es común a su persona y a S (es decir ese lenguaje y pensamiento que le provino de otros) tanto en sí mismo, como sobre los demás, viéndolos de afuera o poniéndose en el lugar de ellos. Al mirar a B, tendrá una visión directa de lo que podrá estar pensando y sintiendo, que se corroborará o no con lo que luego pueda manifestar verbalmente. Por lo que podríamos pensar en el esquema I-S que cada persona A tiene la posibilidad de “trasmigrar” hacia las demás, a través de ese medio común que es el medio social S. Compartir estos signos y tener internalizados la misma forma de pensar y de sentir, que se ha desarrollado a partir de una matriz biológica común a todos, permite esta circulación esencial de ideas y afectos entre todas las personas A, B, C... de la sociedad. Al ver el Esquema I-S deberemos también pensar en esta característica del desarrollo de cada persona. La “no-soledad” de todos y el hecho de participar en un mundo común simbólico en sus signos, pero vivido como el mundo real por cada uno de sus participantes.

No podríamos estar más lejos de la visión del siglo diecinueve que consideraba a los seres humanos individuos aislados que debían romper una soledad inicial al agruparse en unidades sociales. La comunidad de ideas y sentimientos, y el desarrollo de procesos de intercambios sociales de los mismos son por el contrario las realidades básicas de lo que ocurre realmente, y que cada persona puede comprobar cada día en su vida personal.

Con lo que los valores individuales que se enmarcan en el proceso social anterior ya son valores sociales, claro que desarrollados sobre una base biológica inicial. Son sociales los valores individuales particulares de cada individuo. Son sociales también los valores individuales compartidos de un grupo de individuo. Vimos que Durkheim considera que los “valores colectivos” corresponden a este segundo grupo de valores individuales, los que son compartidos los otros integrante de la sociedad. Está claro

que estos últimos valores parecen más “sociales” que los anteriores, dado el mayor radio de aplicación que tienen. ¿Pero hemos agotado con estos la descripción de los valores sociales que pueden existir?

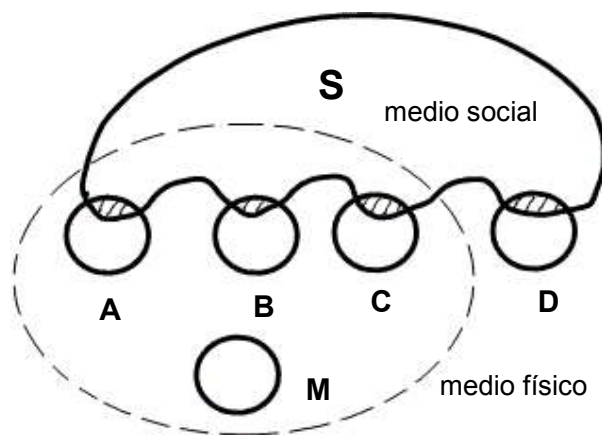
Tarde nos muestra que no es así. Además de los valores individuales que son, por así decirlo, valores sociales en primer grado, existen unos valores que serían sociales en la segunda potencia. Nos dice que la combinación de los valores sociales individuales, o mejor dicho su interacción, da un nuevo producto no conocido antes, que corresponde a los “valores colectivos” (es decir a los valores objetivos que podemos percibir en las cosas). Cooley por su parte comparte la posición de Tarde, llamando a estos valores, “valores públicos”. Ambos coinciden también en considerar que este fenómeno es análogo al de la “opinión pública”. De la misma forma de que existen “opiniones individuales” frente a una “opinión pública”, encontramos “valoraciones individuales” frente a una “valoración pública”. ¿En qué consiste entonces este fenómeno de la opinión y de valoración pública? ¿Es algo realizado por individuos aislados, por un grupo de individuos, o corresponde a otro tipo de realidad? Tratemos de ver si poniendo este problema en el Esquema I-S, surgen del mismo algunos lineamientos que nos permitan empezar a resolverlo.

El problema se reduce a tratar de ver cómo podemos generar en nuestro Esquema I-S, a partir de opiniones y valoraciones individuales el fenómeno global de la opinión y valoración pública sobre un objeto dado. Hagamos los siguientes experimentos ideales.

Tomemos en primer lugar un objeto M que pondremos a la consideración de la persona A (ver Figura 7 más abajo). Esta persona desarrollará una opinión y una valoración individual del objeto (discurso que emitirá sobre el objeto y valor que percibirá en el mismo). Supongamos que otras personas B, C, ... se someten al mismo experimento. Nos darán cada una su propia opinión y valoración personal. Tendremos así una lista de opiniones y valoraciones personales sobre un mismo objeto M. Estas opiniones y valoraciones individuales tendrán una cierta variabilidad (que será menos o más amplia según la intensidad de la socialización previa que hayan tenido esas personas en estas cuestiones). Hasta ahora no ha aparecido el fenómeno de la opinión y valoración pública.

Hagamos entonces el siguiente experimento. Consideremos un grupo de personas (A, B y C en la Figura 7). Supongamos que conviven en un cierto círculo social (club, empresa, iglesia, familia, o lo que fuera). ¿Reaccionarán de la misma forma que antes las personas si se les pide que emitan una opinión y una valoración sobre el objeto M, pero en presencia de los demás integrantes de su grupo?

Cada uno de nosotros ha experimentado este tipo de situación. En cada ámbito social hay cosas que pueden decirse y otras que no conviene mencionar, y análogamente para la expresión de valoraciones. Cada grupo social fija restricciones particulares al comportamiento de las personas, que en este caso se refieren a la manifestación de sus opiniones y valoraciones (restricciones que no tienen porque ser percibidas en forma clara, pero que sin embargo se acatan). Está claro que si A manifiesta una opinión o valoración inconveniente en este grupo, enfrentará una reacción negativa proveniente del resto de los integrantes, y que las reacciones serán más bien favorables en el caso contrario.



Esquema I-S

(individuo - sociedad)

Personas: A, B, C ...

M: objeto considerado

Opinión y valores individuales:
en A, B, C ...

(parte de los cuales son comunes)

Opinión y valores públicos:
en {A, B, C, ...}. Distintas formas.

Figura 7

Podríamos plantear las instrucciones siguientes para las personas de nuestro experimento: “emita la opinión y valor más cercano a lo que ud. piensa y siente realmente, pero tratando de no ofender al grupo”. Nuestra experiencia cotidiana nos hace pensar que las opiniones y valoraciones emitidas en este experimento ideal: a) tendrán una menor dispersión que en el caso anterior cuando eran emitidas libremente; b) su rango de variabilidad dependerá del grupo considerado. Con lo que cada grupo tendrá ciertas características propias en cuanto a las opiniones y valoraciones que pueden emitirse en el mismo.

Estamos ahora sí frente al fenómeno de la “opinión pública” o de los “valores públicos” que existen en un grupo social dado. No son las opiniones y valores de personas concretas, por más que muchos integrantes del grupo puedan sentirse cómodos o identificados con estas posiciones intelectuales y valorativas. Expresan el rango de las opiniones y valoraciones que pueden manifestarse

sin generar rechazo en el grupo en cuestión. Son evidentemente un dato clave para la persona que se mueve en esos círculos, más allá de que comparta o no esas posiciones.

Los valores públicos son entonces valores sociales en segundo grado, ya que son el fruto de un proceso de interacción social particular que se da en un grupo dado de personas que ya tienen sus propias ideas y valoraciones personales. Este proceso, para las personas sensibles a este tipo de información, avisa rápidamente los valores y opiniones que gozan o no de consideración en el grupo. Con lo que cada persona puede también hacer un “mapa valorativo” de cada grupo, sabiendo cuál es su comportamiento en tales cuestiones. En base a estos datos ajustará su conducta. Estos valores que caracterizan al grupo parecen corresponder a los “valores colectivos” de la Primera Parte vistos con Tarde y Cooley.

Estos valores colectivos que acabamos de examinar no corresponden a valoraciones individuales. Tampoco son valoraciones emitidas por un grupo. Son simplemente un fenómeno complejo que refleja las interacciones de los integrantes de un grupo. Cada grupo permitirá e inducirá sus integrantes a pensar y a sentir de cierta manera, con un rango acotado de variación. Este fenómeno de regulación que siente toda persona al estar en un grupo puede describirse por la menor variabilidad que tienen las manifestaciones intelectuales (opinión) y valorativas en ese grupo, con respecto a las que existirían de permitirse una opinión y valoración sin la presión a la conformidad del grupo.

¿Cómo se desarrollan estos procesos de regulación a nivel de ideas y sentimientos en un grupo? Como todos los procesos de interacción deben ser de una complejidad enorme para su manejo intelectual y por lo tanto de desenlace difícil de prever. Sin embargo Cooley y Tarde nos muestran que tanto para el hombre práctico, como para el teórico, no es relevante entrar en el mecanismo de relojería delicado de esas interacciones. Nos muestran que una propiedad de estas interacciones es la de generar resultados con cierta estabilidad en el tiempo, resultados que basta entonces medir para saber como puede comportarse el sistema. Estos resultados a medir empíricamente, datos que nos servirán para ver luego cómo se puede comportar el sistema, son “valores colectivos”. En este primer ejemplo que hemos visto, son la expresión de la norma hacia la cual tienden las opiniones y valoraciones efectuadas en un grupo de personas en interacción social.

Tratemos, por ejemplo, de averiguar la “estima pública” que se tiene de un cierto personaje. Cada persona tendrá su propia opinión (juicio de valor intelectual basado en lo que siente

espontáneamente hacia esta persona). Si tomamos un grupo dado veremos que habrá restricciones para la expresión libre de opiniones y valoraciones. Si se lanza una cierta opinión y valoración al grupo, generará una cierta reacción favorable o desfavorable. Las opiniones y valoraciones que se pueden lanzar al grupo, sin generar efectos adversos, y generando por el contrario efectos positivos, corresponden a los “valores del grupo” (valores colectivos). En este caso lo que se diga sobre la estima que merece tal personaje y que no genere rechazo sino aprobación será la “estima pública” que tendrá ese personaje en este grupo. Esta estima pública también podrá seguirse en el tiempo.

¿Pero hemos abarcado, con el experimento ideal anterior, todos los posibles fenómenos valorativos que involucren interacciones de valoraciones individuales (fenómenos valorativos que hemos llamado colectivos)? Claramente no. Podemos representarnos otro caso posible de generación de valores colectivos, de mayor flexibilidad que el anterior. Hagamos un nuevo experimento ideal.

Tomemos ahora un grupo de personas A, B, C... (Figura 7) en el que las restricciones anteriores no son tan fuertes. Al lanzar ideas y valoraciones, las reacciones ya no son terminantes como antes, tanto a favor como en contra. Estamos entonces frente a un grupo con un comportamiento diferente al anterior. En este caso no surgirá un rango estrecho de valoraciones permitidas como en el caso anterior. Podrá iniciarse un proceso de discusión y de diálogo en el que se irá hablando sobre el objeto “M” (por ejemplo se dirá cuan estimable o no es el personaje del ejemplo anterior).

Imagínese este proceso como los cuentos de hadas o los mitos que van circulando de boca en boca. Como decía Levi-Strauss, en una entrevista a la televisión francesa (“Archives du XXeme siecle” INA 1972), el mito se convierte realmente en mito, cuando este objeto ha pasado por tantas manos en sus circulación, que ya nadie sabe bien quién le ha puesto tal detalle, o le ha quitado tal otro. Estamos, nos dice, frente a una creación colectiva. En el caso de los cuentos de hadas, en cada paso de este proceso, el que lo cuenta verá la reacción de sus interlocutores y podrá ir modificándolo para que cause mayor placer a sus oyentes. Podrá inclusive adoptar sugerencias de su público infantil. Sin embargo este proceso creativo colectivo podrá estabilizarse, dando lugar a un cuento tradicional que ya seguirá circulando con muy pocas modificaciones, causando tanto placer a las nuevas generaciones de cuentistas y oyentes como a las anteriores.

En nuestro caso habrá un boca a boca mediante el cual circularán versiones sobre, por ejemplo, cuan estimable es el personaje que mencionábamos antes. Cada persona, en este proceso de circulación,

no tratará de hacer la historia más atractiva para sus interlocutores como en el caso anterior de los cuentos pero sí seguirá teniendo en cuentas sus reacciones. Al hacerlo, este producto colectivo en circulación se irá modificando ajustándose en su pasaje a las personas que lo van recreando y modificando. El producto colectivo final que irá circulando, será la opinión y valoración pública sobre el tema en cuestión, existente en el grupo considerado. Producto que manifestará unas características propias de este sistema de personas en interacción. Será la opinión y valoraciones públicas existentes en ese grupo sobre el tema en consideración, por ejemplo sobre cuan estimable o no es tal personaje conocido.

Los valores públicos surgen entonces de un proceso de interacción de opiniones y valoraciones individuales. Estos procesos podrán diferir, como en los dos casos que hemos planteado, según las características del grupo en consideración y del objeto que se evalúa. Podrá también haber casos en que no surja ningún resultado claro del proceso anterior (no hay valoración ni opinión pública sobre esa cuestión). Podrá también haber casos en que el grupo se escinda mostrando posiciones antagónicas al respecto. Pero mas allá de los resultados de estos procesos sociales en grupos concretos, los valores que surjan de los mismos ya no serán valores individuales. Cada individuo podrá representárselos, como se representa los valores de otra persona, pero no serán los valores de nadie en particular. Serán valores del grupo o valores colectivos, valores productos de una socialización mayor que la existente en los valores individuales. Los podríamos considerar como “valores sociales de segundo grado”, con respecto a los valores individuales que podríamos llamar “valores sociales de primer grado”.

Tarde y Cooley nos muestran que estas valoraciones públicas son un instrumento fundamental para la regulación de la actividad social de una sociedad. Tomemos como ejemplo los valores económicos. Cada persona tiene valoraciones económicas subjetivas de los distintos bienes que son relevantes para ella. Las interacciones de estos valores económicos subjetivos, como lo analiza con detalle Tarde en su libro “Psychologie Economique”⁶⁸, da lugar a la aparición del valor colectivo correspondiente, el valor económico de los bienes, percibido como una propiedad objetiva de los mismo. Estos valores económicos objetivos (medidos con los precios de los bienes) permiten la regulación de la actividad económica. Cada persona, empresario o asalariado, regulará su actividad en base a estos datos complejos que surgieron de la interacción de una enorme cantidad de subjetividades.

Todo ocurre como si la sociedad, con su mayor complicación, hubiese generado nuevos datos que permiten a las personas luego orientarse en la misma a pesar de la mayor complejidad de la situación social. Para Tarde, lo que ocurre con los valores económicos colectivos, ocurre para todos los valores colectivos. Por ejemplo el político que se quiere lanzar a una candidatura tratará de evaluar el grado de estima que tiene su persona en círculos claves que pueden impulsar su candidatura, así como en el público en general que votará. Los valores colectivos se convierten entonces en un instrumento importante para la regulación del comportamiento de los actores individuales y colectivos de una sociedad.

III

Conclusión

El valor, como concepto teórico, ha perdido vigencia a partir de la segunda mitad del siglo veinte. Se entiende esta posición dada la gran variabilidad que tiene este concepto y la poca claridad de muchas discusiones al respecto. Sin embargo el concepto alude a realidades importantes para las ciencias sociales, realidades que debemos tener en cuenta más allá de que se utilice la etiqueta de “valor” o “valoraciones” para designarlas.

¿A qué realidades alude? Visto en un primer examen fenomenológico, alude a las cualidades de intensidad variable que tienen, en primer lugar, objetos reales y, en segundo lugar, símbolos que representan a estos objetos. Estas cualidades de intensidad variable, corresponden al aspecto externo del fenómeno de la valoración. El valor, cualidad percibida en un objeto exterior, requiere evidentemente de una persona que percibe el objeto. Tenemos forzosamente un círculo que observa, que enlaza a la persona y al objeto en cuestión. Hablar del valor de un objeto sin tener en cuenta a la persona que está en relación con el mismo, es una abstracción que fácilmente puede conducirnos a especulaciones vanas sobre este fenómeno.

Es por ello que hemos decidido en la segunda parte de este trabajo, luego de examinar una amplia gama de teorías sociológicas sobre el valor, intentar radicar el fenómeno del valor en el Esquema O-M (organismo-medio). Hemos podido comprobar que todos los fenómenos valorativos a nivel individual, descriptos por las diversas concepciones sociológicas examinadas, podían ubicarse con facilidad en este esquema. Tenemos pues una persona y un objeto con el cuál está en relación. La

percepción del objeto se acompaña de fenómenos afectivos, cuyo aspecto interno corresponde a percepciones afectivas internas, que para simplificar llamaremos “sentimientos” (sensaciones, afectos y sentimientos) y cuyo aspecto externo corresponde a lo que hemos llamado “valores” (cualidades de intensidad variable). Piaget nos ha brindado un marco que nos permite estudiar el orden de aparición de los diferentes fenómenos valorativos en la vida de una persona, permitiéndonos finalmente radicar en el Esquema O-M todos los fenómenos valorativos, desde sus manifestaciones sensori-motoras (que perdurarán en la vida adulta como valoraciones puramente afectivas) hasta las manifestaciones cada vez más intelectualizadas que permite el desarrollo de la función representativa (valoraciones expresadas en discursos verbales).

Los valores individuales corresponden entonces a realidades tangibles y no son de ninguna manera fenómenos inasibles y de dudosa existencia como suele creerse en una cierta sensibilidad contemporánea. Estos fenómenos existen independientemente de la etiqueta que se les quiera poner y son perfectamente visibles en nuestro Esquema O-M. Como dice Piaget, corresponden a un fenómeno general de la afectividad, que tiene manifestaciones internas y externas, y que va sofisticándose a medida que la persona va pasando por las diferentes etapas de su desarrollo.

¿Pero tiene utilidad para la sociología el estudio de este tipo de fenómeno? El esquema O-M nos muestra que los “fenómenos valorativos”, es decir los “fenómenos afectivos que se disparan interna y externamente a una persona cuando se encuentra en relación con un objeto de su entorno”, corresponden a fenómenos básicos de regulación del comportamiento de un organismo con su medio. Los fenómenos valorativos están entonces asociados, como bien lo sabía Cooley, a la resolución de un problema de coordinación del comportamiento de un organismo con su entorno. Permiten resolver en forma flexible el problema de la determinación y realización de comportamientos adecuados de un organismo con los objetos relevantes de su medio.

Esta coordinación que no requiere inicialmente de ningún centro voluntario y consciente, se completa en el caso del hombre, al desarrollarse su capacidad representativa, con funciones más intelectualizadas que limitarán la eficacia original de estos mecanismos. De mecanismos impulsores pasarán a ser mecanismos que incitarán a comportarse de determinada manera, bajo el control de un centro voluntario y representativo. Sin embargo, los fenómenos valorativos, en sus versiones afectivas y cada vez más intelectualizadas, seguirán siendo un motor y un primer centro de determinación de la

actividad humana. El sociólogo que quiere averiguar el comportamiento de actores individuales y colectivos en un medio social dado, puede entonces encontrar claves interesantes en la investigación de estas realidades más allá de cómo hayan sido denominadas.

Por otra parte los estudios sociológicos sobre el valor nos han mostrado que estos fenómenos valorativos individuales son, en realidad, el resultado de un intenso proceso de socialización que ha recibido la persona desde su nacimiento. Los valores individuales son entonces valores altamente socializados. Podríamos decir lo mismo sin usar la etiqueta de valor (aunque en forma menos sintética): los fenómenos afectivos internos y externos que regulan el comportamiento individual de la persona con los objetos relevantes de su medio se han desarrollado sobre una base biológica que ha sido objeto de un intenso proceso de socialización. De esta manera se han desarrollado nuevas configuraciones de estos fenómenos afectivos, que no hubiesen existido de haber vivido en el hombre en un medio puramente natural.

Más allá de la terminología utilizada para describir estos fenómenos valorativos, el Esquema I-S (individuo-sociedad) nos ha permitido visualizar el proceso de socialización de estas funciones de regulación del comportamiento originariamente biológicas. Nos permite entonces apreciar la importancia de los valores para la sociología. Cada persona se moverá de acuerdo a estos procesos afectivos. Pero estos procesos afectivos están mediatizados por la sociedad (medio social que es a la vez exterior e interior a cada persona), con lo que el grupo podrá incidir en el comportamiento de la persona, por ejemplo, a través del lenguaje que comparten. Se dirá una sola palabra, o se hará un solo gesto y todo un grupo de personas se pondrá en movimiento. La circulación de palabras y afectos a través de la parte S (medio social compartido que rodea y penetra cada persona) del esquema, inevitablemente pone en presencia todas estas personas en una “como-unidad” (comunidad). Por lo que el estudio de los procesos afectivos que inciden en la determinación del comportamiento de una persona, y que son mediatizados por signos sociales compartidos como gestos y lenguaje, resulta ser de una importancia crucial para estudiar el comportamiento individual y grupal de personas viviendo en sociedad.

Sin embargo hay todavía una razón adicional que hace de interés el tema para la sociología. Estos procesos afectivos individuales (se entiende en sus aspectos internos y externos), se pueden combinar entre sí dando lugar a nuevos “productos” sociales de gran importancia tanto para el hombre

práctico que aspira a regular en forma eficaz su acción, como para el teórico que aspira a entender el comportamiento de una sociedad y a prever, en la medida de lo posible, sus evoluciones más probables. De la interacción de las “valoraciones individuales” surgen lo que hemos denominado “valores públicos” o “valores colectivos”. Los objetos del medio se cargarán entonces de una significación, que no será ya la de una persona en particular, sino que corresponderá a la del grupo social en cuestión. Estos valores se manifestarán como si fuesen realidades objetivas, en general difícilmente modificables por la acción de individuos aislados. Serán un dato con el cuál deberán contar al programar sus acciones.

Tarde y Cooley nos han mostrado que estos productos sociales de los fenómenos valorativos (valores colectivos que Tarde llama “cantidades sociales” y Cooley “valores públicos”) son datos claves a considerar para poder programar cursos de acción a nivel de los actores individuales y grupales y que, en un nivel de mayor generalidad aún, permiten ver los comportamientos realmente posibles en una sociedad dada. Tanto para la sociedad, como para el individuo, no existe un abanico ilimitado de comportamientos posibles. La sociedad y el individuo tienen en cada momento un rango de comportamientos realmente posibles mucho más limitado de lo que se puede imaginar a priori. Esta restricción de los comportamientos teóricamente posibles en una gama más reducida de comportamientos realmente posibles en cada caso concreto, está relacionada con la existencia de estos valores sociales que tienden a limitar la variabilidad de los comportamientos individuales y grupales. El no respeto de estos valores, es decir la realización de acciones que se apartan de un cierto conjunto limitado de acciones posibles, genera consecuencias que tienden a reencauzarlas en el sentido de los comportamientos que permite el sistema social en estudio.

Con lo que el fenómeno del valor, ha puesto en relieve un campo de interés para la sociología, el de las regulaciones del comportamiento de actores individuales y colectivos basadas en la afectividad. El estudio de este campo puede brindar herramientas intelectuales de interés que nos permitan realizar algo que parece de difícil realización: la modelización y previsión de los comportamientos realmente posibles de un sistema social concreto. Sin embargo los hombres prácticos (políticos, empresarios y otros actores) realizan cotidianamente en la práctica este problema reputado de solución imposible. Constantemente se ven obligados a hacerse un mapa de situación simplificado de la realidad en la que operan, circunscrito a los objetos relevantes de ese entorno del punto de vista de sus

intereses prácticos, en el que tratan de prever las evoluciones posibles incluyendo los efectos de sus propias acciones y teniendo en cuenta el comportamiento probable de los demás actores. La sociología puede trabajar este campo, buscando herramientas de análisis más rigurosas, que permitan la modelización eficaz de situaciones sociales concretas no repetibles.

Tarde y Cooley nos muestran que es de esperar que entre estas herramientas se encuentren los valores sociales, “cantidades sociales” concretas a determinar en cada sistema social particular en estudio. Los fenómenos valorativos, en sus manifestaciones sociales, pueden convertirse entonces en parámetros claves para la modelización del funcionamiento y evolución de sistemas sociales concretos. De ser así tendríamos una herramienta interesante que nos permitiría evitar el estudio, rápidamente inmanejable por su complejidad, de las interacciones sociales en juego entre todas las personas de estos sistemas, limitándonos a medir en forma empírica los resultados estables que tienen las mismas, en el caso de sistemas sociales que logran perdurar en el tiempo.

Por otra parte nos permitiría un ángulo de ataque posible de ser sometido a la crítica de pares, en el estudio de sistemas sociales concretos en los que la variabilidad de los mismos hace muy difícil el control experimental. Las modelizaciones propuestas de un sistema social concreto se contrastarán hacia delante, por la capacidad predictiva de sus futuros posibles, y hacia atrás por la posibilidad de absorber en estos esquemas las evoluciones que ha tenido en su pasado. Por otra parte tendrán el control del uso de los mismos conceptos generales (efectos sociales de los fenómenos valorativos), aspecto común que tendrán todos los sistemas sociales en estudio, por más que sus configuraciones particulares sean realidades históricas irrepetibles y en constante evolución.

TABLA DE CONTENIDOS

PARTE PRELIMINAR

EL PROBLEMA DEL VALOR

<u>Capítulo 1:</u> Introducción	1
<u>Capítulo 2:</u> El valor en el discurso cotidiano	5
Definiciones del valor	5
Estado de situación	9
<u>Capítulo 3:</u> El valor en el discurso filosófico	11
Características de los valores según la axiología	12
Una definición operacional provisoria: los valores como “cualidades con intensidades variables”	17
<u>Capítulo 4:</u> ¿Es posible un estudio “científico” sobre el valor?	20
Posibilidad de un estudio “científico” sobre el valor en ciencias sociales ..	21
Diferentes modos de pensar	22
Plan del trabajo y marco teórico	24

PRIMERA PARTE

ANÁLISIS DE LAS PRINCIPALES TEORÍAS SOCIOLÓGICAS SOBRE EL VALOR

<u>Capítulo 1:</u> Valores individuales y valores colectivos en Tarde	27
Valores del individuo y valores del grupo: “valores individuales” y “valores sociales”	28
Deseos y creencias	31
Teoría del valor de Tarde	32
<u>Capítulo 2:</u> Ideales y sistema de valores colectivos en Durkheim	35
Teoría del valor de Durkheim	36
Ideales y sistemas de valores	38
Compatibilidad de la teoría del valor de Durkheim con la de Tarde	40
<u>Capítulo 3:</u> Tomas de posición valorativas y estructuras de valores en Weber	42
La opción por la claridad conceptual	44
La acción regulada por criterios de valor internalizados	45
“Tomas de posición valorativas” afectivas e intelectuales	48
Estructuras de valores subjetivas y objetivas	49

<u>Capítulo 4:</u>	El valor en la sociología norteamericana: Cooley y Parsons	50
	Teoría del valor de Cooley	51
	El concepto de valor en Parsons	53
<u>Capítulo 5:</u>	Análisis diacrónico y genético de los valores: Bouglé y Piaget	57
	El mundo de los valores en Bouglé	58
	<i>Los afectos como instrumento de conocimiento</i>	59
	<i>Evolución del mundo de los valores</i>	60
	El valor en la teoría genética del desarrollo de la persona de Piaget	61
	<i>Etapas en el desarrollo afectivo y cognitivo de la persona humana</i> ..	64
	<i>El valor en la etapa sensori-motora del desarrollo del niño</i>	67
	<i>El valor a partir de la adquisición del pensamiento y del lenguaje</i> ...	70
	Búsqueda de un marco conceptual común	72

SEGUNDA PARTE

SÍNTESIS TEÓRICA: CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO CONCEPTUAL SOBRE EL VALOR

<u>Capítulo 1:</u>	Construcción del modelo conceptual (1ra parte): “Esquema O-M” (Organismo –Medio) y valores individuales	75
	Planteo del problema del valor en un marco más general	77
	El problema del comportamiento de un organismo en su medio	79
	<i>Organismos simples</i>	80
	<i>Organismos superiores</i>	83
	El Esquema O-M en la etapa sensori-motora del desarrollo de la persona: valoraciones puramente afectivas	85
	El Esquema O-M en la etapa representativa del desarrollo de la persona: los dos polos afectivos y representativos de las valoraciones humanas ..	87
<u>Capítulo 2:</u>	Construcción del modelo conceptual (2da parte): “Esquema I-S” (Individuo-Sociedad) y valores sociales	92
	Modelo conceptual: Esquema O-M y Esquema I-S	95
	Esquema I-S y valores sociales (individuales y colectivos)	100
<u>Capítulo 3:</u>	Conclusión	110

BIBLIOGRAFIA

- AKOUN A., y P. ANSART : *Dictionnaire de Sociologie*, Dictionnaires Le Robert/Seuil, 1999.
- ANDERSON, B. A. : *Social Values: A Study in Economic Theory, Critical and Constructive*, New York, Houghton Mifflin Company, 1911. Libro disponible en versión electrónica en el sitio de “The Mead Project”, Departamento de Sociología de *Brock University*, Canadá (2009).
- BACHELARD, G. : *Le rationalisme appliqué* [1949], Paris, Presses Universitaires de France, 2004.
- BLONDEL, Ch. : *Introducción a la psicología colectiva* [1928], Buenos Aires, Editorial Troquel, 1966.
- BOUGLE, C. : *Leçons de sociologie sur l'évolution des valeurs*, Paris, Librairie Armand Colin, 1922. Se puede encontrar este libro en versión electrónica en el sitio web de la Universidad de Québec en Chicoutimi: http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales (2009).
- BOUDON R., y F. BOURRICAUD : *Diccionario Crítico de Sociología* [1990], Buenos Aires, Edicial, 1993.
- COOLEY, C. H. : “Valuation as a Social Process”, en *The Psychological Bulletin*, Vol. IX (1912).
- CROZIER, M., y E. FRIEDBERG : *L'acteur et le système, les contraintes de l'action collective* [1977], Editions du Seuil, 2004.
- DURKHEIM, E. : *Sociología y filosofía* [edición póstuma a cargo de Célestin Bouglé, 1924], Madrid, Miño y Dávila editores, 2000. Incluye los artículos: “Representaciones individuales y representaciones colectivas” [1898], “Determinación del hecho moral” [1906] y “Juicios de valor y juicios de realidad” [1911].
- DURKHEIM, E. : *Les formes élémentaires de la vie religieuse* [1912], Paris, P.U.F., 2005.
- FARIS, R. E. : “La sociología norteamericana”, en Gurvitch, G. y W. E. Moore, *Sociología del siglo XX* [1945], Buenos Aires, El Ateneo, 1956.
- FERRATER MORA, J., y J. M. TERRICABRAS : *Diccionario de Filosofía* [1^{ra} edición revisada, aumentada y actualizada: 1994], Barcelona, Editorial Ariel, 2004.
- FRONDIZI, R. : *¿Qué son los valores?* [3ra ed. 1972], México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- GALLINO, L. : *Diccionario de Sociología* [1978], Mexico, Siglo XXI Editores, 1995.
- LORENZ, K. : *Fundamentos de la etología, estudio comparado de las conductas* [1978], Buenos Aires, Editorial Paidós, 1986.
- MARCH, J.G. y H. SIMON : *Teoría de la organización* [1961], Barcelona, Editorial Ariel, 1981.
- MOLINER, M. : *Diccionario de Uso del Español*, Madrid, Editorial Gredos, 1987.
- PARSONS, T. : *El sistema social* [1^{ra} ed. 1951, 3^{ra} ed. 1959], Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1966.
- PIAGET, J. : “Ensayo sobre la teoría de los valores cualitativos en sociología estática (“Sincrónica)” [1941], en *Estudios sociológicos* [1965], Barcelona, Editorial Planeta- De Agostini, 1986.

- PIAGET, J. : *Inteligencia y Afectividad*, Buenos Aires, Aique Grupo Editor, 2005. Traducción de “Les relations entre l’ intelligence et l’ affectivité dans le développement de l’ enfant”, curso impartido en La Sorbona y publicado en el *Bulletin de Psychologie* [1954]. Traducción inglesa: *Intelligence and Affectivity*, Palo Alto, California, Ed. Annual Review, 1981.
- PIAGET, J. : “Problemas de la psicología de la infancia” [1960], en Gurvitch, G. y colaboradores, *Tratado de sociología*, Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1963.
- PIAGET, J. : *Psychologie de l’ intelligence* [1967], Paris, Armand Collin, 2007.
- PIAGET, J. : *Biología y conocimiento* [1967], Madrid, Siglo XXI de España, 1969.
- PIAGET, J. : *L’ épistémologie génétique* [1970], Paris, Presses Universitaires de France, 2005.
- PIAGET, J. y B. INHELDER : *Psicología del niño* [1966], Madrid, Ediciones Morata, 2002.
- PRIGOGINE, I., y I. STENGERS : *La nouvelle alliance* [1979], Paris, Editions Gallimard, 1986.
- ROBERT, P. y colaboradores : *Le petit Robert, Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*, Paris, Dictionnaire Le Robert, 1972.
- RUEFF, J. : *El orden social* [1945], Madrid, Aguilar, 1964.
- SIMON, H. : *El comportamiento administrativo* [1946], Madrid, Aguilar, 1971.
- TARDE, G. : « La croyance et le désir , la possibilité de leur mesure » [1880] y « La psychologie en économie politique » [1881] en *Revue Philosophique*, Tomo X (1880) y Tomo XII (1881). Artículos de la *Revue Philosophique* disponibles en la biblioteca virtual de la *Bibliothèque Nationale Française* : « Gallica ».
- TARDE, G. : *Les lois de l’ imitation* [2^{da} ed. 1895], Paris, Editions Kimé, 1993. Versión electrónica en http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales , sitio web de la Universidad de Québec en Chicoutimi (2009).
- TARDE, G. : *Psychologie économique*, Paris, Félix Alcan Editeur, 1902. Versión electrónica en http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales (2009).
- TARDE, G. : *Ecrits de psychologie sociales, choisis et présentés par A.M. Rocheblave-Spenlé et J. Milet Toulouse*, Edouard Privat, Editeur, 1973. Versión electrónica en: http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales (2009).
- SIMON, H., y J. MARCH : *Teoría de la organización* [1958], Barcelona, Seix Barral Hnos, (1981).
- VENDRYES P. : *Vers la théorie de l’ homme*, Paris, Presses Universitaires de France, 1973. Traducción castellana, *Hacia la teoría del hombre*, Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 1975.
- WEBER, M. : *El político y el científico* [1919], Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- WEBER, M. : *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* [1920], Barcelona, Ed. Península, 1979.
- WEBER, M. : *Ensayos sobre metodología científica* [1922], Buenos Aires, Amorrortu, 2001.
- WEBER, M. : *Economía y Sociedad, Esbozo de sociología comprensiva* [1922], México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

NOTAS

¹ “Mérito: es aquella circunstancia, cualidad o acción por la que alguien merece algo deseable” (definición del *Diccionario de Uso del Español* de María Moliner). Con lo que el “mérito” a diferencia del “precio” y la “utilidad” se aplicaría únicamente a personas. Pareciera también ser algo que muchos desean y que pocos pueden tener (es algo deseable que se merece). La definición no nos ayuda a precisar suficientemente los casos en que las personas tendrían aquello que llama “mérito”. Simplemente nos dice que son casos en que las personas tienen algo deseado por los demás que merecen por su actuación u otra circunstancia.

² P. Robert y colaboradores: *Le petit Robert, Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*, Paris, Dictionnaire Le Robert, 1972.

³ En rigor parece adecuado hablar de cualidad cuando el atributo se refiere a un objeto bien delimitado como una cosa, un persona o sus acciones. Parece ya un poco forzado este término cuando se habla de un atributo de una situación compuesta por una gran diversidad de objetos. Por ejemplo cuando se dice “este paisaje es hermoso” o “esta situación es injusta”. Sin embargo lo importante es que en todos los casos aparentemente se pueden aplicar atributos que tendrían una naturaleza similar, y que por esa razón tienen la etiqueta común de “valor”: valores de cosas, personas, comportamientos y situaciones.

⁴ En el caso de la clase “árbol”, podríamos tener la situación siguiente. Al niño se le enseñan algunos ejemplos concretos de árboles, simplemente diciéndole de cada uno que es un “árbol”. Con el tiempo se va dando cuenta que los objetos que fueron adjudicados con esa etiqueta a medida que se iba topando con el mundo que lo rodea, son objetos que tienen hojas, ramas y tronco. Con lo que podrá armarse una definición provisoria (el “pasa-no pasa”): se pondrá la etiqueta “árbol” a todo objeto que tenga las siguientes características: C1 “hojas”, C2 “ramas” y C3 “tronco”. Todo objeto nuevo con el que se tope que tenga las características C1, C2 y C3 será etiquetado con la palabra “árbol”. El niño tendrá siempre un adulto, o un par (cuando ya sea más grande) para ir confirmando su inclusión a la lista de cada nuevo “ejemplar” de árbol que vaya encontrado. Puede ocurrir que su definición “pasa-no pasa” C1, C2 y C3 resulte entonces inadecuada para dar cuenta de un objeto que los demás le dicen que es un árbol y que según la definición operativa que se armó no lo es. En ese caso, si quiere atenerse a los usos y costumbres, deberá modificar la definición “pasa-no pasa” para que pueda incluir también a estos nuevos ejemplares que pueden aparecer. Tendrá entonces un nuevo “principio generador” de la lista, más preciso que el inicialmente usado.

⁵ J. Ferrater Mora y J. M. Terricabras, *Diccionario de Filosofía* [1^{ra} edición revisada, aumentada y actualizada: 1994], Barcelona, Editorial Ariel, 2004. Nos basaremos en los párrafos siguientes en lo indicado por Ferrater Mora en su diccionario bajo la acepción de “valor”, siendo las citas de este artículo salvo indicación de lo contrario.

⁶ J. Ferrater Mora, *op. cit.*, pag. 3636.

⁷ Véase J. Piaget, *Psychologie de l'intelligence* [1967], Paris, Armand Collin, 2007, Cap. 1 : « Inteligencia y adaptación biológica ».

⁸ J. Ferrater Mora, *op. cit.*, pag. 3636.

⁹ Risieri Frondizi, en su libro *¿Qué son los valores?* [3^{ra} ed. 1972], México, Fondo de Cultura Económica, 2004, muestra una tercera alternativa que no recoge Ferrater Mora en su diccionario y que nos parece muy interesante: el valor como una “cualidad estructural” que no depende ni del objeto, ni del sujeto sino de la configuración de objeto y sujeto en una situación dada. Desarrollaremos esta perspectiva que supera la visión objetivista y subjetivista al examinar la posición de Piaget sobre el valor.

¹⁰ J. Ferrater Mora, *op. cit.*, pag. 3636.

¹¹ Risieri Frondizi, *op. cit.*, pag. 16.

¹² J. Ferrater Mora, *op. cit.*, pag. 3636

¹³ Podría ocurrir que los dos extremos de una escala de valor correspondan a valores sentidos como positivos. También puede ocurrir que el menor valor corresponda a la situación de indiferencia, es decir a un valor neutro. La polaridad existe cuando la variación en la escala de valor en el sentido negativo alcanza un elemento neutro y puede seguir encontrando situaciones o objetos con todavía menos valor. Se habrá pasado insensiblemente de un valor positivo a un valor opuesto, de la justicia a la injusticia, de la bondad a la maldad, de la belleza a la fealdad.

-
- ¹⁴ Vease G. Bachelard, *Le rationalisme appliqué* [1949], Paris, Presses Universitaires de France, 2004, capítulos 1 a 3.
- ¹⁵ P. Vendryès, *Vers la théorie de l'homme*, Paris, Presses Universitaires de France, 1973, pag. 17.
- ¹⁶ L. Gallino, *Diccionario de Sociología* [1978], Mexico, Siglo XXI Editores, 1995; R. Boudon y F. Bourricaud, *Diccionario Crítico de Sociología* [1990], Buenos Aires, Edicial, 1993; A. Akoun y P. Ansart, *Dictionnaire de Sociologie*, Dictionnaires Le Robert/Seuil, 1999.
- ¹⁷ Gaston Bachelard, *op. cit.*
- ¹⁸ J. Piaget, *L'épistémologie génétique* [1970], Paris, Presses Universitaires de France, 2005.
- ¹⁹ G. Tarde, *Psychologie économique*, Paris, Félix Alcan Editeur, 1902, Tomo 1, Cap. 2 “El valor y las ciencias sociales”.
- ²⁰ G. Tarde, « La croyance et le désir , la possibilité de leur mesure » [1880] en *Revue Philosophique*, Tomo X (1880).
- ²¹ G. Tarde, « La psychologie en économie politique » [1881] en *Revue Philosophique*, Tomo XII (1881).
- ²² G. Tarde, *Psychologie économique*, *op. cit.*, Tomo 1, Cap. 2 “El valor y las ciencias sociales” pag. 63 y 64.
- ²³ Ch. Blondel, *Introducción a la psicología colectiva* [1928], Buenos Aires, Ed. Troquel, 1966, pag. 102.
- ²⁴ *Ibid*, pag. 102.
- ²⁵ E. Durkheim, “Determinación del hecho moral” [1906], en *Sociología y filosofía* [edición póstuma de Célestin Bouglé, 1924], Madrid, Miño y Dávila editores, 2000, pag. 81.
- ²⁶ E. Durkheim, “Juicios de valor y juicios de realidad” [1911], en *Sociología y filosofía*, *op.cit.*, pag. 104.
- ²⁷ *Ibid.*, pag. 104.
- ²⁸ *Ibid.*, pag. 104.
- ²⁹ *Ibid.*, pag. 116.
- ³⁰ *Ibid.*, pag. 118.
- ³¹ *Ibid.*, pag. 113 a 115.
- ³² Para Durkheim las categorías del pensamiento y los conceptos también tienen como los ideales un origen social. Son frutos de la actividad colectiva que penetra en la conciencia de cada individuo. Véase la conclusión de su libro *Las formas elementales de la religión*.
- ³³ E. Durkheim, “Juicios de valor y juicios de realidad”, en *Sociología y filosofía*, *op.cit.*, pag. 118 y 119.
- ³⁴ R. Boudon y F. Bourricaud, *Diccionario Crítico de Sociología*, *op.cit.*, pag. 229.
- ³⁵ Véase, por ejemplo, el libro de Ilya Prigogine y Isabelle Stengers, *La nouvelle alliance* [1979], Paris, Editions Gallimard, 1986.
- ³⁶ R. Boudon y F. Bourricaud, *Diccionario Crítico de Sociología*, *op.cit.*, pag. 708.
- ³⁷ En el prefacio de la segunda edición de su libro, *Las leyes de la imitación* [1895], Tarde aclara que le da a la palabra “imitación” un uso más amplio que el usual, a efectos de designar un fenómeno fundamental de la vida social. Designará con ese término a “toda acción a distancia de una mente sobre otra”, independientemente del grado de conciencia o inconsciencia de esa acción.
- ³⁸ Robert Merton, “Sobre las teorías sociológicas de alcance intermedio”, en *Teoría y Estructuras Sociales* [1949], México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pag. 56.
- ³⁹ M. Weber, *Ensayos sobre metodología científica* [1922], Buenos Aires, Amorrortu, 2001, pag. 18.
- ⁴⁰ *Ibid.*, pag. 18.
- ⁴¹ M. Weber, *Economía y Sociedad, Esbozo de sociología comprensiva* [1922], México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pag. 20.
- ⁴² M. Weber, *Ensayos sobre metodología científica*, *op. cit.*, p. 137.
- ⁴³ *Ibid.*, pag. 43. El subrayado es del autor.

⁴⁴ R. E. Faris, “La sociología norteamericana”, en Gurvitch, G. y W. E. Moore, *Sociología del siglo XX* [1945], Buenos Aires, El Ateneo, 1956, pag. 46 y 47.

⁴⁵ *Ibid.*, pag. 46 y 47.

⁴⁶ C. H. Cooley, “Valuation as a Social Process”, en *The Psychological Bulletin*, Vol. IX (1912).

⁴⁷ C. H. Cooley, “Valuation as a Social Process”, *op.cit.*

⁴⁸ C. H. Cooley, “Valuation as a Social Process”, *op.cit.*

⁴⁹ T. Parsons, *El sistema social* [3ra ed. 1959], Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1966, pag. 24.

⁵⁰ *Ibid.*, pag. 24.

⁵¹ *Ibid.*, p. 25.

⁵² *Ibid.*, pag. 31.

⁵³ Texto incluido en J. Piaget, *Estudios sociológicos* [1965], Barcelona, Editorial Planeta- De Agostini, 1986.

⁵⁴ C. Bouglé, *Leçons de sociologie sur l'évolution des valeurs*, Paris, Librairie Armand Colin, 1922, capítulo 1: « El mundo de los valores ». La traducción es nuestra.

⁵⁵ C. Bouglé, *Leçons de sociologie sur l'évolution des valeurs*, *op.cit.*, capítulo 2, “Valores y educación ».

⁵⁶ Usamos el término “individual-colectivo” en forma provisional hasta encontrar una mejor forma de expresión, para denotar el carácter a la vez individual y colectivo que tienen los valores en una sociedad, y por ende también el conjunto de relaciones que tienen entre sí esos valores, que hace que no hablemos de un conjunto de valores aislados sino de un “sistema de valores”.

⁵⁷ C. Bouglé, *Leçons de sociologie sur l'évolution des valeurs*, *op.cit.*, capítulo 1.

⁵⁸ Véase por ejemplo el libro de Konrad Lorenz, uno de los creadores de la etología, *Fundamentos de la etología, estudio comparado de las conductas*, [1978], Editorial Paidós, 1986, Buenos Aires, pag. 17 a 25 y 101 a 103.

⁵⁹ Piaget diferencia dos tipos de interacciones entre un organismo biológico y su medio. A las interacciones que involucran transferencias de materia a través de la envoltura del organismo, las denomina “intercambios materiales”. A las que no implican la transferencia de materia, sino de información (a través de presiones, ondas, etc.) las llama “intercambios funcionales” ya que hacen al funcionamiento del organismo en su medio (percepción y movimiento)

⁶⁰ Para esta sección véase J. Piaget, *Psychologie de l'intelligence* [1967], Paris, Armand Collin, 2007, y *Biología y conocimiento* [1967], Madrid, Siglo XXI de España, 1969.

⁶¹ J. Piaget, *Inteligencia y Afectividad*, Buenos Aires, Aique Grupo Editor, 2005, pag. 54.

⁶² Piaget denomina también “cognitivo” al aspecto “estructural” de la conducta. Nos parece que esta última denominación puede generar confusiones, dado que todo acto de conocimiento, como todo comportamiento real, involucra los dos aspectos de la conducta, y no sólo el aspecto estructural de la misma. Sin embargo seguiremos utilizando la denominación de Piaget que asocia lo “estructural” con lo “cognitivo”, aunque teniendo en mente la reserva anterior.

⁶³ J. Piaget, *Inteligencia y Afectividad*, Buenos Aires, Aique Grupo Editor, 2005, pag. 29.

⁶⁴ K. Lorenz, *Fundamentos de la etología*, *op. cit.*, pag. 205.

⁶⁵ *Ibid.*, pag. 206.

⁶⁶ Véase Konrad Lorenz, *Fundamentos de la etología*, *op.cit.* En especial véase en la Segunda Parte, “Mecanismos Fisiológicos del comportamiento filogenéticamente programados”, el capítulo 1: “El movimiento genéticamente coordinado o movimiento instintivo” y en la Tercera Parte, “Modificación adaptativa del comportamiento”, el capítulo 1: “Características generales de la modificación”.

⁶⁷ Lamentablemente la denominación de “cognitivo” para este aspecto del comportamiento se presta a confusión, haciendo creer que el conocimiento se deriva de este aspecto, cuando Piaget mostrará claramente que todo conocimiento necesita de los dos aspectos del comportamiento, el “estructural” y el “afectivo”.

⁶⁸ G. Tarde, *Psychologie économique*, Paris, Félix Alcan Editeur, 1902.